

LARA SMIRNOV

DEMASIADOS
BOMBONES PARA
EL EMBAJADOR

zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Epílogo

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Alejandro de la Encina y del Roble, excelentísimo embajador de España en Japón, siente que ha encontrado por fin a su alma gemela. Irina del Carmen Tanaka, hija de una sofisticada rusa y de un empresario japonés, es una joven diplomática con ganas de comerse el mundo, y si es junto al sexy embajador español mucho mejor, ya que le gusta darle bocaditos de vez en cuando.

Alejandro querría formar una familia con Irina y usa todo su arsenal para que su relación llegue a puerto seguro, pero sus examantes le complican mucho la vida. Durante una fiesta en la embajada, la pareja recibe una visita inesperada que pondrá a prueba su amor. Dicen que a nadie le amarga un dulce, pero Irina se está hartando de que no dejen de aparecer bombones en casa del embajador. ¿Superarán el empacho o morirá su relación por exceso de azúcar?

DEMASIADOS BOMBONES PARA EL EMBAJADOR

Lara Smirnov

zafro

Okinawa, Japón

—Yo me encargo, gracias.

El camarero se retiró en silencio, dejando a la pareja a solas en la terraza de la lujosa *suite* mientras el embajador servía el sake.

La noche no podía ser más perfecta. La temperatura era ideal, la luna se reflejaba en la superficie del mar de China Oriental y la cena había sido exquisita, aunque no tanto como la compañía.

El embajador, un elegante hombre que no había cumplido aún los cuarenta, alzó el pequeño cuenco en dirección a su acompañante.

—Por ti, el regalo que me ha hecho la vida cuando ya no esperaba nada.

Ella, una joven de unos veinticinco, con los ojos brillantes como dos piedras de jade y el corazón acelerado, levantó el suyo.

—Por nosotros —replicó con una ilusión y una inocencia que lo enamoraban una y otra vez.

Bebieron y se contemplaron, prometiéndose mil placeres con la mirada. Aunque el embajador se había propuesto actuar con calma, se acabó la copa de un sorbo para infundirse valor.

Era uno de los miembros más destacados de la diplomacia española y había mediado en innumerables conflictos. Entre otras cosas, había sido víctima del secuestro en un avión en Irán y había estado retenido durante dos días en la embajada de Estados Unidos en Israel, pero en ninguna de esas ocasiones había sentido el miedo que lo atenazaba en esos momentos.

«Que no se diga que Alejandro de la Encina y del Roble tiene miedo.»

Pero lo tenía. Tenía miedo de que el Ministerio de Exteriores de Japón aceptara la petición de Irina de trabajar como agregada en la embajada nipona en

Madrid. Quería vivir en España con ella, pero cuando él también volviera. No quería separarse de ella ni un día si podía evitarlo.

Se puso en pie y le ofreció la mano. Cuando ella colocó la suya, mucho más pequeña, sobre la de él, Alejandro la envolvió por completo y tiró de ella. Lo había ensayado todo para que el momento fuera perfecto. Había metido la pata mil veces en su vida y había decidido que, esa vez, todo iba a salir rodado.

Carraspeó, tragó saliva y volvió a carraspear.

—¿Estás bien? —Ella lo miró con preocupación, entornando sus ojos semirrasgados, herencia de su padre japonés y su madre rusa.

—Irina, yo... —Alejandro pretendía plantar una rodilla en el suelo, pero los nervios le provocaron flojera y se dejó caer sobre las dos rodillas.

Ella interpretó mal su gesto, pensando que quería realizar una reverencia extrema tocando el suelo con la frente. Eso sólo podía indicar una cosa: las advertencias de sus conocidos no habían sido fruto de la envidia. El embajador español la había seducido como a todas las incautas que habían pasado por su cama antes que ella y estaba a punto de abandonarla. ¡La fama del donjuán español estaba totalmente justificada!

Sintió que le daba vueltas la cabeza.

«Pero ¿cómo has podido ser tan idiota de enamorarte de él? ¡Idiota, idiota!»

Miró a su alrededor y agarró la botella de sake.

Él alzó la cara y, al verla con la botella levantada, alzó una mano y le dirigió una mirada que era pura seducción. A pesar de las ganas de estamparle la botella de sake en su cabeza morena, a Irina seguía pareciéndole el hombre más atractivo que había conocido nunca. Inteligente, interesante, guapo como un ángel, un demonio en la cama... Si algo tenía claro era que nunca volvería a encontrar un hombre como él.

—Cásate conmigo, Irina del Carmen. Sé mi esposa.

El corazón de la joven diplomática empezó a bailar un *bon-odori*.

—¿Me... me estás pidiendo que me case contigo?

Él hizo una mueca de disculpa.

—Pues sí, las palabras bonitas que me había preparado se me han olvidado, pero sí, en resumen, ésa es la idea.

Irina se arrodilló frente a él, se lanzó a su cuello y Alejandro sintió que los nervios de los últimos días habían sido absurdos.

Ambos se miraron como si no se creyeran lo que estaban a punto de hacer. Unieron sus sonrisas, fundiéndose en un beso que era mucho más que un beso; era una promesa de amor tan eterno como el batir de las olas de la costa cercana.

La mano de Irina se deslizó entre sus cuerpos y tomó posesión del armamento del embajador. Él se estremeció ante la promesa de placer que estaba por llegar, pero cuando ella lo agarró por las pelotas, abrió mucho los ojos alarmado.

—Ca... cariño, ve con cuidado con...

—No, cariño —susurró ella—. Ve con cuidado tú. Si quieres que me case contigo, tienes que prometerme que tus días de *latin lover* han acabado. No deseo estar siempre preocupada por si mi marido ha decidido estrechar lazos diplomáticos con la primera mujer que se le ponga por delante.

Él sonrió al darse cuenta de que no era el único que se sentía inseguro. Buscó la mano de Irina y se la llevó a los labios. Mirándola a los ojos, le besó la palma y luego se metió el dedo corazón en la boca y succionó hasta que a ella le temblaron los muslos.

Como buen diplomático, sabía que algunas veces las palabras se quedan cortas y que hay que respaldarlas con una acción contundente. Bajó las manos hacia sus nalgas y la atrajo hacia sí para demostrarle que estaba totalmente comprometido con la causa.

Irina gimió y él agradeció que hubieran decidido cenar en la *suite* y no en el romántico restaurante situado en el jardín japonés, junto a un riachuelo donde no faltaba ni un puentecillo rojo.

Se llevó la mano de Irina a la mejilla y, entre besos en la palma, respondió:

—Nunca he sido un *latin lover*. Sé que suena a excusa, pero la mayoría de las veces han sido ellas las que han venido a mi habitación buscando más que palabras. Adoro a las mujeres, las admiro y las respeto, pero en el fondo soy un romántico; llevo tiempo buscando el amor y creo que al fin lo he encontrado.

Se sacó una cajita del bolsillo de la americana, la abrió, extrajo un anillo y se lo ofreció.

Ella ahogó una exclamación.

—Es precioso —murmuró.

—Tú eres preciosa, Irina.

Ella se había puesto un vestido color coral que le ceñía las curvas no demasiado obvias, pero sí muy bien puestas. Un amplio escote en la espalda y una raja en el muslo le daban acceso a su piel, más embriagadora que cualquier perfume de esencias orientales.

Le puso el anillo en el dedo y, sin esperar respuesta, Alejandro le bajó un tirante con los dientes, haciéndola estremecer al seguir con la lengua una línea que iba desde el hombro hasta la parte externa del pecho.

El pezón, erguido como un oficial pasando revista, le dio una orden muy clara, y el embajador —hombre disciplinado, tan acostumbrado a dar órdenes como a recibirlas— no se lo hizo repetir.

A Irina le fallaron las rodillas cuando él rodeó el objetivo varias veces con la lengua antes de succionarlo con fuerza, pero él la sujetó por la cintura y la inclinó lentamente hasta que quedó tumbada en el suelo.

—¿Vamos a la cama? —le preguntó el embajador mientras le recorría el torso con una mano, de arriba abajo, hasta llegar al final del vestido, que le pareció inacabable. Desde allí, inició el trayecto en dirección ascendente, acariciándole la rodilla y la piel del muslo, suave y nacarada como la perla más delicada del Pacífico.

—No —respondió ella, y Álex estuvo a punto de aullarle a la luna en agradecimiento por no tener que parar de hacerle el amor a la que esperaba que fuera ya su prometida—. Ven aquí. —Irina le llevó las manos al cuello y empezó a deshacerle el nudo de la corbata de seda de dos tonalidades de gris—. Te necesito ya.

A él, Irina le gustaba por muchas cosas. Era una chica brillante, con inquietudes y ambiciones, que soñaba con hacer carrera en la diplomacia y con debilidad por todo lo español, debilidad que él había explotado al máximo. Pero lo que más le gustaba de ella con diferencia era la pasión que escondía bajo una fachada de distante elegancia. Alejandro se consideraba un cabrón afortunado que había tenido la suerte de disfrutar de muchísimas mujeres hermosas y apasionadas. Con alguna de ellas había pensado en llegar más allá, pero el

destino tenía otros planes. Y, aunque en aquellos momentos no lo había entendido, ahora le daba las gracias a la vida por haberle reservado un premio tan dulce y sabroso.

Dejó que ella lo librara de la corbata e incluso se tomó el tiempo de quitarse la chaqueta, pero cuando ella quiso seguir con la camisa, le agarró las muñecas, le abrió los brazos en cruz, descendió por su cuerpo y hundió la cara entre sus muslos.

Los gemidos de Irina llenaron la *suite*, y él sonrió entre sus piernas, disfrutando tanto o más que ella del momento.

—Á...lex... Yo...

Él ignoró sus palabras, pero no su placer, empleando todos los recursos a su alcance —los labios, la lengua, un dedo, dos dedos— para lograr su objetivo.

Perdida la capacidad de hablar, ella alargó las manos en silencio, queriendo notar el cuerpo de Álex sobre el suyo, queriendo sentirlo de arriba abajo, pero no sólo por fuera, también en su interior.

—Mi querida Irina —le dijo él, alzando la cara y acariciándole el clítoris con el pulgar para que no echara tanto de menos su boca—, me contaste que en ruso «casarse» se dice «ir tras el marido», pero quiero demostrarte que casarse con un español tiene muchas ventajas. —Le guiñó el ojo y le acarició con la lengua el punto que acababa de abandonar su pulgar, haciendo que ella echara la cabeza hacia atrás—. Porque en mi cama nunca vas a tener que esperar. Para un embajador español, las damas siempre se van primero.

Alejandro retomó el asalto con ímpetu renovado. Se llevó una de las esbeltas piernas de Irina al hombro y la devoró hasta que sus gritos de éxtasis se elevaron al cielo y, sólo al cabo de un rato, le dio un beso de despedida entre las piernas que no era un adiós, sino un hasta luego.

Cuando Irina se recuperó lo suficiente para poder abrir los ojos, se encontró con que Alejandro le había levantado el dedo y estaba mostrándole el anillo de compromiso, de oro blanco coronado por una esmeralda delicadamente tallada.

—He buscado una piedra que brillara como tus ojos, pero no la he encontrado.

Ella sonrió, mientras las réplicas del orgasmo le recorrían el cuerpo.

—Hummm —gimió estirando los brazos por encima de la cabeza para torturarlo un poco.

—¿Eso es un «sí», Irina del Carmen? Dime que sí y deja de hacerme sufrir, mujer cruel. —Le hizo cosquillas en la cintura.

Ella soltó un gritito que recordaba al de un muñeco de goma cuando lo pisas.

—¿Después de que me hayas dado mi primer orgasmo como mujer comprometida tirada en el suelo? —Alzó una ceja y, por un instante, Álex temió haber metido la pata, pero el brillo travieso de sus ojos lo tranquilizó—. Con una condición... —Irina contempló el anillo y él contempló a su prometida. El anillo era del tamaño perfecto, y sospechaba que ella iba a encajar igual de bien en su vida—. Quiero más.

Él frunció el ceño. Irina nunca le había parecido una mujer avariciosa ni interesada.

—¿Más anillos?

—No —lo sujetó por la nuca y lo atrajo hacia sí—, más polvos en el suelo.

Él se excitó al oírla. Echó las caderas hacia delante para hacerle notar el efecto que sus palabras tenían sobre él, pero fingió pensarlo.

—Sólo hasta que cumpla los cuarenta. Ya no tengo edad para revolcones en el suelo.

Ella le dio una palmada en el pecho.

—¡Pero si está en plena forma, señor embajador!

Alejandro se levantó y la tomó en brazos para demostrarle lo en forma que estaba.

La dejó en la cama *king size* y se lanzó sobre ella. Estaba a punto de perderse en su boca cuando ella ahogó una exclamación y le apoyó una mano en el pecho.

—¿Qué?

—¡Tengo que contárselo a mis padres!

Él alzó una ceja.

—¿Vas a contarles que estoy a punto de hacerte el amor y que no pienso dejar de hacerlo durante el resto de nuestras vidas?

Ella se echó a reír.

—Bueno, no pensaba entrar en detalles. Anda, acércame el bolso. —Mientras

él iba a buscarlo, refunfuñando, ella se sentó y se apoyó en el cabecero de la cama—. Gracias, *dorogói*. —Esa palabra, que significaba «cariño» en ruso, era de las pocas cosas que entendía en la lengua de Rasputín.

Irina llamó primero a su padre, pero su teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura, así que probó con su madre. La cara de la joven se iluminó cuando ella respondió al teléfono.

Alejandro la escuchó hablar y no entendió casi nada aparte de su nombre completo. Por suerte o por desgracia, algunas cosas son universales y no necesitan palabras para ser entendidas. Por eso, cuando Irina tensó la espalda y lo miró de reajo, él supo que algo iba mal. Irina del Carmen trató de hablar con su madre un par de veces más, pero ésta no la dejó meter baza en la conversación.

«Ay, madre mía, la suegra que se me viene encima...»

Cuando ella se quedó mirando el teléfono después de que su madre colgara sin dejar que se despidiera, Alejandro tragó saliva.

—¿Todo bien? —preguntó con su mejor sonrisa apagafuegos.

Ella ladeó la cabeza.

—Mi madre estaba muy rara. Me ha dicho que no se me ocurra casarme antes de que ella llegue de Moscú.

—Bueno, querrá que todos los detalles estén a su gusto.

Alejandro la besó en los labios, pero su futura esposa seguía tensa.

—Sí, supongo, aunque nunca ha sido de meterse en mi vida. —Hizo una mueca para disimular el dolor que siempre le había causado el abandono de su madre—. Se ha puesto en plan zarina de todas las Rusias. Me ha dado hasta miedo.

—Las madres se ponen muy raras en las bodas, ¿no?

Irina se encogió de hombros.

—¿No eran las novias?

—Pues no lo sé. Hasta que te conocí nunca me había interesado demasiado el tema. Lo que sé es que no puedo consentir que mi futura esposa esté tensa. Soy un profesional deshaciendo tensiones. —Le plantó una hilera de besos en la

clavícula, como quien clava estacas para marcar una línea fronteriza—. Deja que te lo demuestre.

Irina pareció relajarse, pero enseguida lo apartó y tomó la iniciativa.

—Lo sé, te vi poner paz entre el ministro ruso y el japonés en la cumbre de Kamchatka. —Lo empujó para tumbarlo en la cama y se sentó sobre su cintura—. Pero te recuerdo que tengo la intención de hacer carrera en la diplomacia y de llegar a ser tan buena en esto como tú —le desabrochó el cinturón y, con una mirada pícara, separó las dos partes—... o mejor.

—No seré yo quien me interponga en tu camino profesional. —Alejandro se llevó los brazos doblados a la nuca y se dispuso a disfrutar—. Y te auguro una gran carrera, larga y brillante.

—¿Muy larga, *dorogói*? —Irina le bajó la cremallera y le acarició la erección por encima de los bóxers antes de llevársela a la boca—. ¿Muy grande?

El diplomático, famoso por su fina oratoria, echó la cabeza atrás y soltó una serie de gruñidos, gemidos y sonidos incoherentes que, por suerte, ella entendió sin necesidad de intérpretes.

Tokio, Japón

Tras un fin de semana que nunca olvidarían, Alejandro e Irina volvieron a Tokio y lo primero que hicieron fue ir juntos a darle la noticia a Ichiro Tanaka, el padre de Irina del Carmen y uno de los principales empresarios del país. Ichiro, que adoraba a su hija, no pudo contener las lágrimas de felicidad.

Cuando dijo que tenían que celebrarlo, Alejandro se imaginó que brindarían con sake o tal vez con champán francés, pero el mayordomo de Ichiro entró en la sala con una botella muy especial.

—¡Caramba, un Vega Sicilia!

—¿Qué creía, embajador? No es el único hombre con buen gusto de esta sala.

—Llámeme Alejandro, Tanaka-san. —Por suerte para él, tanto Irina como su padre hablaban un español muy fluido, aprendido a lo largo de muchos veranos en la costa Mediterránea.

—Sólo si me llama Ichiro, Alejandro-chan.

Alejandro estaba descubriendo que Ichiro era un hombre excepcional, distinto de la mayoría de los empresarios que había conocido durante los tres años que llevaba en Japón tras su paso por Uruguay, y no sólo porque superaba por bastantes centímetros la media de altura del país. Aunque muchos de sus compatriotas compartían la admiración por la cultura española, Ichiro la vivía de un modo especialmente intenso.

Ichiro Tanaka había viajado a España por primera vez a los dieciocho años, con una mochila a la espalda y muy poco dinero en el bolsillo. Visitó Barcelona, Madrid y varias ciudades de Andalucía. Fue a los toros, a los tablaos flamencos, se enamoró de una Carmen y se juró que si algún día tenía una hija le pondría ese nombre..., aunque eso fue antes de conocer a la madre de Irina.

La empresa familiar, Sweet Tanaka, fabricaba pastelitos desde hacía décadas. A los Tanaka nunca les había faltado de nada, pero tampoco habían sido ricos, hasta que todo cambió gracias a «Doraemon».

Las ventas de pastelitos *dorayaki* —los favoritos de Doraemon, el gato cósmico— se dispararon con motivo de la serie, primero en Japón y luego en un montón de países extranjeros, incluido su país favorito en el mundo: España. Ichiro supo hacer frente a la demanda invirtiendo en tecnología, y los beneficios pronto se multiplicaron.

Durante unos años se dejó deslumbrar por el lujo y por el poder que venía de la mano de la fortuna. Acudió a fiestas de la alta sociedad y, en una de ellas, conoció a Olgina Korsakova, la madre de Irina.

La llegada de Irina a su vida le devolvió el equilibrio que había perdido a causa de su rápido aumento de patrimonio. Irina fue su ancla, llenó su vida de amor y de sentido. Ichiro dividió su vida entre la empresa y la pequeña de ojos de jade y fue un hombre feliz. Se aseguró de darle una buena educación y juntos disfrutaron de tres semanas de vacaciones cada verano, casi siempre en España.

Irina había crecido feliz, sin echar en falta nada..., excepto la cercanía de su madre, a la que sólo veía muy de tanto en tanto.

—¿Se lo has contado a Olgina, Irina del Carmen? —preguntó Ichiro, y su hija asintió—. Y ¿qué tal?

—Bueno, se puso... un poco tensa. —Padre e hija intercambiaron una mirada cómplice.

—Vamos, que estaba como siempre —bromeó Ichiro.

—No, un poco más tensa de lo normal. Dijo que no se me ocurriera casarme hasta que ella llegara.

Ichiro trató de disimular, pero era uno de los japoneses más expresivos que Alejandro había conocido. Y la emoción que asomó a sus ojos al oír la amenaza de la estricta madre de Irina fue esperanza.

«Menos mal —pensó—. Si Ichiro quiere volver a verla, no será tan terrible como pensaba.»

Olgina Korsakova era una mujer de armas tomar. Cuando Ichiro la conoció, ella era esposa del embajador ruso en Japón y él acababa de ser nombrado

empresario del año. Lo suyo había sido pasión a primera vista. Ninguno de los dos creyó que aquello fuera más que un polvo memorable en los jardines de la embajada rusa en Tokio, pero cuando volvieron a encontrarse durante la celebración del Día del Emperador, no aguantaron ni diez minutos antes de buscar un lugar apartado de las miradas donde poder repetir. Al despedirse, Olguina le comunicó que acababan de destinar a su marido a México; ambos tuvieron claro que aquello era el final.

Pero semanas más tarde, en Ciudad de México, Olguina descubrió que se había llevado un recuerdo de Japón, y no era precisamente un gato *maneki-neko*. Provocó una discusión con su marido y se refugió en la dacha de su madre, una casa de campo cercana a San Petersburgo.

La madre de Olguina, Calina, se hizo cargo de la situación con mano de hierro. No en vano algunos decían que provenía de una familia de la antigua aristocracia rusa, emparentada con los Romanov y cuna de famosos militares.

Ambas se encargaron de mantener al embajador a distancia durante el embarazo. Entre las obligaciones de su cargo y los sabrosos y picantes platos de su amante —una hermosa directora del museo de Cuernavaca—, no les costó mantenerlo alejado de Rusia.

Cuando Olguina dio a luz a una niña de ojos rasgados, Calina no necesitó decirle nada. Lo habían hablado largo y tendido durante el embarazo. La niña no tenía lugar en la vida de Olguina. Acostumbrada a viajar con su marido de destino en destino, el invierno ruso le había parecido una condena, sobre todo porque no había podido salir de casa ni invitar a nadie para que no descubrieran su embarazo. Calina no necesitó darle consejos a su hija. La conocía perfectamente y sabía que, si se quedaba en Rusia cuidando de su hija, apartada de las fiestas y los actos diplomáticos que la hacían sentir una parte importante del mundo, acabaría por odiar a la pequeña. Así que se limitó a hablarle de pañales, biberones y tardes en el parque, hasta que fue la propia Olguina la que propuso llevarla junto a su padre.

Calina sabía que a la pequeña le irían mejor las cosas junto a un rico empresario que junto a una anciana en el final de sus días y, enderezando la espalda como si fuera una mariscala de campo, se despidió de la pequeña.

Tal vez Calina llorara al quedarse sola. Tal vez lo hiciera Olguina durante el viaje a Tokio, pero nadie la vio soltar una lágrima cuando se plantó a la puerta de Ichiro Tanaka con la pequeña en brazos.

Cuando la vio, Ichiro se dirigió hacia ella pensando que lo había echado de menos tanto como él a ella, pero en vez de perderse entre sus brazos, Olguina le mostró al bebé que escondía bajo el abrigo.

Ella se había preparado para su incredulidad. Estaba dispuesta a que le pidiera explicaciones, garantías o pruebas de paternidad, pero lo que nunca esperó fue que Ichiro la recibiera con los brazos abiertos, con una sola condición: que la niña se llamara Carmen.

La pelea que siguió fue épica y acabó en la cama, mientras Irina se comía los pies desde su cuna improvisada formada por dos sillones encarados. La guerra ruso-nipona de los nombres acabó en tablas. A partir de ese día, Irina empezó a llamarse Irina del Carmen.

Olguina visitaba a su hija un par de veces al año y durante los veranos, cuando iban a España, también solían verse, sobre todo desde que el embajador ruso y su esposa fueron trasladados a Londres.

Ichiro siempre trataba de convencer a Olguina para que abandonara a su marido y formara una familia junto a él y a la pequeña Irina del Carmen, pero la embajadora —a la que algunos acusaban de tener una cubitera en el corazón— se mantuvo siempre inflexible, a pesar de que su matrimonio era puramente oficial, sin sentimientos de por medio. Para ella, su matrimonio formaba parte de su trabajo, un trabajo que daba sentido a su vida.

Irina del Carmen fue una niña feliz, que admiraba a su madre y trataba de complacerla, aunque a veces le daba un poco de miedo. Y no es que fuera una chica cobarde, es que Olguina era mucha mujer.

—Pues habrá que esperar a que tu madre haga sitio en su agenda para empezar a preparar la boda. —Ichiro volvió a llenar las copas con vino y volvieron a brindar—. ¡Por los novios! ¡Por el amor!

En silencio, Ichiro empezó a planificar un nuevo encuentro ruso-nipón. A lo largo del último cuarto de siglo, Olguina y él se habían acostado cada vez que se habían visto. Lo suyo no era un matrimonio, pero para Ichiro, Olguina era el

auténtico amor de su vida. Y se encargaría de celebrar la boda de la hija de ambos del mejor modo posible: fundiendo de placer a la mujer de hielo.

Cuando el personal de la embajada de España en Tokio se enteró de que el legendario soltero de oro Alejandro de la Encina y del Roble se había comprometido, las noticias corrieron como la pólvora. La embajada tenía fama entre sus vecinos diplomáticos por sus vermouths y sus fiestas improvisadas, a las que se unían funcionarios de las embajadas vecinas siempre que se enteraban.

A las doce de la mañana, tras varios brindis, el ambiente era de lo más festivo, casi como si se hubiera anunciado una boda real. Los primeros en apuntarse a la celebración fueron los suecos, ya que su embajada era la más cercana. Pronto se unieron a ellos los estadounidenses, los holandeses y los filipinos. Las mujeres se acercaban a darle dos besos y lo miraban con cara de no creerse que el principal activo de la diplomacia española estuviera a punto de retirarse del mercado.

Además de las visitas presenciales, pronto empezaron a llegar las llamadas telefónicas, los e-mails y los mensajes de WhatsApp. Hasta el cónsul de Montevideo, con quien había compartido varios años en Uruguay mientras era embajador, le había enviado un correo de felicitación.

De: Ilustrísimo señor Rodrigo Calvo Orondo

Para: Excelentísimo señor Alejandro de la Encina y del Roble

Ya era hora de que sentaras la cabeza, De la Encina. Por fin descubrirás la felicidad que yo encontré al lado de mi augusta Virtudes. Un embajador es la imagen de su país allá donde va. Doy gracias al Altísimo porque al fin dejes de ensuciar la imagen de España con tus devaneos.

Alejandro rio en silencio al leer el mensaje de su estirado colega. Él no era un hombre particularmente religioso, pero pidió al cielo que su vida al lado de Irina

no se pareciera en nada a la relación entre el cónsul y su todavía más estirada e intransigente esposa.

Le respondió desde el teléfono, mientras la fiesta seguía en todo su apogeo.

De: Excelentísimo señor Alejandro de la Encina y del Roble

Para: Ilustrísimo señor Rodrigo Calvo Orondo

Gracias, colega. ¿Qué haces despierto a estas horas, por cierto? ¿Rezando las vísperas junto a Virtudes? ¿O viviendo una experiencia religiosa en el Pykaros?

La respuesta del cónsul no se hizo esperar.

De: Ilustrísimo señor Rodrigo Calvo Orondo

Para: Excelentísimo señor Alejandro de la Encina y del Roble

¿Cómo te atreves? ¡Yo nunca he estado en esa whiskería! ¡Ni en ésta ni en ninguna de las otras!

De: Excelentísimo señor Alejandro de la Encina y del Roble

Para: Ilustrísimo señor Rodrigo Calvo Orondo

Ah, ¿es una whiskería? Pensaba que era una sala de exposiciones griega, ya sabes, de arte sacro.

Alejandro le dio a «Enviar» con una sonrisa ladeada en la cara. No podía evitarlo; las viejas costumbres nunca mueren, y hacer rabiar a Rodrigo había sido una de sus distracciones favoritas durante los años que pasó en Montevideo. La otra..., la otra había sido mucho más guapa que el cónsul.

Miró el reloj. Eran las cinco de la mañana en España. Las noticias no habrían llegado a la encargada de las relaciones bilaterales España-Gran Bretaña y especialista en Gibraltar, también conocida como Victoria Lampard, o Vicky, su Vicky.

«Ah, no, eso sí que no te lo consiento —oyó la voz de Manu Soto, más conocido como «el Golfo de Cádiz», en la cabeza—. Victoria es *mi* Vicky. Esas

ramas bien lejos, señor De los Bosques, o te las podo a la altura de las pelotas.»

Alejandro sacudió la cabeza. Tras el fiasco de su relación con Victoria Lampard, pensó que se quedaría soltero. Y luego, un par de meses en compañía de su hermana Serena Lampard le hicieron desear no sólo la soltería, sino el celibato. Empezó a soñar con entrar en un convento de monjes —de los cartujos, que tenían fama de ser la regla más dura—, porque nada podía ser peor que los continuos caprichos y los cambios de humor de la hija pequeña de Charles Lampard. Aguantó hasta que fue ella la que se cansó de él para no enemistarse —aún más— con su padre.

No, los últimos años no habían sido fáciles, pero la vida lo había recompensado con una preciosidad de piel de canela y pelo castaño, con sangre rusa y japonesa corriéndole por las venas, inteligente y apasionada, una joya para cualquier hombre, un tesoro para un embajador.

Sonrió al pensar en ella y le escribió un mensaje de WhatsApp:

¿No puedes escaparte? Todos quieren felicitarte. Y yo quiero celebrar nuestro compromiso.

¿Otra vez? No hemos dejado de celebrarlo desde el sábado. ;)

Sí, otra vez. No lo hemos hecho en mi oficina. Es imperdonable.

¡Sí que lo hemos hecho! ¿Ya lo has olvidado?

¿Cómo olvidarlo? Pero eso fue antes. Quiero sentarte sobre mi mesa de trabajo sabiendo que estoy mirando a mi futura esposa. Quiero levantarte la falda centímetro a centímetro, acariciarte los muslos, ver cómo te estremeces cuando mis pulgares se cuelan debajo de esas braguitas tan pequeñas que me vuelven loco.

¿Cómo sabes si me he puesto bragas o no?

Alejandro gruñó mientras tecleaba.

Irina... No me tortures y ven aquí ahora mismo.

¿O qué pasará, señor embajador? ¿Romperás relaciones diplomáticas con Japón?

¡Irinaaaaa!

Lo siento, pero en el ministerio también me han organizado una fiesta. Bueno, dejémoslo en celebración.

Vamos, un muermo.

La intención es lo que cuenta.

Pues si no vienes tú, voy yo a buscarte.

¡No! ¡No vengas!

«¿Qué demonios...?» Alejandro frunció el ceño mientras su mente empezaba a ofrecerle imágenes que no le hacían ninguna gracia. ¿Estaría despidiéndose de algún compañero de trabajo muy cercano? ¿Demasiado cercano?

Apretó los puños y se acercó a la puerta. No estaba acostumbrado a sufrir esa sensación de posesión que le retorcía las entrañas. Generalmente regalaba toda su atención a su acompañante, pero, en cuanto la cita terminaba, nunca se preocupaba por lo que hiciera con el resto de su tiempo. Siempre se había burlado de los tipos celosos y, al parecer, ahora el karma se burlaba de él.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de la calle, alguien se le adelantó. Alzó la mano para decirle al recién llegado que no podía detenerse, pero se quedó con cara de tonto al ver que se trataba de Irina.

—Pe... pero...

Ella le empujó el pecho con una mano.

—¿Y esas prisas, embajador? ¿No ibas a mostrarme las intimidades de tu despacho?

Él le tomó la mano y le besó la palma antes de levantarla en brazos para demostrarle que era un hombre de palabra.

Irina se echó a reír y sacudió los pies en el aire, pero los compañeros —y especialmente las compañeras— del embajador se colocaron frente a la puerta de su despacho para impedirle el paso.

—Pero bueno, don Alejandro —lo reprendió doña Akita, la funcionaria más veterana de la embajada, hija de un español y de una japonesa católica muy

devota de Nuestra Señora de Akita, una especie de Virgen de Fátima nipona—. ¿Qué va a pensar su prometida?

—Nada —respondió él con los dientes apretados y la vista nublada por la lujuria—. Yo me encargo de que no piense en nada durante la próxima media hora.

—¡Alejandro! —exclamó ella escandalizada y encantada al mismo tiempo.

—¡Olé! —exclamó un colega filipino.

—¡Torero! —vitreó un holandés, que a partir de la tercera copa de fino entendía español sin necesidad de intérprete y lo que no entendía se lo inventaba.

Pero la sección femenina de la embajada española se mantuvo más firme que el muro *antitsunamis* que el gobierno estaba construyendo a lo largo de la costa norte del país.

—Ya tendrá tiempo para agasajar a su esposa después de pasar por la vicaría, don Alejandro —sentenció Guadalupe, que, al igual que Akita, llevaba una bandeja en las manos. La funcionaria, hija de un japonés y una mexicana y casada con un español, era la eficiencia hecha persona—. Déjenos que la felicitemos, no sea egoísta.

—Eso, eso —añadió Marta, una de las funcionarias más jóvenes, que no podía disimular la envidia que sentía—, tiene que contarnos cómo ha logrado hacer cambiar de idea al soltero más codiciado del hemisferio norte.

Los invitados se habían acercado desde todos los rincones y los habían rodeado.

—¿Quieres que rompa la barrera y salga corriendo de la embajada? No sería la primera vez que me escapo de una —susurró Alejandro al oído de Irina.

Ella se echó a reír, lo besó en los labios y negó con la cabeza.

—¡Claro que no! Bájame de una vez; vamos a brindar.

El excelentísimo embajador soltó un gruñido de esos que no necesitan traducción simultánea y que hizo reír a todos los que lo conocían desde hacía tiempo. El seductor irreductible, el hombre que había jurado que jamás se casaría, había caído con todo el equipo.

Tras los brindis y una nueva ronda de bromas a costa del embajador, las mujeres se llevaron a Irina a un rincón para tratar de sonsacarle sus secretos. Él

se quedó un rato comiendo, bebiendo y hablando de todo un poco con sus colegas, hasta que la entrada de un wasap de alguien muy especial le hizo alzar las cejas.

—Si me disculpáis... Tengo que responder, es importante.

Asumiendo que se trataba de un mensaje de trabajo, probablemente del ministro de Exteriores español o incluso del presidente del gobierno, alguno aprovechó para volver a su embajada, pero otros siguieron brindando a la salud de los novios en su ausencia.

Alejandro entró en su despacho, se sentó en su gran sillón ejecutivo de piel negra, con ruedas, y leyó el mensaje, que no era de ningún ministro, presidente o monarca, sino de alguien mucho más importante para él: Victoria.

Acabo de enterarme. ¡Enhorabuena, Alejandro! Me alegro muchísimo por ti. ¿Cuándo vas a presentarme a la afortunada?

Él se echó hacia atrás, cruzó los brazos sobre el pecho y, con la mirada fija en la puerta, recordó cuando Victoria Lampard había entrado en un despacho parecido, a casi veinte mil kilómetros de distancia, en la capital de Uruguay.

La joven hija de su colega británico Charles Lampard había crecido y se había convertido en una mujer muy tentadora. Alejandro había vivido mucho, y si algo le había enseñado la vida era a caer en las tentaciones.

No se arrepentía en absoluto de haber pasado unas semanas intensas junto a la joven promesa de la diplomacia española, a pesar de haber quedado tocado cuando ella había vuelto con su novio, al que llamaban «el Golfo de Cádiz», aunque tenía el corazón más grande que el peñón de Gibraltar.

¿Qué haces despierta a estas horas?

Valentina tenía hambre.

Alejandro pensó que imaginarse a Vicky dando el pecho le despertaría emociones poco adecuadas para un hombre a punto de casarse, pero lo único que le despertó fue ternura.

«Tranquilo, Manu. Los pechos de Vicky son tuyos y sólo tuyos, machote.»

«Qué más quisiera yo, *pisha* —respondió el marido de Vicky en su mente—.

Últimamente los pechos de Vicky están más *solicitaos* que el teatro Falla en carnavales.»

¿Puedes escribir y dar el pecho a la vez?

¿Lo dudas?

Dios me libre. ¿Cómo está Lucas?

Hecho un torete. Durante el día no para; por suerte, de noche duerme como un tronco.

¿Cuántos años tiene ya?

Casi cuatro.

¡Qué rápido crecen!

Ya, sobre todo en casa de los demás..., pero sí, tienes razón. Mi pequeñín ya va al cole. Aún me cuesta creerlo. Pero ya vale de hablar de niños. ¡Cuéntame tú! ¿Quién es ella? ¿Dónde os conocisteis? ¿Cuándo es la boda?

A Alejandro se le escapó una sonrisa tonta.

Se llama Irina del Carmen Tanaka.

¡Bonito nombre!

Como su dueña.

¡Ole los embajadores salerosos! ¿Es tu becaria? ;)

¿Por quién me tomas, mujer? No, trabaja en el Ministerio de Exteriores japonés.

¿Es guapa?

Es preciosa, como un amanecer en Futami.

¡Ooh, tito Álex se nos ha enamorado!

No me llames así, Victoria, que estoy enamorado pero sigo siendo un hombre.

Ja, ja, ja. Pues me alegro, porque entre jugar con Lucas y darle el pecho a Valentina, a veces me olvido de que soy una mujer.

Eso no me lo creo. Seguro que tu marido te lo recuerda cada día.

No tengo queja. :P

Ya sabía yo...

Y ¿cuándo es el bodorrio?

Cuanto antes, pero mi querida suegra quiere encargarse de los preparativos. Hemos de esperar a que llegue.

Ja, ja, ja, ja, ja.

No le veo la gracia.

Valentina tampoco. Me está mirando mal porque no paro de reírme, pero es que «Alejandro de la Encina» y «suegra» en la misma frase me hace mucha gracia.

Me cae bien Valentina.

Es maravillosa.

Pues ya te confirmaré la fecha cuando la tengamos. Os espero a los cuatro, ¿eh? No me falléis.

Ay, viajar con los niños es... complicadillo.

Pues venid sin niños. Seguro que tu marido me lo agradece.
;)

Unos días a solas con Manu... Tú sí que sabes lo que una mujer quiere oír, embajador.

Siempre a su servicio, señora embajadora.

Aún no.

Pues a ver si te dan un destino pronto.

Quita, quita, prefiero ser agregada especial; no sabes lo bien que me va tener a mi madre cerca.

Me imagino.

Bueno, esta comilona ha acabado. Vamos a echar el aire.

Pues salud y hasta pronto, Victoria.

¡Besos, futuro hombre casado!

Mientras se despedía, la puerta se abrió y entró Irina, silenciosa como una ninja.

—¿Qué haces trabajando durante nuestra fiesta de compromiso? —le preguntó mientras se acercaba seductora—. ¿Así es como va a ser nuestra vida de casados? ¿Estoy a tiempo de echarme atrás?

Él la atrapó, la sentó sobre la mesa y la besó.

—No, no puedes echarte atrás. El que voy a echarte hacia atrás —añadió inclinándola muy lentamente sobre la mesa— soy yo. No te muevas de aquí, voy a cerrar la puerta con llave.

Irina lo agarró de la corbata, deslizó un pie entre sus muslos, le acarició la entrepierna con el empeine y, atrayéndolo hacia su boca, susurró:

—Ya he cerrado yo.

Él le levantó la falda, se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza.

—¡Dios, cómo te quiero!

Tras las celebraciones, y a la espera de que la madre de Irina apareciera para iniciar los preparativos de la boda, Alejandro e Irina siguieron con su vida habitual.

El objetivo de Irina era trabajar en la embajada de Japón en Madrid y no había cambiado de idea, pero después de hablarlo con Alejandro largo y tendido —tendidos en la cama concretamente—, ella había pedido en el ministerio que, tras la boda, le concedieran una excedencia. Sabía que, como esposa del embajador, podía aprender mucho más sobre el oficio diplomático que rellenando solicitudes de pasaporte provisional para compatriotas a los que les hubieran robado la cartera en la Puerta del Sol o en la plaza Mayor.

Su superior, que conocía a Alejandro y que estaba encantado con la nueva conexión hispano-nipona, le aseguró que no habría ningún problema. De hecho, la animó a iniciar la excedencia inmediatamente para preparar la boda.

Ella, que tenía la cabeza llena de vestidos de novia y flores blancas, escribió mensajes de WhatsApp a Alejandro y a su padre para contarles que estaba libre como una grulla.

Alejandro le aseguró que más tarde lo celebrarían como era debido. Ichiro le propuso que fuera a comer con él para consultar el *koyomi*, el calendario lunar, y así poder fijar una fecha propicia para el enlace.

Cuando ella replicó que prefería ir a cenar, para que Alejandro pudiera acompañarlos, Ichiro sonrió y pensó que eso era mejor augurio para el matrimonio de su hija que el que pudiera marcar cualquier almanaque.

Irina se tomó un día «de chica». Le habría encantado tomarse un día «de chicas», pero su madre estaba lejos, no tenía hermanas ni primas, y sus pocas

amigas habían empezado a trabajar en embajadas, consulados y oficinas agregadas en distintas partes del mundo.

Aunque mientras estaba con Alejandro hablaban poco porque la pasión siempre se apoderaba de ellos, habían mantenido alguna conversación sobre la otra pasión que compartían: la diplomacia. Y, aunque él nunca se había quejado, Irina había leído entre líneas y había llegado a la conclusión de que el oficio de diplomático era muy solitario.

Los constantes traslados dificultaban mucho la vida familiar y todavía más mantener el contacto con las amistades. Por eso, cuando Irina le anunció que había decidido tomarse su función de esposa del embajador como parte de su formación y que lo acompañaría a todas partes, Alejandro no pudo disimular su entusiasmo.

«Todo, Irina, te lo voy a enseñar todo», le aseguró guiñándole el ojo.

Y, como siempre, había cumplido su palabra.

Doña Akita y doña Guadalupe se habían ofrecido a acompañar a Irina a buscar vestidos de novia y lo que necesitara, pero no las llamó porque sintió que sería como traicionar a su madre. Era una emoción bastante absurda, teniendo en cuenta que su madre nunca había estado a su lado cuando la necesitaba, pero más absurdo sería negar lo que sentía.

Por eso, consultó en el móvil dónde estaban las principales tiendas de vestidos de boda y se dirigió a echar un vistazo.

Mientras tanto, en la embajada de España, lo que parecía una mañana tranquila se había convertido en una pesadilla para el embajador.

—¡Alejandro! —El grito de una mujer llenó el amplio vestíbulo—. ¡Ale, Alejaaaaandro! *Dove é?* ¿Dónde está el *figlio* de mile...?

—Uy, si es la Lady Gaga de San Marino —susurró Guadalupe.

—Las noticias vuelan —replicó doña Akita saliendo de detrás de su mesa.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Guadalupe se dirigió hacia la recién llegada, que iba vestida con un traje de falda y chaqueta negro, muy ceñido, que marcaba

sus exuberantes curvas y contrastaba con su melena rubia.

—¡Exijo ver al embajador, pronto!

Doña Akita se unió a Guadalupe y juntas formaron una línea defensiva frente a la puerta de Alejandro que habría hecho feliz a un entrenador de la selección italiana.

—Está reunido.

—*Aqua in bocca!* Ya sé qué tipo de reuniones tiene Alejandro. Yo también me reuní con él para preparar la exposición de cultura mediterránea el año pasado.

Las dos mujeres se miraron para decidir su próximo movimiento, pero la puerta del embajador se abrió y no hizo falta improvisar.

—Gracias por acompañar a doña Barbara, yo me encargo.

—¡Ja! Conque reunido, ¿eh? —La mujer apartó a las funcionarias de un empujón.

—Estaba reunido con el embajador de Filipinas... por videoconferencia. — Alejandro hizo pasar a la enfurecida comisaria de arte y le guiñó el ojo a sus leales defensoras antes de cerrar la puerta—. Barbara, *cara*, estás radiante. ¿Qué te trae por aquí?

—Me han llegado rumores increíbles, *caro*, ¡no te lo vas a creer!

La comisaria dio una vuelta por el despacho pisando con tanta fuerza que Alejandro temió que dejara agujeros marcados en la cara alfombra con los tacones de sus zapatos rojos. Cuando ella se dio la vuelta bruscamente y lo taladró con la mirada, el embajador tragó saliva. Barbara tenía fama de dominante entre la comunidad internacional de Tokio, aunque durante las noches que pasó a su lado se comportó como una gatita mimosa. La primera noche le había dejado diez surcos marcados con las uñas en la espalda, así que durante sus siguientes encuentros se aseguró de atarle las manos para que no le dejara la espalda convertida en la autopista Tomei.

Y ése fue su error.

A ella le gustó.

Demasiado.

—¿Qué rumores, *cara*?

Ella se acercó y alzó la mano a la cara de Alejandro. Él la atrapó por las muñecas y le colocó los brazos pegados al cuerpo. Las uñas, tan rojas como los zapatos, debían de medir un par de centímetros. Si no las quería cerca de su espalda, menos las quería cerca de sus ojos, sobre todo después de que las noticias de su compromiso hubieran corrido como la pólvora.

—Me ha dicho Katrina, la de la galería Oriental Art, que te vas a casar, ja, ja, ja, ja. Le he dicho que era imposible, pero ella venga, y dale.

Alejandro carraspeó.

—Es verdad, Barbara. Es muy reciente, no he tenido tiempo de...

La comisaria de arte se liberó las manos bruscamente y se echó hacia atrás como si acabara de recibir un bofetón.

—È vero?

—Sí.

—¿Te vas a casar?

Él sonrió y se acercó a ella.

—¡Sí! ¿No es fantástico?

Cuando Barbara le cruzó la cara de una bofetada, Alejandro —que aprendía de sus errores— se dijo que debía afrontar el tema de un modo distinto con el resto de sus examantes si no quería llegar a la boda con la cara convertida en la bandera de Japón.

—¡No, *non è* fantástico, *stronzo, vaffanculo!*

—Pe... pero..., *cara...* Tú y yo lo pasamos muy bien, pero nunca quisimos nada más.

—¿Me lo preguntaste?

Alejandro estaba pasmado.

—¿Te habrías casado conmigo, Barbara?

Ella lo miró como si le hubieran salido dos cabezas a lado y lado de la principal.

—¡Por supuesto que no, cretino! —Él frunció el ceño; empezaba a tener dolor de cabeza—. ¡Pero me lo podrías haber pedido, *cazzo!*

Barbara se acercó a la puerta.

—¡Te voy a dar un consejo como regalo de bodas! Llama a tus amantes y

cuéntales que te casas. No hay nada más humillante que enterarte por terceras personas.

Abrió la puerta. Guadalupe y doña Akita ni siquiera se molestaron en disimular que estaban escuchándolo todo.

—Examantes —le aclaró él—. Ya no tengo amantes ni las voy a tener nunca más. En mi vida sólo hay lugar para Irina.

—¡Aaaaah! ¡Y decían que eras un caballero español! Tú lo que eres es... es... —El personal al completo se encogió de hombros e hizo una mueca preparándose para la erupción de la italiana, más volcánica que el Vesubio— *Sei un rompicoglioni!!!*

Cuando salió a la calle, todos se miraron aliviados.

—Uf, qué bien puesto tiene el nombre la doñita —comentó Guadalupe.

—No lo sabe bien, Lupe.

—De todos modos, algo de razón tiene —comentó Marta—. Cuando mi ex se casó, me llamó por teléfono y me lo contó antes que a nadie. Se lo agradecí mucho. Si me hubiera encontrado la foto de la pareja feliz en Facebook, me habría dado mucha rabia.

—Ya, pero yo no tengo ninguna exnovia.

—Con las examantes también se debe aplicar el mismo protocolo de cortesía —replicó doña Akita. Alejandro nunca la había visto tan seria.

—De verdad, Aki, no creo que sea necesario. Estamos en el siglo XXI. Hombres y mujeres mantienen relaciones sin compromiso de manera habitual y nadie monta estos numeritos.

—¡Exijo ver al embajador! —les llegó una voz femenina indignada desde la calle.

Las dos funcionarias se volvieron hacia Alejandro con las cejas alzadas.

—Nosotros la entretenemos un rato. —Guadalupe lo empujó hacia su despacho—. Haga el favor de darle un repaso a su agenda, empezando por la «A» de Ana y acabando por la «Z» de Zoë. Si no lo hace, esta oficina se va a convertir en el Muro de las Lamentaciones y no va a haber quien trabaje.

Irina comenzó la operación «Encontrar el vestido perfecto, original pero discreto, sexy pero sin pasarse, elegante pero no aburrido» con todo su entusiasmo, pero, pasadas unas horas, empezó a confundir los cuellos *halter* con los de la reina Ana, el escote corazón con el de la palabra de honor, las mangas murciélago con las de campana, y la tela de mikado con la de otomán. Por eso, paró un taxi y se dirigió a Akihabara, el barrio *otaku* por excelencia, en busca de un modelito «distinto» para la noche de bodas.

Lo primero que hizo fue comprarse un *tamagoyaki* —una especie de tortilla pinchada en un palo— en un puesto callejero y, mientras comía, observó a la gente que recorría las calles vestida como sus personajes favoritos.

La mayoría de los personajes no le sonaban de nada, ya que ella no era particularmente aficionada a ese tipo de historias, por mucho que a Alejandro le hubiera extrañado cuando se lo contó.

Durante la fiesta en la que se conocieron habían hablado de animes y mangas. Irina había leído unos cuantos, pero pocos, porque ya desde niña le cogió manía a Doraemon, al que culpaba de todo el tiempo que su padre pasaba trabajando.

En casa siempre había habido cajas de *dorayaki* y troquelados de Doraemon de tamaño natural. Lo veía más como a un rival que como un entretenimiento. A ella lo que le gustaban eran las novelas de Banana Yoshimoto o Yoko Ogawa plagadas de personajes extraños en busca de la felicidad y de un lugar en el mundo.

—Pues no, no soy fan del anime. Y ¿tú a qué te dedicas en tus ratos libres? —había contraatacado ella—. ¿Eres torero o cantautor?

Alejandro se había ruborizado al darse cuenta de que había caído en el tópico como si fuera alguien acabado de salir de su pueblo, en vez un hombre de mundo.

—Me gusta tocar el piano para relajarme. ¿Y a ti?

Irina no le había dicho con palabras las cosas que su mente había empezado a idear para relajarse.

Con él.

En la piscina de casa de su padre.

Cuando su padre estuviera de viaje.

Y los empleados de permiso.

Ella misma se encargaría de darles la tarde libre. Cogiéndolos por el pescuezo si era necesario.

Luego agarraría al guapísimo embajador español, por el cuello de la camisa para empezar.

Le aflojaría el nudo de la corbata y se la quitaría deslizándola suavemente por su nuca, erizándole el vello.

Le desabrocharía los botones de la camisa, lo que no sería fácil, porque en su ensoñación se habían lanzado a la piscina vestidos y los ojales se resistían.

Él la había devuelto a la realidad dirigiéndole una sonrisa que era pecado embotellado.

—No sé qué estás pensando, pero me gusta... mucho. ¿Por qué no me lo cuentas? O, mejor aún, ¿por qué no me lo demuestras?

Irina lo había tomado de la mano y, como en trance, lo había llevado hacia la piscina del empresario anfitrión que los había invitado a ambos. Una vez allí, había mirado el agua en silencio y lo había mirado a él. Alejandro alzó una ceja, entre divertido y escéptico, pero luego se echó a reír y se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —le dijo.

Irina empezó a enamorarse de él en ese momento, mientras saltaba de la mano del desconocido más guapo que había visto nunca. Aunque medido en centímetros fue un salto pequeño, para ambos fue mucho más. Fue un salto al vacío, un salto de fe en el futuro; un entregarse al destino con la ilusión del primer amor, ese que se vive sin envolver el corazón con plástico de aeropuerto, sin pensar en garantías ni en plazos de devolución.

Fue la primera vez que se bañaron juntos, pero no la última.

Cuando los invitados y el anfitrión —el presidente de una compañía de tecnología punta— fueron a ver qué pasaba, Irina dijo que había resbalado y que el embajador se había lanzado al agua, preocupado por ella, lo que despertó suspiros y miradas irónicas por igual.

—¡Ay! —Irina se sobresaltó al darse cuenta de que se le había caído al suelo el último trozo de *tamagoyaki*, la tortilla en palo. Sonrió al recordar lo que le

había dicho él durante su segunda cita.

Aunque, tras salir del agua envuelta en las toallas que había mandado traer el anfitrión, Irina había desaparecido como Cenicienta a medianoche, Alejandro había averiguado su nombre y la había llamado al ministerio al día siguiente con la excusa de preguntarle si se había resfriado por el baño nocturno.

Ella le aseguró que tenía una salud de hierro y que hacían falta experiencias mucho más extremas si quería que su salud se resintiera.

Alejandro se lo tomó como lo que era, un desafío, y recogió el guante. A partir de ese día empezaron a salir regularmente y cada día uno de ellos sorprendía al otro con sus propuestas.

Empezó él, llevándola al Robot Restaurant para impresionarla. Irina le gustaba mucho; era preciosa, alegre y brillante, pero tenía un defecto: la edad. Él no dejaba de cumplir años y las chicas que conocía cada vez eran más jóvenes, lo que le generaba la misma sensación que cuando se presentaban los nuevos futbolistas al inicio de cada temporada. En resumen, se sentía más viejo que Matusalén.

La experiencia fue... agobiante. El local era absolutamente delirante y más barroco que los hermanos Churriguera. Los estrechos pasillos estaban cubiertos de cristales sobre los que centelleaban mil luces de neón. La música, los abanicos, los caballos mecánicos y, sobre todo, los grandes robots con forma de mujer eran un bombardeo sensorial constante.

Cuando Irina le rogó que salieran de allí porque no aguantaba más, Alejandro se enamoró un poco más de ella.

Lo llevó a callejear y acabaron cenando en un parque cercano varias cosas que habían comprado en puestos callejeros.

Ésa fue la primera vez que compartieron un *tamagoyaki*.

—¿Tortilla clavada en un palo? Pero ¿cómo puede ser que no la hayamos inventado los españoles? ¡Si las cosas clavadas en un palo son patrimonio nacional! ¡La fregona, el chupa-chups!

Irina le metió el *tamagoyaki* en la boca para que dejara de protestar y Alejandro pensó que la joven diplomática tenía un gran futuro en la profesión. Era rápida de reflejos, tenía recursos y una sonrisa que derribaba barreras.

Contagiándose de su entusiasmo, se dejó llevar y la besó, compartiendo con ella el último trozo de tortilla. Al darse cuenta de lo que había hecho, temió que ella se apartara horrorizada, lo llamara asqueroso y saliera huyendo, pero de nuevo lo sorprendió gimiendo de gusto en su boca y devorando las migas de *tamagoyaki* antes de sentarse sobre su regazo y seguir devorándole la lengua.

Aunque la primavera era suave, Irina echó de menos un abanico. Pensar en Alejandro siempre le causaba ese efecto. Gimiendo, se frotó los muslos uno contra el otro y miró el móvil.

Aún faltaban dos horas para que él acabara su jornada. Suspiró y se levantó. Había ido hasta allí para buscar un disfraz de Ai Haibara, la protagonista de la serie «Detective Conan».

Durante una de sus noches de pasión, Alejandro le había confesado que era su serie japonesa favorita y que de joven se había sentido culpable por sentirse atraído por el personaje de la investigadora que vuelve a la infancia al tomar la misma sustancia que Conan. Le contó que su mente adulta lo atraía, pero su cuerpo de niña lo hacía sentirse culpable al mismo tiempo. Lo que le gustaba de ella era su mente despierta, su ironía, pero su cuerpo a medio formar lo echaba para atrás. No entendía a los hombres que abusaban sexualmente de las niñas, fuera cual fuese el nombre que le pusieran (matrimonio a los once años, prostitución infantil, porno por internet). Le dijo que, aunque la vida sin sexo no sería fácil, antes prescindiría del sexo que acostarse con una menor.

Irina se lo creía, porque cada vez que hacían el amor él alzaba la cara al cielo en algún momento y daba las gracias porque fuera mayor de edad. A ella, que se sentía adulta desde siempre, le hizo mucha gracia.

No le costó encontrar el disfraz de Ai Haibara, con el que pensaba sorprender a Alejandro durante la noche de bodas. Había tanta variedad que se vino arriba y compró varios más.

Con los disfraces bien envueltos y una sonrisa traviesa en los labios, paró un taxi y fue a la embajada para convencerlo de salir un poco antes.

El taxi tuvo que detenerse en la esquina, ya que una cola de personas se extendía desde la puerta hasta la calle.

Mientras se acercaba a la entrada, se dio cuenta de que todas las personas en

la cola eran mujeres y, además, todas tenían algo en común: estaban indignadas.

Estaba a punto de preguntarles si estaban haciendo algún trámite para renovar el visado, pero en ese momento se abrió la puerta y salió una despampanante morena que podría haber sido modelo de Victoria's Secret.

La morena la miró de arriba abajo, haciéndola sentir insignificante. Una de las mujeres que esperaban la agarró del brazo.

—¡Eh, tú! A la cola.

—No, no, si yo no vengo a hacer trámites; vengo a ver al embajador.

Las carcajadas de la docena de mujeres que esperaban le causaron un escalofrío que le recorrió la espalda de abajo arriba y le erizó el vello de la nuca.

—¡El embajador...! ¡No me nombres a ese *fiils de pute!* *Quel salop!*

—Como todas, querida —le aclaró otra de las ofendidas—. Todas estamos aquí para decirle un par de cosas bien dichas a ese casanova español.

Irina las miró una a una sin dar crédito.

—¿Vosotras sois...?

—Lo mismo que tú, querida. Amantes de Alejandro, a las que hizo creer que éramos la mujer más especial del mundo —respondió una.

—Me dijo que yo era la única, la que hacía que el sol saliera cada mañana —protestó otra.

—A mí me llamaba «la perla de Tailandia» —se lamentó una tercera.

Por desgracia, todas esas frases le resultaron demasiado familiares a Irina.

Al ver su cara angustiada, otra de las damnificadas por el embajador le dio unas palmaditas en la espalda.

—¿También creíste que serías tú la que lograría llevarlo al altar? Ay, pobrecita.

Irina sintió que el corazón se le rompía. El corazón y la razón empezaron un duelo a muerte con catanas y *nunchaku*. La razón le decía que no juzgara a Alejandro hasta que él se explicara. El corazón le ordenaba quedarse con él a solas, atarlo a su silla de despacho, ponerse el disfraz de Ai Haibara y torturarlo volviéndolo loco de deseo hasta que se lo confesara todo.

Sí, probablemente su corazón tenía un punto sádico.

Lo mejor iba a ser marcharse de allí ahora que todavía podía hacerlo con

dignidad.

Las saludó con una inclinación de cabeza y, tras despedirse de la embajada con la mirada, se alejó de allí.

Alejandro se sirvió dos dedos de whisky en un vaso de cristal tallado. Estaba a punto de echarse dos cubitos de hielo, pero cambió de idea. Se olvidó del hielo y se sirvió un dedo más de licor.

Se acercó a la ventana de su apartamento y bebió contemplando las luces de la ciudad. Había pasado el peor día de su vida. (Sí, había pasado por delante incluso del día del secuestro del avión.) Nunca, ni en sus sueños más locos, se habría imaginado que el anuncio de su compromiso pudiera tener tanta repercusión.

Había intentado hacer caso del consejo de Akita y Guadalupe y llamar a sus exámenes, pero con tantas amigas con derecho a roce esperando en la puerta, no había pasado de la «C» de Clara.

Pensaba que Irina lo iría a buscar a la embajada, pero no había aparecido por allí. Una parte de él habría deseado que se plantara frente a la puerta, catana en mano, y lo librara de la ira y la indignación de esas mujeres a las que nunca había prometido nada más que un buen rato. El problema era que Irina no era experta en artes marciales, aunque, teniendo en cuenta las circunstancias, eso era una bendición. Tragó saliva imaginándose la furiosa, clavándole un machete en la espalda con la fuerza de la mente en plan *La casa de las dagas voladoras*.

La había llamado varias veces, pero el teléfono le aparecía como apagado o fuera de cobertura, e imaginó que se había quedado sin batería. Cuando estaba a punto de salir a buscarla para ir a cenar a casa de su padre, Irina le había enviado un mensaje.

No vengas, Alejandro. Se cancela la cena. Y no me llames. Ya te llamaré yo.

El mensaje le había extrañado mucho, tanto por el contenido como por el

tono. Irina siempre le hablaba con cariño y, sobre todo, con humor. Ese wasap que le había enviado parecía un aviso de la lavandería. En cualquier otro momento, habría salido corriendo a su casa a ver qué pasaba, pero estaba emocionalmente agotado y, además, le había prometido a Lupe y a Akita que llamaría a sus contactos esa noche, aunque tuviera que pasársela en blanco, para que no se repitiera un espectáculo como el de ese día.

Releyó el mensaje: «Y no me llames. Ya te llamaré yo».

Lo cierto era que no conocía a Irina lo suficiente para saber si lo decía en serio o no. Normalmente le costaba saber a qué atenerse con las mujeres, pero ella era tan clara y directa que si le decía que no quería que la llamara era porque no debía de apetecerle hablar con nadie.

«Le habrá venido la regla. Sí, seguro que es eso.

»O no.

»Necesito una amiga que me aconseje.»

En España era mediodía, así que le escribió a Victoria, su mejor amiga y confidente.

¿Qué tal está mi gaditana favorita?

He estado mejor. Valentina tiene otitis y no ha parado de llorar en toda la noche.

Vaya, y yo aquí, molestándote con mis tonterías. Ya hablamos en otro momento.

¡No, por favor! Ahora se ha dormido y puedo hablar con un adulto de cosas de adultos. No te imaginas lo que lo echo de menos.

Lo entiendo. Tu marido no es mal tipo, pero muy adulto, muy adulto, no es.

No te metas con Manu, que es el mejor padre del mundo. ¿Qué pasa, Álex?

Desde que se ha corrido la voz de que me caso, no paran de llegar mujeres a la embajada echándome en cara no ser ellas las elegidas.

Ja, ja, ja. ¿En serio?

Y tan en serio, no me hace ni puñetera gracia.

¿De cuántas estamos hablando?

Uf, no las he contado. Demasiadas.

Y ¿cuál es el problema exactamente?

Tengo miedo de que Irina se entere y se cabree.

¿No se ha enterado?

Por suerte, no. Pensaba que vendría a buscarme a la embajada, pero no ha venido.

Pues menos mal.

Sí, lo que pasa es que habíamos quedado para cenar y me ha enviado un mensaje.

Ups, ¿qué decía?

Que no fuera a buscarla y que no la llamara; que me llamaría ella.

Ya.

Ya, ¿qué?

Que no ha ido a buscarte a la embajada y no se ha enterado de nada pero no quiere verte, ¿no? ¿En serio quieres que me crea eso?

Pues tenía la esperanza de que tú te lo creyeras, porque no me lo creo ni yo.

Estás jodido, Álex.

No me digas eso, Victoria.

Tienes que hablar con ella inmediatamente.

Sí, ¿verdad?

¡Pues sí, cabestro! Deja de hablar conmigo y ve a buscarla. Explícaselo todo y luego haz algo.

¿Algo? Podrías concretar; tengo la cabeza como un bombo.

Graba un vídeo en YouTube, hazle un *flashmob*... Yo qué sé.
Haz algo que pueda ver todo el mundo para que se crea que vas en serio, que lo tuyo con ella es distinto de lo de las demás.

Victoria, si no estuviera enamorado de Irina, te pediría que te casaras conmigo.

¿Álex?

¿Sí, preciosa?

Deja de decir esas cosas a las mujeres, ¿quieres? Yo te conozco y sé que para ti no significa nada, pero hay muchas que considerarían que eso que acabas de decirme es una proposición de matrimonio.

Nah, ¿tú crees?

¡Ay, madre, pobre Irina del Carmen!

Entonces, voy a buscarla, se lo cuento todo y hago algo.

Exacto. Tú puedes, machote.

Eso espero. ¡Gracias, Vicky!

Ya me contarás.

¡Besos!

Mientras Victoria acababa de chatear con Alejandro, Manu había entrado en el dormitorio, donde ella se había tumbado a descansar aprovechando que los niños le habían dado un respiro.

—¿Charlabas con Emma? —le preguntó tumbándose a su lado y apartándole el pelo de la cara antes de saludarla con un beso en los labios.

Ella dejó el móvil en la mesilla y le acarició la cara.

—No, era Álex. Ha metido la pata con Irina y quería consejo.

Manu torció el morro.

—¡Ea, qué ramas más largas que tiene el embajador de los bonsáis y los bambús! ¡Qué poquita gracia me hace encontrarte en la cama con ese hombre!

—No me extraña, la verdad.

Manu alzó una ceja y la agarró por la cintura.

—¿Hay algo que deba saber, Vicky?

Ella le acarició el pecho.

—Sí, que como algún día me encuentre yo a una cola de mujeres pidiéndote explicaciones en la puerta de casa, la vamos a liar pero bien, señor Golfo de Cádiz —respondió y, tras darle un empujón, se sentó sobre su marido, al que cada día quería más.

Él la agarró por las caderas y alzó la pelvis para demostrarle que estaba a su servicio, como siempre.

Victoria se inclinó hacia él con sexo lujurioso en la mirada y hundió las manos en su pelo, pero un sonido más estridente que las sirenas de los barcos de cruceros Disney rompió la paz del momento.

Vicky apoyó la cabeza en la frente de Manu y notó su gruñido de frustración.

—¡Oh, no! Ya está ahí otra vez, pobrecita.

—Descansa un rato. —Manu le dio la vuelta a Vicky y la besó en la frente—. Yo me encargo.

Victoria sabía que no podría dormir hasta que se asegurara de que Valentina estaba bien, pero iba a aprovechar esa tregua para descansar aunque sólo durara cinco minutos.

Se volvió de lado, acarició el lugar que él acababa de dejar libre y aspiró su aroma en la sábana.

«Luego no te me escapas, Manuel Soto.»

6

Alejandro se quitó la americana y estiró los músculos para calentarlos antes de escalar el muro de la casa de Ichiro Tanaka. No es que necesitara mucho calentamiento, estaba ya bastante calentito.

Llevaba una hora tratando de hablar con Irina y no había manera. No le contestaba al móvil y tampoco respondía nadie en el teléfono fijo de la mansión.

«Menos mal que Tanaka no tiene perros sueltos para proteger la casa —se dijo sentado sobre el muro. De un salto, se plantó en el suelo—. De hecho, la seguridad deja mucho que desear. Voy a tener que hablar con mi futuro suegro para...»

La luz de un foco lo cegó mientras una sirena rompía la paz del barrio residencial.

—¡Mierda!

—¿Quién anda ahí? —preguntó en japonés Masato, el mayordomo de Ichiro, saliendo de la casa armado con un palo.

«Oh, no. Un *bo-kun*. Voy a acabar con más golpes que un pulpo gallego.»

Los nervios hicieron que a Alejandro se le olvidara hablar en la lengua de sus anfitriones.

—¡Soy el embajador español, el prometido de la señorita Irina, por favor, no ataque!

Pero el mayordomo no hablaba español, por lo que sus súplicas no sirvieron de nada. El hombre avanzó con decisión y empezó a golpearlo en brazos, piernas, en los costados.

—No, por favor. No soy un ladrón. ¡Irinaaaa!

El mayordomo no se detuvo ni siquiera al oír el nombre de la hija del dueño. Sólo lo hizo cuando Ichiro habló desde la puerta.

—Apague las alarmas, yo me encargo —le ordenó.

Alejandro se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

—Gracias. —Se inclinó ante él—. Perdón por entrar así, pero Irina no quiere hablar conmigo. Me temo que ha habido un malentendido y quiero arreglar las cosas con ella.

Ichiro estaba dividido. Por un lado, tenía ganas de arrebatarse el *bo-kun* a su mayordomo y seguir sacudiendo personalmente al embajador que había apagado el brillo de los ojos de su preciosa Irina, pero sabía por experiencia que, si su hija lo amaba, solamente él sería capaz de devolverle ese brillo.

—Y ¿puede saberse qué ha causado ese malentendido?

Alejandro tragó saliva.

—Francamente, preferiría hablarlo con su hija, si no le importa. Lo que sí puedo decirle es que quiero y respeto a Irina y que nunca haría nada que pudiera hacerle daño.

Ichiro lo miró con escepticismo.

—No puedo borrar mi pasado de un plumazo y tampoco quiero hacerlo —siguió excusándose—. No me arrepiento de haberle sacado a la vida todo el jugo posible, pero he pasado página. No cambiaría lo que tengo con su hija por nada del mundo. Cuando encuentras a la mujer adecuada para ti, las demás pierden todo el sabor, es como comerte un helado de hielo puro, sin sustancia.

Ichiro era un padre protector, pero también era un hombre que había encontrado el amor y que se había arrepentido mil veces de no haber luchado más por él.

—Lo siento, pero no puede ver a Irina.

—Le prometo que...

—No es que no quiera, es que no está. Le ha pedido al ministro que le asigne una misión y se ha ido esta misma tarde.

A Alejandro se le cayó el alma a los pies.

—¿Sabe adónde ha ido? —trató de sonsacar a su suegro, a pesar de que sabía mejor que nadie que las misiones diplomáticas solían ser secretas.

Él negó con la cabeza.

Quince días más tarde, Alejandro estaba desquiciado. Había perdido dos kilos, iba sin afeitarse y no sabía qué más hacer. Siguiendo los consejos de Vicky, había pedido ayuda a Lupe y a Akita, que se estaban volcando en preparar una fiesta de compromiso de las que hacen historia.

Con la excusa de invitarlas a la fiesta, había llamado a todos sus contactos femeninos. Tal como le habían dicho Lupe y Akita, la mayoría de ellas se limitaron a desahogarse insultándolo, aunque algunas le habían asegurado que no se perderían la fiesta por nada del mundo.

Todo estaba a punto: el catering, los camareros, la música.

Sólo faltaba un pequeño detalle.

Un detallito de nada.

La novia.

Irina del Carmen Tanaka seguía desaparecida y Alejandro no sabía qué hacer.

Había dado tantas vueltas a su despacho, que si le hubieran puesto una cinta de correr conectada a un generador bajo los pies podría haber iluminado la isla de Hokkaido durante un año.

La situación le parecía tremendamente injusta. Mientras se había dedicado a vivir la vida acostándose cada noche con una mujer distinta sin esperar nada de nadie, todo había ido bien. Pero en cuanto decidió que era hora de sentar la cabeza y de hacer las cosas «como era debido», todo se torció.

Tal vez tenían razón las amantes despechadas que le decían que dejara de engañarse, que un mujeriego siempre sería un mujeriego.

Pero su corazón ya no era libre. Se había entregado a Irina sin condiciones y sólo ella podría liberarlo.

Alejandro levantó el teléfono, pero lo volvió a colgar con rabia. Cada vez que llamaba al Ministerio de Exteriores japonés se lo quitaban de encima con buenas palabras, pero ninguna información. Estaba a punto de entrar en el despacho del ministro y de iniciar un conflicto internacional si hacía falta para que le dijeran dónde demonios estaba Irina.

Cuando sonó su móvil, lo miró con desgana, pero al ver el nombre que

aparecía en la pantalla le dio un vuelco el corazón.

—¡Irina! —Descolgó con manos temblorosas—. Irina, cariño, ¿estás bien? ¿Dónde estás?

—Oooh, ¿lo ha oído? Soy su cariño. Mi Alejandro me quiere. Déjeme salir; tengo que volver con él.

Alejandro sacudió la cabeza.

Era Irina, sin duda, pero su voz sonaba rara, pastosa, como si la lengua le hubiera aumentado de tamaño. El instinto protector se le activó en un segundo.

—¡Irina! ¿Dónde estás? ¿Quién tiene que dejarte marchar? ¿Estás drogada? ¿Te han secuestrado? ¿Quién ha sido? ¿La mafia rusa, la yakuza? ¡Los mato a todos!

—Ji, ji, ji, qué mono. No me han secuestrado, Alexito. Bueno, no exactamente. Estoy encerrada, pero...

Él cogió las llaves del coche y salió de su despacho a la carrera.

—¡Lupe, llame a la policía! ¡Que rastreen mi llamada! Y luego la del número que está hablando conmigo.

El personal de la embajada se volvió hacia él. Lupe descolgó el teléfono y empezó a marcar.

—Alejandrito, no hace falta que llames a la policía, cielo. La policía ya me ha encontrado... Bueno, el ejército. Te he llamado a ti para que mi padre y el ministro no se enteren. ¿Puedes dejar de gritar a los cuatro vientos?

—Aborte misión, Lupe. Ha sido una falsa alarma.

Lupe y Akita intercambiaron una mirada y sacudieron la cabeza. Como no apareciera pronto la prometida de su jefe, ese hombre iba a perder el juicio.

Él se encerró de nuevo en su despacho y bajó la voz antes de insistir:

—Por favor, Irina, no me castigues más. Dime dónde estás.

—No te estoy castigando, Alexito, cariño, ji, ji, ji. De hecho, si te tuviera aquí delante te haría de todo menos castigarte. A menos que me lo pidieras, claro. Ya sabes que yo por ti soy capaz de...

—Irina. —Él trató de mantener la calma—. ¿Dónde estás? Dime dónde estás para que pueda ir a buscarte y puedas hacerme todo eso que estás pensando. —

Carraspeó. Aunque estaba loco de preocupación, su voz y sus palabras lo habían puesto como una moto.

—En la base militar de Yuzhno-Kurilsk.

Alejandro abrió la boca y volvió a cerrarla. Apoyó el trasero en la mesa de despacho para asimilar lo que estaba oyendo y, después de boquear como un atún varias veces más, logró decir:

—Voy para allá.

Diez horas más tarde, Alejandro viajaba en el ferri que unía la gran isla de Honshu con la de Hokkaido. Se había saltado el límite de velocidad siempre que los embotellamientos se lo habían permitido, lo que había hecho que se ganase miradas indignadas de conductores cabreados, pero le daba igual todo. Irina estaba en una base militar rusa de las islas Kuriles, unas islas por las que Rusia y Japón llevaban siglos de estériles disputas.

«¡En a tomar por culo están las islas! Islas *Kuriles* tendrían que llamarlas», refunfuñó.

Aunque su espíritu de embajador sentía una gran curiosidad por saber qué demonios estaba haciendo la joven diplomática allí, su corazón de hombre enamorado se había puesto al mando de la misión.

Antes de llegar a la ciudad de Sapporo se desvió para realizar la última etapa del viaje. Las casi seis horas de trayecto se le hicieron eternas. Se había pasado el día y buena parte de la noche conduciendo. Con las primeras luces del alba, la primera de la cincuentena de islas que forman las Kuriles asomó entre la niebla que solía cubrirlas.

Si se miran en un mapa, las Kuriles forman un precioso collar de islas volcánicas que unen Japón con Rusia, pero políticamente han sido una fuente constante de conflicto. A Alejandro los territorios fronterizos, esas bisagras disputadas por más de un país, siempre le habían resultado fascinantes y desde su llegada a Tokio había querido visitar las Kuriles, pero en esos momentos,

nervioso y muerto de preocupación por Irina, lo único que deseaba era perderlas de vista.

Había aprovechado el trayecto para tratar de averiguar para qué habían enviado a Irina a ese destino tan peligroso. Había hablado con sus contactos en la diplomacia rusa y británica entre otras. Su máxima preocupación eran las tropas rusas desplegadas en la zona. Si se confirmaban sus sospechas y el Ministerio de Exteriores japonés había enviado a Irina como agente infiltrada, el ministro iba a recibir una visita suya. Le llevaría un jamón cinco jotas con la excusa de reforzar las relaciones bilaterales y, una vez en su despacho, le atizaría con él en la cabeza hasta que entendiera que poner a Irina en peligro no era buena idea. ¡Era una idea pésima! La peor idea desde que a alguien se le ocurrió servir sangría caliente a los turistas en invierno.

Aunque ninguno de sus informadores tenía ni la menor idea de qué podía estar haciendo Irina allí, había logrado que uno de ellos contactara con un pescador de Nemuro, una pequeña localidad al noreste de la isla de Hokkaido, un anciano de aspecto entrañable e inofensivo, pero que llevaba toda la vida burlando los controles militares rusos para visitar a sus parientes de Kunashiri y comerciar un poco bajo mano si se terciaba.

Alejandro se reunió con él en el lugar acordado y durante la travesía hasta Kunashiri no paró de hacerle preguntas, pero el pescador prácticamente no abrió la boca. Tal vez no entendiera el inglés o tal vez sabía que mantener la boca cerrada era la mejor manera de seguir con vida en territorios en conflicto.

Cuando llegaron a unos cincuenta metros de la costa, el pescador le señaló el agua.

—¿Cómo?

El hombre volvió a señalar el agua y, al ver que Alejandro no reaccionaba, hizo girar la barca de pesca y enfiló de nuevo en dirección a Japón.

—¡Eh! ¿Adónde va? ¡Lléveme a la costa, estamos llegando! —El anciano señaló de nuevo el agua y, esta vez, el mensaje le quedó claro—. ¡La madre que lo parió!

Cada segundo que pasaba lo alejaba de la costa. Miró las aguas de aspecto frío donde podían ocultarse ballenas y submarinos rusos y tragó saliva, pero al

imaginarse a Irina prisionera de un grupo de soldados borrachos de vodka, reaccionó.

Se subió a una caja situada junto a la borda y saltó, vestido y calzado. Aunque era buen nadador, el peso de la ropa y los zapatos no le facilitó alcanzar la costa.

—¡Me cago en el país del sol naciente! —refunfuñó mientras salía del agua temblando—, ¡me cago en el sushi, el tofu, los kimonos y en Shin-chan! «Menuda joya de destino te ha tocado», decía el ministro. Un país de cultura milenaria, tranquilo, civilizado, un dechado de educación. ¡Ja! Ni acercarlo a uno a la playa pueden. ¿Qué le habría costado al viejo del demonio?

Un ruido sordo, como de un motor pesado, se fue acercando. Cuando un vehículo cuatro por cuatro negro de aspecto sólido asomó sobre la loma, Alejandro entendió por qué el pescador no se había quedado a hacer los honores.

Cuatro militares lo estaban encañonando con armas de asalto. Uno de ellos empezó a hablar en ruso y, una vez más, Alejandro se lamentó por no haber aprendido la lengua de Tolstói.

—¡No disparen! Vengo en son de paz. Busco a Irina. No Irina Shayk, la modelo, sino la mía, que es mil veces más guapa. Y lista, muy lista... Bueno, ahora mismo eso no lo tengo tan claro, porque ¿qué coño se le ha perdido en este culo del mundo pudiendo estar en su casa o, mejor, en la mía, sin salir de la cama?, no me entra en la cabeza...

Cuando se ponía nervioso Alejandro empezaba a hablar sin parar.

Dos soldados bajaron del vehículo y siguieron apuntándolo mientras se acercaban. Los otros dos tampoco lo perdían de vista a través de las mirillas de sus rifles de asalto.

Aunque no entendió lo que le preguntaron, respondió igualmente.

—Español, soy español..., como Goya o Velázquez.

Los hombres le dirigieron miradas amenazadoras.

—Es-pa-ña. Montserrat Caballé, Plácido Domingo, Julio Iglesias... —Se devanó los sesos buscando algo que esos soldados pudieran reconocer, aunque tenía la sensación de haber aterrizado en un lejano planeta de otra galaxia—. ¿Iniesta?

—Iniesta, Xavi, Piqué —replicó uno de los soldados bajando el arma.

—De Gea, Alba, Ramos, ¡olé! —añadió el otro.

Alejandro se dio cuenta de que había dejado de respirar cuando el aire volvió a entrarle en los pulmones.

El primer soldado le señaló el coche y él se resignó a acompañarlos.

«¡Nuestra Señora de Akita, protege a Irina!»

Varias horas más tarde, Alejandro esperaba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared a que alguien viniera a buscarlo. Aunque luchaba por mantenerse despierto, las horas sin comer y sin dormir y, sobre todo, la tensión nerviosa le estaban pasando factura.

La vida en una base militar rusa en las *Kuliles* tenía que ser tremendamente aburrida. Por eso no le extrañó que los soldados pasaran varias horas tratando de interrogarlo, a pesar de que no se entendían un pimiento. Él se lamentó de no hablar ruso, pero esos hombres podrían al menos chapurrear un poco de inglés, ¿no? El Telón de Acero ya se había derribado hacía años. ¿Dónde había quedado la perestroika de Gorbachov? Pero vamos, si no querían aprender inglés, ¡al menos podrían hablar la lengua de sus vecinos japoneses! Si él la había aprendido y era más de Avilés que el bollo de Pascua, esos rusos también podían.

Tal vez lo entendían y fingían no hacerlo para ver si se le escapaba alguna información importante.

—¡Irina! ¡Vengo a buscar a Irina! —volvió a gritar en todos los idiomas que sabía antes de soltar un suspiro de frustración.

Pocas cosas frustran más y han causado más guerras que los malentendidos a causa de los idiomas. Alejandro lo sabía bien. Leer libros de historia siempre había sido su afición. Mientras esperaba a que pasara algo, lo que fuera, recordó algunos fiascos de la diplomacia por culpa de los idiomas. El peor, sin duda, el del primer ministro japonés, Kantaro Suzuki, al final de la segunda guerra mundial. Cuando el presidente Truman amenazó con una «pronta y total destrucción» si Japón no se rendía, Suzuki replicó «*mokusatzu*», que puede

traducirse como «sin comentarios», pero también como «lo ignoramos y lo despreciamos». Las consecuencias son tristemente conocidas. ¿Habría cambiado la historia si los dirigentes de ambos países hubieran hablado la lengua del enemigo? Tal vez.

Al oír que la puerta se abría, Alejandro quiso levantarse, pero se controló. Mejor esperar. Dos soldados se acercaron, lo agarraron por los brazos y lo sacaron de la habitación. Poco después entraban en los calabozos, una sala cuadrada dividida por rejas metálicas que formaban celdas donde no había ningún tipo de intimidad.

Miró a todos lados buscando a Irina, pero estaba solo.

—¡Álex!

La voz de ella lo sacó de su error.

—¡Irina!

Oír la voz de Alejandro le devolvió la esperanza y la energía. Él se soltó de los soldados, pero éstos volvieron a agarrarlo con más fuerza y lo llevaron hacia una de las celdas más alejadas.

—¡Por favor, traedlo aquí, a mi lado! —les pidió ella en ruso—. Os lo compensaré.

Los dos soldados se detuvieron en seco y se dieron la vuelta con Alejandro entre ellos.

—¿Cómo nos lo piensa compensar, preciosa?

Ella se encogió por dentro al ver la mirada lujuriosa del soldado, pero no era el momento de mostrar debilidad.

—Económicamente. Vuestro trabajo está muy mal pagado. Os tienen aquí olvidados del mundo, lejos de vuestras familias, de vuestras novias. Os merecéis una compensación. Mi padre es empresario, estará encantado de haceros un regalo.

Los soldados se miraron.

—¿De cuánto estamos hablando?

Irina les dijo una cantidad y, momentos después, Alejandro se encontró encerrado en la celda vecina y estuvieron al fin a solas. El corazón se le hizo añicos al verlo dentro de una de esas jaulas metálicas por su culpa.

—¡Irina, gracias a Dios! —Él se pegó a los barrotes y ella se acercó, sin acabar de creerse que hubiera ido a buscarla.

Una docena de emociones cruzaron sus rostros: alegría, incredulidad, culpabilidad...

—Álex, yo...

—Luego, Irina. Luego me contarás qué demonios hacemos aquí, pero ahora

ven. Necesito tocarte.

Él alargó las manos.

Ella hizo lo mismo.

Alejandro la abrazó por la cintura y ella por la nuca, palpándose y reconociéndose con alivio y desesperación. Él le clavó los dedos en la piel, ella le tiró del pelo y ambos gruñeron a la vez en la boca del otro, alimentando su deseo mutuo.

—Álex —gimió Irina.

—Llevo quince días buscándote. No vuelvas a hacerme esto, por favor te lo pido. Si hago algo que no te gusta, pégame con el *bo-kun* de Masato, pero no desaparezcas.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Has conocido el *bo-kun* de Masato?

—¿No pensarías que iba a quedarme en casa esperando a que te decidieras a decirme dónde estabas?

—No pensé en nada, Álex. Cuando me encontré con esa cola de mujeres en la embajada y se burlaron de mí, se me cayó el mundo encima.

Él agachó la cara y apretó los puños con fuerza, pero no la soltó. Si de él dependiera, no la soltaría nunca; iban a tener que cortar los barrotes para sacarlos de allí.

Quería besarla, hacerla suya, entregarse a ella, pero sabía que alguien había destrozado la confianza que existía entre ambos. Sin confianza, el sexo no era más que una unión de cuerpos, y no era eso lo que quería compartir con ella. Al menos, no sólo eso.

—Irina, no sé a quién viste ni qué tonterías te dijo, pero sé lo que siento. Lo que siento por ti no se parece en nada a lo que he tenido con otras mujeres. Las he respetado a todas y con todas he disfrutado, pero con ninguna he tenido ganas de formar una familia, de compartir tardes de domingo y mañanas de lunes.

Ella frunció el ceño.

—¿Ni siquiera con Victoria ni con Lorena?

Ni en esos momentos pudo contener una sonrisa de cariño al recordar a las dos mujeres más importantes de su vida hasta que la conoció.

—Ellas son distintas. Lorena fue mi amor de juventud y Vicky es mi amiga. Siento mucho que tuvieras que pasar por la experiencia de la cola. He salido con muchas mujeres en la vida, y te juro que la mayoría de ellas eran mujeres inteligentes que buscaban en mí lo mismo que yo en ellas. Pero otras... supongo que buscaban una vida de lujo y glamur. Mucha gente piensa que la vida diplomática es ir de fiesta en fiesta comiendo bombones envueltos en papel dorado. Desconocen las reuniones, las llamadas de madrugada, la burocracia internacional...

La pareja se miró y la mueca de horror y complicidad de Irina hizo que Alejandro se enamorara de ella un poco más.

—Irina, perdóname por haberte hecho sufrir. Cásate conmigo ya, demostremos al mundo que lo nuestro es un hecho, que nadie puede interponerse entre nosotros.

Ella deseó decirle que sí, pero durante los últimos quince días había tenido tiempo para pensar. Amaba a Alejandro más que nunca. Era el hombre de su vida y dudaba mucho que encontrara a otro que la hiciera sentir como él, pero lo que no tenía tan claro era que ella fuera la única mujer de su vida.

Sabía que él la amaba. Lo notaba en lo más hondo de su vientre y de su corazón cada vez que hacían el amor. Tenerlo delante en una cárcel rusa le demostraba que estaba comprometido no sólo en lo bueno, sino también en lo malo. Su única duda era saber cuánto tiempo le duraría el enamoramiento.

En momentos como ése le habría gustado tener una amiga de confianza, una hermana. Madre tenía, pero no se veía hablando de esas cosas con Olguina. Era una mujer tan fría, tan cerebral, que a veces le costaba creer que se hubiera acostado con Ichiro. No era que no quisiera imaginarse a sus padres haciendo el amor, esa etapa ya la había superado, es que su madre proyectaba al mundo una imagen tan profesional y distante que le costaba muchísimo imaginársela lo suficientemente relajada para llegar al orgasmo. Y la idea de concebir un bebé que no hubiera surgido de un orgasmo le resultaba muy triste.

Sacudió la cabeza.

«Irina, estar aquí encerrada te ha afectado más de lo que pensabas. ¿Quieres dejar de pensar en tu madre justo ahora?»

Cuando vio que se apagaba el brillo en los ojos de Alejandro se dio cuenta de que él seguía esperando su respuesta y se había tomado su movimiento de cabeza como una negativa.

—No pasa nada; me duele, pero lo respeto. Ahora lo importante es salir de aquí.

—¡Ale! No te he dicho que no.

—¿No?

—¡No!

—Entonces... ¿me has dicho que sí?

—No.

Alejandro gruñó.

—¿Podemos dejar este diálogo de besugos para otro momento? —Irina estaba perdiendo la paciencia—. Lo que quiero es besarte.

Él la miró sorprendido.

—Pensaba que habías perdido la confianza en mí. No quiero que pienses que sólo eres un cuerpo para...

—¡Oh! —Ella lo agarró por la nuca y tiró de él hasta dejarle la cara enmarcada por los barrotes—. ¡No pienses tanto y bésame!

—Pero...

Al ver que él necesitaba argumentos de más peso, Irina le recorrió el torso con una mano, llegó a la barrera fronteriza de su pantalón y, como buena diplomática, se dedicó a derribar fronteras desabrochándole el cinturón.

«¡Libertad!», exclamó una voz en la mente de Alejandro. Liberada de la opresión de la ropa, su erección se alzó firme y dispuesta a todo. Curiosamente, su sangre no parecía estar interesada en la libertad de movimientos, porque se acumuló toda en el mismo punto de su organismo, bajo la mano de Irina, y celebró gozosa su tiranía.

—¡Dios, sí! —exclamó.

—Yo también te he echado de menos —admitió ella, acariciándolo arriba y abajo con hambre atrasada.

Él llevó una mano a la nuca de Irina y le ladeó la cabeza para besarla. Los barrotes no les ponían las cosas fáciles, pero igualmente aquellos besos pasaron

a ocupar la primera posición de sus besos memorables.

Irina no recordaba haber estado nunca tan excitada. Debía de ser por los días de separación, por la posibilidad de que los soldados rusos estuvieran espiándolos o por la barrera que los separaba, pero gimió de frustración mientras él le abarcaba las dos nalgas con una mano y la pegaba al metal.

Su erección, más dura que el hierro, le dijo que él estaba tan excitado como ella.

Álex le había invadido la boca sin delicadeza, y ella respondió de la misma manera, devorándole la lengua mientras seguía acariciándolo con decisión entre las piernas.

—Irina —jadeó él—. Los guardias... ¿No temes que estén mirando?

—Si tú estuvieras destinado en estas islas, ¿no estarías mirando?

«¿En las *Kuliles*? —se dijo él—. Sin duda.»

—Por eso. Esperemos a salir de aquí.

Ella detuvo su asalto sensual y Alejandro se sintió el capullo más grande del universo.

—¿No te apetece? —Irina le pasó el pulgar por la cabeza de su miembro endurecido y la humedad que salió a saludarla le dio más información que cualquier palabra.

—Joder, claro que me apetece, Irina. Me muero de ganas de clavarme en ti, pero no quiero que luego puedas arrepentirte, ni que pienses que no te respeto.

Ella se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza.

—Alejandro, llevo quince días sin verte. Te he deseado cada uno de esos días, incluso cuando quería usar tu cabeza como gong. Hace unos días miraba con buenos ojos a un grupo de soldados japoneses y ayer empecé a ver guapos a los guardias rusos. Si no me das lo mío, no respondo.

Esas palabras hicieron reaccionar al embajador, que era justamente lo que Irina había buscado al decirlo.

Alejandro soltó un gruñido digno de un oso de las estepas rusas que, traducido al español, significaba «Irina no se toca».

A través de los barrotes, le dio la vuelta, dejándola de espaldas a él. Con una mano la aferró por las caderas, la otra se fue a su pecho, pero siguió subiendo.

Tomó posesión de su cuello, de su cara, recorriéndole la mandíbula y haciendo que levantara la barbilla. Enloquecido, le mordió el pelo y luego la oreja. Ella gimió, pero no de dolor; reconocería los gemidos de placer de Irina en cualquier sitio. Ella estaba tan encendida como él.

—¿Seguro que no quieres que pare, fiera? Si esperas a que salgamos te llevaré a un hotel de cinco estrellas en Sapporo, con bañera, sábanas limpias...

Ella le cogió la mano con que le sujetaba la cadera y la llevó hasta su sexo, demostrándole lo que quería. Por si no le había quedado claro, se lo dijo con palabras, en un español con acento pero absolutamente comprensible.

—No quiero hoteles, Álex, quiero un orgasmo. Si no me lo das tú, tendré que pedir refuerzos.

Él volvió a gruñir y le deslizó la lengua dentro de la oreja, haciendo que a Irina se le doblaran las rodillas.

Imitándola, le desabrochó el pantalón y deslizó una mano dentro. Echó la cabeza hacia atrás y soltó el aire en un gemido brusco al notar su humedad entre los dedos. Con la otra mano le buscó los pechos, esos pechos menudos y perfectos con los que llevaba quince días soñando, y una sonrisa ladeada se apoderó de sus labios cuando sus pezones se endurecieron al reconocer sus caricias.

Todo era duro en esas islas: las condiciones de vida, los inviernos, el hierro de los calabozos, los pezones de Irina, pero nada comparable con su erección.

«Si esos soldados tienen sensores de calor, van a reclutar mi polla como herramienta para extraer carbón en la isla de Sajalín.»

De todos modos, su propia excitación había pasado a un segundo plano y, aunque no descartaba correrse sólo con el contacto de las nalgas que lo torturaban al otro lado de los barrotes, la misión «Darle un orgasmo a Irina» había cobrado prioridad absoluta.

Deslizó el dedo corazón hacia abajo hasta que encontró la entrada al paraíso. Ella gimió y se tensó, y Álex se sintió como uno de los monos que se bañan en los estanques termales en medio de la nieve en el parque de Jigokudani, al sur de Sapporo. El interior de Irina era suave, acogedor y tan cálido que hacía que uno se olvidara de todo lo demás.

Pero no era momento de relajarse. Uni6 un segundo dedo al primero y lo hundi6 tan profundamente como pudo en el interior de Irina mientras con el pulgar dibujaba c6rculos en su cl6toris, que empezaba a competir en dureza con sus pezones, a los que no hab6a olvidado y torturaba con la otra mano.

Ella trat6 de volver a agarrar su erecci6n, pero sus cuerpos estaban tan pegados que no encontr6 hueco por el que deslizar los dedos. Rindi6ndose al asalto de Alejandro, alz6 las manos y se aferr6 a su antebrazo al sentir que los pies dejaban de tocar el suelo.

Gimi6 cada vez con m6s fuerza y m6s velocidad, notando que el ansiado orgasmo era ya inevitable. Aunque los soldados hubieran entrado en aquel momento acompa6ados de la plana mayor del ej6rcito ruso, no podr6a haber parado.

—¡No pares!

—Ni loco —le susurr6 6lex al o6do, acabando de ponerla en 6rbita.

Ella ech6 las caderas hacia delante, tens6ndose contra sus dedos y perdi6ndose en un escandaloso orgasmo que la otra mano de Alejandro trat6 de amortiguar con poco 6xito.

Cuando Irina regres6 a la tierra despu6s de su vuelo org6smico, tir6 de la mano que la sosten6a en pie, que todav6a estaba dentro de su braga. Al salir, sus dedos le acariciaron todas las sensibles terminaciones nerviosas, provoc6ndole un estremecimiento y haciendo que volvieran a fallarle las piernas.

Se volvi6 hacia 6l l6nguidamente y lo bes6 en los labios mientras su mano buscaba lo que hab6a dejado a medias.

Alejandro gimi6 cuando ella estrech6 los lazos bilaterales que los un6an.

—Irina...

La frase del embajador qued6 a medias, porque el ruido de la cerradura de la puerta les advirti6 de que su momento de intimidad hab6a acabado.

—¡Mierda! —exclam6 ella abroch6ndose el pantal6n.

—¡Joder! —6lex la imit6.

Los soldados se dirigieron a la celda de Irina y la sacaron de all6. Al pasar frente a la celda de Alejandro ella se detuvo, pero los soldados tiraron de sus brazos para que siguiera andando.

—¡Eh, os olvidáis de Alejandro! —les reclamó en ruso, por lo que él no entendió el diálogo que siguió.

—Nuestras órdenes son liberarla a usted, no a él.

—Pues yo de aquí no me voy sin él.

—El Ministerio de Asuntos Exteriores ha ordenado que la pongamos en libertad inmediatamente.

—Pues más os vale soltar al embajador español o tendréis un problema para explicarle al ministro por qué sigo aquí.

—No nos complique la vida, preciosa.

—No es mi intención, pero si Alejandro no sale, yo tampoco. —Se acercó a la entrada de su celda y se plantó allí. Él sacó los brazos por los barrotes y le rodeó la cintura con ellos. Irina se aferró a sus antebrazos y ambos se estremecieron recordando las sensaciones aún recientes—. Y de la compensación económica ya podéis olvidaros.

Los soldados se marcharon discutiendo entre ellos. Uno quería cargarse a la intrusa a hombros y dejarla en la puerta de la base. El otro le recordó que el dinero le iría muy bien para pasarle la pensión a su exmujer.

—¿Qué ocurre, Irina? ¿Qué dicen?

—Van a consultar unos papeles. Enseguida te sueltan, cariño. —Se volvió entre sus brazos y le acarició el pelo, áspero por el agua de mar.

Efectivamente, minutos después los soldados volvieron y, sin decir una palabra, los soltaron y los dejaron en la puerta de la base tras darle a Irina un papel con sus números de cuenta corriente para que les hiciera llegar su merecida compensación.

Horas más tarde llegó a la base un teletipo del Ministerio de Exteriores con órdenes de llevar al embajador español a una cárcel de la isla de Sajalín, cerrar la celda con llave y tirar esta última al mar de Ojotsk.

—Vaya, ese tipo ha hecho enfadar a alguien ahí arriba.

—Y ¿ahora qué decimos?

—Pues la verdad.

—¿La verdad?

—Claro, que se ha escapado.

—Ah, claro, la verdad.

—¿Escribes tú?

—¿Cuánto falta para el cambio de turno?

—Media hora.

—Pues creo que voy a hacer una ronda por el muro norte. Yo no he leído nada, ¿y tú?

—De hecho, este teletipo falla constantemente. —El soldado cogió el mensaje y se lo guardó en el bolsillo—. Me temo que se ha perdido por el camino.

Mientras los dos soldados salían del despacho dejando solo el aparato que en algún momento del siglo xx fue una revolución tecnológica, una pareja cruzaba el mar de vuelta a Nemuro.

Y aunque no respiraron tranquilos hasta que pisaron suelo japonés en una discreta cala, tener a Irina entre sus brazos hizo que Alejandro sintiera que las cosas estaban al fin poniéndose en su sitio..., al menos, hasta que Irina vomitó por la borda.

—Odio los barcos —admitió blanca como el culo de un sueco—, no quiero montar en uno nunca más.

—Pues ya sé algo más sobre ti, menos mal que no he reservado un crucero. —Alejandro la atrajo hacia sí para que apoyara la cabeza en su hombro—. Tenemos que conocernos mejor, Irina. Durante el camino de vuelta ya puedes empezar a contarme todo lo que te guardas aquí dentro. —Le golpeó la cabeza con suavidad y le plantó un beso para sellar el trato.

—¿Otro sake, querida?

—No, gracias, Lupe —respondió Irina—, o acabaré como otros. —Señaló a Alejandro con la barbilla—. Seguiré con el ponche.

Álex pasó en ese momento ante ellas, liderando una conga de unas diez personas. Akita, que tampoco había escatimado en copas, iba tras el embajador, al que le llegaba aproximadamente a la altura del trasero. De vez en cuando soltaba un grito propio de un rodeo y palmeaba a su jefe en las nalgas.

Alejandro se inclinó hacia Irina y la besó en los labios antes de seguir cabalgando por las extensas llanuras del salón de actos de la embajada, que habían decorado para la ocasión.

—¡Caramba, sí que le ha subido el sake a Akita! —exclamó Irina al ver que la funcionaria golpeaba una vez más el trasero de Alejandro al ritmo de la música.

—Es que no suele beber, tiene poco aguante para el alcohol —replicó Lupe disimulando la risa.

Akita tenía un hígado excepcional y su aguante era legendario entre su grupo de amigas funcionarias de varias embajadas. De hecho, la comparaban con Marion Ravenwood, la novia de Indiana Jones en la película *En busca del arca perdida*, pero sus jefes no lo sabían y con la excusa del alcohol la formal Akita se soltaba la melena de vez en cuando.

Irina llevaba un rato hablando con Lupe, a la que había contado una versión resumida de los últimos quince días. A Alejandro se lo contó todo con más detalle durante el viaje de regreso a Tokio.

La experiencia de la cola de amantes despechadas le había dejado tan mal cuerpo que se había marchado de Tokio aprovechando el permiso laboral que le

había dado su jefe. A su padre le había dicho que se iba a una misión, pero, en realidad, por primera vez en su vida viajó sola, visitando lugares que siempre había querido conocer, pero nunca había encontrado el momento.

Subió al Fujisan (el monte Fuji o, como solían llamarlo en España, el Fujiyama). Se lo tomó como un peregrinaje, una experiencia para conocerse a sí misma. Era consciente de que estaba ante un punto crucial en su vida. Tomara la decisión que tomase, su vida no volvería a ser la misma. Si aclaraba las cosas con Alejandro y aceptaba convertirse en su esposa a pesar de su pasado como donjuán, dejaría atrás su etapa de estudiante, de hija protegida, y entraría en la diplomacia por la puerta grande. Si no era capaz de superar los celos que le causaban las mujeres que habían disfrutado de Alejandro antes de que ella entrara en su vida, igualmente se iría de casa. Pediría el traslado a un país lejano y disfrutaría de lo que la vida le ofreciera.

Se tomó tres días para subir al monte sagrado al que las mujeres habían tenido el acceso prohibido hasta finales del siglo XIX. Durante la dura ascensión había tenido tiempo para reflexionar. Las cosas habían cambiado mucho desde el siglo XIX, por suerte, no sólo para las mujeres, sino para el mundo entero. Un mundo donde ellas no podían aportar su talento era un mundo a medias.

La educación escolar de Irina había sido convencional, pero cada vez se daba más cuenta de que su padre era un hombre fuera de lo común. La había criado en el respeto y la igualdad de todos los seres humanos y no había sembrado en ella ningún rencor hacia su madre ni hacia las mujeres que anteponían su vocación o incluso su ambición a la vida familiar. Como solía decir, si los hombres lo hacían, ¿por qué las mujeres no iban a hacerlo?

Irina contempló la salida del sol desde lo alto del cráter del imponente monte Fuji y por unas horas se sintió en paz con el universo. Tanto que, al llegar al valle, estuvo a punto de llamar a Alejandro, pero lo pensó mejor y siguió su camino.

Viajó al norte, visitando otros parques naturales como el de Towada-Hachimantai, donde se bañó en los *onsen*, los estanques de aguas termales naturales en medio de la naturaleza más pura.

Pero por mucho que trataba de convencerse de que se encontraba mejor sin

Alejandro, de que su obsesión por él no era sana ni zen y que le arrebatava fuerzas que necesitaría dedicar a su carrera, la verdad era que se estaba volviendo loca de deseo. O se quitaba las ganas de Alejandro de encima o iba a acabar acosando a un mono de los que frecuentaban los estanques termales.

Al cabo de doce días de viajar siempre hacia el norte se encontró en una taberna de Sapporo, bebiendo más de la cuenta junto a unos soldados japoneses de frontera. Los vasitos de *nihonshu* —el licor de arroz que los españoles conocen como sake— fueron cayendo como si nada y, al finalizar la noche, uno de los soldados le ofreció a Irina enseñarle su misil.

A ella, borracha perdida y excitada como nunca, le pareció una idea divertida. Cualquier cosa que le permitiera apartar a Alejandro de su mente por un rato le habría parecido bien. Lo que no se imaginaba era que el joven soldado hablara en serio. De madrugada, Irina se encontró en un jeep militar con varios soldados y poco después acariciaba el misil..., el misil coreano que había caído cerca de la costa de Wakkanai años atrás y que seguía clavado en la tierra como un amenazador menhir metálico.

Durante el viaje en jeep, los soldados e Irina habían seguido bebiendo a morro de una botella que se habían llevado de la taberna, por lo que el final de la noche lo tenía muy borroso.

Recordaba que habían decidido reconquistar las islas Kuriles. Estaban hartos de la prepotencia de los rusos. Ellos les demostrarían que un soldado japonés nunca se rinde. Irina se encargaría de redactar el acta de rendición y entrega de las tropas rusas. Era un plan perfecto. ¿Qué podía fallar?

Mientras surcaban el mar de Ojotsk en una barca que habían *requisado* en nombre de la patria japonesa, Irina vomitó varias veces por la borda. Con la borrachera se había olvidado de lo mala que se ponía cada vez que subía a un barco. Cuando vieron que se acercaba una patrullera rusa, los soldados japoneses se olvidaron de la patria y el honor y se acordaron de que pasar una larga temporada en una cárcel de las Kuriles no entraba en sus planes de sábado noche. Echaron a Irina por la borda para que los rusos se entretuvieran rescatándola y dieron media vuelta.

Cuando los soldados rusos la rescataron cerca de la costa oeste de la isla de

Kunashiri, se les echó al cuello agradecida. Irina se mareaba tanto en el mar que ni siquiera necesitaba estar en un barco para ponerse enferma; hasta nadando se mareaba. Por suerte, se habían inventado los trenes y los aviones. Si hubiera vivido en siglos pasados, habría tenido que olvidarse de la carrera diplomática.

Cuando la conga llegó a su fin, Alejandro se acercó a ellas con Akita aferrada a su cinturón como si montara en trineo y el embajador fuera su husky particular.

—Por Dios, rescátame, Irina —le susurró al oído—. A Akita le ha dado un ataque de patriotismo y se ha propuesto dejarme el culo como la bandera de Japón.

La funcionaria se acercó por el otro lado y le susurró también:

—Aprovecha, hija, que te lo he dejado calentito. —Y le guiñó el ojo mientras se alejaba del brazo de Lupe riendo con ganas.

Efectivamente, Alejandro iba calentito, pero no porque Akita hubiera usado su trasero como timbal japonés, sino porque el vestido de Irina lo ponía muy, pero que muy malo.

Para la fiesta de compromiso había elegido un vestido largo, de lamé dorado, que se pegaba a sus curvas como una segunda piel. Tenía un escote bastante discreto por delante, pero desbocado en la espalda, espalda que Alejandro acariciaba mientras cruzaban el salón en busca de un rincón tranquilo.

La organización había sido impecable, como todo lo que caía en manos de Lupe y Akita; esas dos mujeres eran la eficiencia personificada. Pero, en esos momentos, Alejandro habría preferido que no lo fueran tanto, porque en el salón no cabía un alma más.

La mirada del embajador se cruzó con la de su futuro suegro, Ichiro, que conversaba con dos empresarios y tres mujeres que le resultaban familiares pero no sabía ubicar.

Respiró hondo, agradeciendo a Lupe y a Akita que ninguna ex amante despechada se hubiera colado en la fiesta.

Ichiro alzó la copa en dirección a la pareja y le dirigió una sonrisa orgullosa a su hija. Durante la primera parte de la celebración había habido varios discursos, y el de Ichiro, sin duda, había sido el más emocionante. Irina lo adoraba y Alejandro entendía el porqué. Olvidado el episodio del *bo-kun* en el jardín de la

mansión, Ichiro se desvivía por hacer feliz a Irina y por hacer que Alejandro se sintiera cómodo en su presencia.

Cuando al fin acabaron de cruzar el salón entre felicitaciones y brindis, Alejandro —que no había dejado de acariciar la piel de canela de Irina y se había ido cargando de electricidad estática como si fuera un trozo de ámbar— le dio la mano y tiró de ella hasta llegar a la biblioteca. Una vez dentro, cerró la puerta con llave, se volvió y le dirigió una mirada que era una promesa de placer.

—¿Te he dicho ya lo preciosa que estás con ese vestido, Irina?

Ella se acercó a la puerta, moviendo las caderas para volverlo más loco, y lo clavó en la puerta con una palmada en el pecho.

—Con palabras, no. —Irina bajó la mano, recorriendo con ella la superficie de su pecho cubierto con una camisa blanca recién estrenada. Apartó la corbata gris piedra y acarició el cinturón de cuero negro. Siguió bajando hasta llenarse la mano con la erección que abultaba los pantalones del traje color gris marengo—. Pero tu cuerpo nunca se olvida de comentarme las cosas importantes.

Alzó la cara hacia él y Alejandro agachó la suya para unir sus bocas en un beso. Las manos de Irina se colaron bajo la americana y se unieron a su espalda, acercándolo más a ella. Él gruñó y le sujetó la nuca con una mano, ladeándole la cara con el pulgar para hundirse más profundamente entre sus labios. La otra mano se le fue a la parte baja de la espalda. Colándose por debajo de la tela, le abarcó las dos nalgas con una sola mano.

A Irina la excitaba todo de ese hombre, pero una de las cosas que la ponían a mil eran sus enormes manos. Sin poder contenerse, se colgó de su cuello de un salto y le rodeó la cintura con las piernas.

—Bendita sea la raja de tu falda, niña —exclamó él apartándose de la puerta y dirigiéndose a uno de sus rincones favoritos de la embajada, donde acudía de vez en cuando para relajarse.

En la esquina, entre las estanterías de madera noble cargadas de libros, había un piano de pared. No era un piano lujoso como los que había tocado en embajadas y mansiones de todo el mundo. Era un piano vivido, gastado, de los que habían dado placer musical a varias generaciones de amantes de la música.

Con la preciosa y menuda Irina a cuestas, levantó la tapa del piano y la sentó

en lo alto de la caja. Los zapatos de tacón negro se clavaron en las teclas, creando vibraciones que devolvieron la habitación a la vida.

Irina separó un poco las piernas para afianzarse en su trono. El hombre que acababa de sentarse en el taburete y alzaba la cara hacia ella no la miraba como si fuera un vasallo. En su mirada se mezclaban la incredulidad, el deseo y algo más.

Por un momento, por la mente de Alejandro cruzaron recuerdos de una escena parecida. Otro país, otro continente, otro piano, otra mujer, otras sensaciones, básicamente morbo, mucho morbo. En aquel momento, en la capital inglesa, dos pares de pies bajo las cortinas le indicaron que su polvo *allegro vivace* para esposa de embajador ruso y orquesta tenía público. Lo que no sabía era que esos dos pares de pies pertenecían a Victoria y a Serena Lampard, las dos hijas adolescentes del embajador británico.

Irina le apoyó un pie en el hombro y de la mente del embajador se borró todo lo que no fuera ese preciso momento. Londres desapareció del mapa, no quedó ni el Big Ben.

—¿Vas a tocarme algo?

—Ésa es la idea.

—Pues espero que no sea un aria de *Madama Butterfly*, embajador. —Ella alzó una ceja y él le sujetó los tobillos, tan menudos que podía rodearlos entre el pulgar y el índice si quería, y volvió a colocarlos firmemente sobre el teclado.

—Acepto sugerencias —susurró, empezando un lento camino ascendente con los dedos por una pantorrilla mientras le recorría la otra pierna con la lengua.

Al llegar a la rodilla, le acarició el dorso, provocándole un estremecimiento, el primero de muchos. Ella se agarró con fuerza al borde de la caja de madera, como si sintiera vértigo.

Alejandro siguió recorriéndole el muslo con los labios, probando su sabor de vez en cuando con la punta de la lengua. Sus manos se habían adelantado, explorando. El vestido de Irina era tan ceñido que él se había pasado buena parte de la velada tratando de averiguar si llevaba bragas debajo. Se lo había preguntado, por supuesto, cuando le llevó el primer vaso de ponche, pero ella se

había acercado a su oreja y le había susurrado que eso era secreto de Estado e iba a tener que descubrirlo por sus propios medios.

Y eso estaba a punto de hacer.

Sonrió al notar el fino cordoncillo a lado y lado de sus caderas que confirmaba sus sospechas de que la dulce Irina no era capaz de acudir a su fiesta de compromiso matrimonial en plan comando, como decían sus colegas americanos.

Con el pulgar le acarició el pubis disfrutando de la expresión de éxtasis en la cara de ella, que cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—¿Te apetece algo suave y tranquilo, como una melodía de Debussy?

Ella gimió y negó con la cabeza. Trató de cerrar las piernas, pero él se lo impidió y le acarició de nuevo las pantorrillas arriba y abajo.

—¿Algo más movido, entonces?

Ella asintió vivamente, haciéndolo sonreír.

—Ya lo tengo, tocaré *Capricho español*, de Rimski-Kórsakov. —Apartó las manos de los tobillos de Irina e hizo sonar un par de acordes sobre el teclado.

Ella se echó hacia delante, lo agarró por el pelo y lo acercó a su cara.

—¡Álex, o me tocas a mí o ya puedes irle pidiendo matrimonio a Rimski-Kórsakov!

Él dejó de provocarla y le devoró la boca mientras una de sus manos recuperaba el terreno perdido. Le apartó la suave tela del tanga con el dedo medio y lo bañó en la humedad que se había acumulado en la zona antes de penetrarla con ese mismo dedo.

Irina contuvo el aire y lo soltó pasados unos instantes en un gemido entrecortado que Alejandro devoró. Mientras ella soltaba el aire, las paredes de su sexo se relajaron lo suficiente para que él empujara y se clavara un poco más en su interior.

—¿Era esto lo que querías, amor?

Ella, que seguía agarrada a su nuca con una mano y a su pelo con la otra, asintió, abriendo los ojos con esfuerzo para no perderse la expresión excitada de ese hombre que la volvía loca.

Él siguió penetrándola, cambiando el ritmo y la intensidad de vez en cuando,

pero se apartó de su boca y se sentó de nuevo en el taburete.

—Bien, pues tú ya tienes lo que querías. Ahora me toca a mí.

Irina pensó que Álex se desabrocharía el cinturón y se preparó para lanzarse entusiasmada sobre su regazo, pero él le adivinó las intenciones y negó con la cabeza. Cuando retiró el dedo de su interior, ella soltó un gemido de protesta.

—Echa las manos hacia atrás. Relájate, Irina.

Alejandro le quitó el tanga y se lo metió en uno de los bolsillos. Le separó las rodillas y dedicó unos instantes a admirar su sexo, húmedo, brillante y acogedor, mientras se mordía el labio inferior y movía la cabeza a lado y lado muy lentamente.

—Preciosa como un templo al pie de la montaña. Deja que te adore.

A Irina no se le habría ocurrido negarse, pero él no esperó a que le diera autorización con palabras porque sus ojos suplicantes se lo habían dicho todo.

Él se acercó al teclado todo lo posible, la atrajo hasta el borde de la caja y la besó entre los muslos.

—Dulce como un *dorayaki* —susurró—, embriagadora como el licor de arroz, única.

—¡Álex!

Pero él no respondió porque se había hundido en un mundo donde sólo tenía cabida el placer.

Irina, que admiraba al que pronto sería su marido, siguió su ejemplo. Lo agarró con las dos manos por su fuerte pelo moreno y lo atrajo hacia sí, moviendo la pelvis hacia delante y hacia atrás tanto como le permitían las manos que se clavaban en sus caderas.

—Chist, quieta, relájate, amor.

No era fácil, pero lo intentó. Y, al relajar la pelvis, empezó a notar con más intensidad cada caricia de su lengua. Le recorrió los pliegues, saboreándolos, mordisqueándolos; se adentró en su vagina, penetrándola con avidez, encontró el clítoris y se entretuvo estimulándolo de mil maneras. Y, cuando hubo acabado, volvió a empezar.

Pero Irina sabía que no llegaría al final de su repertorio, porque la postura, el momento y el lugar la tenían al borde del orgasmo. Cualquiera de las siguientes

caricias de Alejandro podría ser la que desatara el do de pecho.

Los gemidos de Irina ya no tenían secretos para él. Le gustaba mantenerla en el limbo del placer, arrancarle gemidos y estremecimientos durante horas, pero no estaban en su dormitorio, estaban en la embajada, rodeados de los libros de la biblioteca, y en cualquier momento alguien podría echarlos de menos.

Los dedos de Alejandro se unieron a la fiesta, trabajando en equipo, ocupándose de todos los rincones que Irina ocultaba entre sus piernas de gacela.

—¡Áleeeex! —gritó ella cuando los temblores se apoderaron de su vientre, poniendo en marcha una sacudida general de sus brazos y sus piernas.

Si alguien hubiera pasado por delante de la puerta en ese momento, habría pensado que los Aristogatos estaban dando una clase de escalas y arpegios, pero, por suerte para la pareja, la fiesta estaba en pleno apogeo. Invitados nacidos en todas partes del mundo bailaban *Paquito el Chocolatero* con entrega. Nadie oyó los gemidos de Irina, y Alejandro fue el único testigo de su concierto para tacones y piano.

Una hora más tarde, Alejandro, Irina e Ichiro estaban dando el discurso de despedida a los invitados. Los discursos oficiales los habían pronunciado al principio de la fiesta, cuando las corbatas aún colgaban derechas de los cuellos y los tangas estaban entre las piernas de las futuras novias y no en los bolsillos de embajadores amantes de la música y de las mujeres.

Cuando la puerta se abrió, una mujer de aspecto imponente, casi imperial, hizo su aparición. Las caras de los tres mostraron la misma expresión de sorpresa.

Uno sacudió la cabeza, como queriendo librarse de una imagen que no pintaba nada allí.

El otro se frotó los ojos.

Irina sonrió.

La mujer avanzó hacia ellos con la decisión de un submarino soviético abriéndose paso entre el hielo del ártico.

Los invitados siguieron la dirección de las miradas de los anfitriones y abrieron paso a la recién llegada.

—¡Olguina! —exclamó Irina, emocionada porque su madre al fin se mostraba en público a su lado—. ¡Has venido!

—Olguina —repitió Ichiro en un susurro.

«¡La madre que me parió! —pensó Alejandro—. Si lo sé, me quedo en las Kuriles.»

Horas más tarde, en el silencio de la noche, Ichiro se acercó a Olguina y le ofreció un vaso de vodka. La noche de principios de verano era cálida y apetecía disfrutar de la brisa que se filtraba entre los árboles del pequeño jardín que rodeaba la casa de los Tanaka.

Tener una casa con jardín en Tokio era un privilegio. El espacio era el mayor de los lujos en una ciudad tan densamente poblada. Olguina, acostumbrada a los grandes espacios que rodeaban la dacha de su madre en Rusia, sentía una gran claustrofobia siempre que visitaba a Ichiro y a su hija. Antes de que el empresario se acercara con la copa, había estado recorriendo la terraza como un gran tigre siberiano enjaulado.

Ésa, al menos, fue la imagen que le vino a Ichiro a la cabeza cuando la vio. El pelo rubio, casi blanco, recogido en un severo moño, los ojos azules, el alma indomable.

La fiesta podría haber acabado como el rosario de la aurora, pero por suerte Alejandro hizo pasar a Olguina, Ichiro e Irina a su despacho, con la excusa de que se trataba de un reencuentro íntimo y familiar.

Y lo fue.

En parte.

Irina se abrazó a Olguina emocionada y le presentó a Alejandro, segura de que contaría con la aprobación de su madre. ¿A qué madre no le gustaría para su hija un embajador, alto, guapo y responsable? Ciertamente era un poco picaflor, pero de eso su madre no tenía por qué enterarse, había pensado Irina un segundo antes de que Olguina le cruzara la cara a su prometido de una bofetada.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Ichiro con cautela.

Olguina ya había expresado su opinión sobre la boda de su hija. Aunque no

había escatimado en palabras, el resumen en un titular podría ser: «Por encima de mi cadáver».

—Ese hombre no es digno de la niña.

—Ya no es una niña.

—No digas tonterías.

—No lo hago.

—¿Me estás llamando vieja?

Ichiro se guardó mucho de echarse a reír, pero los ojos se le achinaron y el corazón se le calentó un poco más.

—No siento deseos de morir.

Ella se llevó la copa a los labios para disimular la sonrisa. Aunque en su día a día era una mujer implacable con fama de tener el corazón de acero, Ichiro siempre había sido su punto débil. Probablemente porque —tras su apariencia calmada— su corazón ardía como un volcán supuestamente extinguido. No era una cuestión de sexo. O, al menos, no sólo de sexo. El recuerdo del amor de Ichiro había impedido que el corazón de Olguina se escarchara del todo durante los fríos inviernos en las distintas embajadas a las que había sido destinado su marido.

—¿No crees que es Irina la que debe elegir con qué persona compartir su vida? —insistió él.

—Por supuesto, puede elegir a quien quiera; no me interpondré.

Ichiro la miró de reojo.

—Y entonces ¿cómo llamas tú a amenazarlo con atarle una piedra a los tobillos y lanzarlo a lo más hondo del lago Baikal?

Olguina sacudió una mano en el aire y frunció el ceño.

—A eso lo llamo ser una madre responsable. ¿Cómo has permitido que las cosas llegaran tan lejos entre ellos, Ichiro? ¿Te la confié para que la cuidaras y tú la dejas caer en las garras de ese seductor español!

—¿No te parece que estás siendo un poco hipócrita, Olguina? Siempre he creído que eras una mujer con criterio. Si te metiste en la cama con él, algo verías en ese hombre.

—No fue en una cama, fue en un piano.

Él alzó la mano.

—Ahórrame los detalles.

El brillo acerado de los ojos negros de Ichiro encendió una chispa en el vientre de Olguina.

—¿Estás celoso, Ichiro?

—¿Tú qué crees?

—Creo que esto es una broma de mal gusto del destino. Tantos años de sacrificio, manteniéndome apartada de Irina para que no salte el escándalo, y ahora... ¡esto!

—Pues sigue guardando el secreto un poco más. Se te da bien. —La mirada de Ichiro estaba cargada de reproches por lo que podría haber sido y no fue—. Pero no arruines la felicidad de tu hija, es una buena chica, no se lo merece.

—Ya lo sé, quiero lo mejor para ella.

—No eres tú la que debe decidir qué es lo mejor para ella.

—¡Soy su madre!

—¡Pues demuéstralo! Ser madre significa poner la felicidad de tus hijos por delante de todo lo demás. Por suerte, no ha pasado nada irreparable. Alejandro reaccionó con prudencia y nos metió en su despacho antes de que montaras una escena.

—¿Cómo que no ha pasado nada? ¡¿Te parece poco?! ¡Ese hombre se ha acostado con tu mujer y con tu hija! ¡No entiendo qué haces aquí hablando conmigo en vez de estar rebozándolo en harina de *dorayaki* para lanzarlo a tu piscina de tiburones!

Ichiro era famoso por su paciencia y su actitud zen ante la vida, pero Olguina era su talón de Aquiles. Cada vez que esa mujer se cruzaba en su vida, perdía la calma.

Le arrebató el vaso y lo dejó al lado del suyo en un mueble cercano. Volvió junto a ella, que lo miraba con una mezcla de esperanza y desconfianza, y la atrapó entre su cuerpo y la baranda.

—Voy a responderte por partes, Olguina —le susurró al oído, y ella se estremeció—. Uno: como bien sabes, no tengo piscina de tiburones, y aprecio demasiado a mis carpas para castigarlas con una dieta tan alta en testosterona.

Dos: mis *dorayaki* son deliciosos y hacer harina con ellos sería un crimen. Y tres: si te consideras mi mujer, voy a saludarte como te mereces.

Le deslizó una mano hasta la nuca, hundió los dedos en el nido de plata de su pelo y eliminó la distancia que los separaba, fundiendo sus labios en un beso.

Olguina separó los brazos y contrajo los dedos formando garras para defenderse. Le dirigió una mano a la nuca y la otra a la espalda. Para cuando alcanzó su objetivo, el beso del empresario había logrado que se olvidara de las razones por las que Ichiro siempre le había parecido un hombre peligroso, el más peligroso de los que se habían cruzado en su camino. Aunque se había guardado mucho de confesárselo, él fue el único por el que estuvo a punto de lanzar su vida por la borda. En vez de dejarle las diez uñas marcadas, lo agarró con fuerza por la camisa de seda y le devolvió el beso, que sabía a vodka y a añoranza.

—Ichiro —gimió su nombre cuando se separaron al cabo de unos minutos.

Sus ojos brillaban como metal fundido. Respirando entrecortadamente, él confesó:

—Respeto la unión de ese hombre con Irina porque ella lo ha elegido, pero como vuelva a ponerte una mano encima, ¡se la corto con un cuchillo de bambú!

—¿No prefieres la catana? —Olguina le acarició la mejilla.

—¡Demasiado afilada!

Ella le dirigió una sonrisa irónica y él aprovechó para colarse entre sus labios una vez más.

—Ya no tenemos veinte años, Ichiro. No pretenderás hacerme el amor en la tarima...

Él se habría entretenido enumerando todos los rincones en los que le había hecho el amor con la mente desde la última vez que la había visto, pero, por suerte, tenía cosas más interesantes que hacer.

La tomó de la mano y la guio hacia su dormitorio.

—Vamos. Mi tatami te ha echado de menos.

Ella plantó los pies en el suelo.

—Y ¿tú no? —preguntó coqueta.

Él tiró con más fuerza de su mano y la apesó entre sus brazos.

—Demasiadas palabras, Olguina. —Echó las caderas hacia delante y ella

contuvo el aliento al notar la caricia de su erección—. Deja que te demuestre con mi cuerpo lo mucho que te he echado de menos.

10

Irina.

¡Irina!

¡Irina, por Dios, respóndeme!

¡Déjame en paz!

¡Aleluya! Llevo tres horas mandándote mensajes.

Y yo llevo tres horas ignorándote. ¿No sabes captar una indirecta? ¡Que me olvides, rata! Yo ya te he olvidado.

Irina, no digas eso ni en broma.

No lo digo en broma. Lo digo muy en serio.

No me has olvidado.

Eso es verdad.

¡Lo sabía!

Y, cada vez que me acuerdo de ti, pienso en mi madre.

Irina, ¡no!

¿Por qué te odia tanto mi madre? ¿Qué le hiciste?

Nada malo.

¡Le tiraste los trastos en alguna fiesta, como si lo viera!

No seas injusta. Sé que estás dolida, pero...

¡No estoy dolida! Estoy enfadada conmigo misma por haberme dejado seducir por un tenorio de manual, un casanova, un mujeriego, un...

Irina, por Dios. ¡Insúltame cara a cara!

¡Ja! ¡Ni hablar, que nos conocemos!

¿De qué tienes miedo exactamente?

¡No me líes!

¿Tienes miedo de mí o de ti?

¡No tengo miedo de nada!

¿Mentirosa además de cobarde?

¿A quién llamas tú cobarde, rata inmunda?

Si no lo eres, baja. Estoy en la puerta de atrás.

Irina se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas con manos temblorosas. No pensaba bajar. Ya sabía lo que pasaría si bajaba. No tenía la menor fuerza de voluntad cuando estaba frente a ese hombre. Es que Alejandro era... era..., lo era todo. Su metro noventa de puro hombre, sus ojos que le prometían placer con cada mirada, su aroma único, que tenía asociado al placer y que la excitaba con sólo detectarlo en una habitación...

No podía enfrentarse a él.

Aún no.

Tenía que hablar con su madre; necesitaba aclarar las cosas con ella, pero no había sido capaz de mirarla a la cara. Las cosas entre ambas nunca habían sido fáciles, pero eso... Eso parecía salido de la mente de un guionista enfermo. Su cabeza no paraba de dar vueltas a lo que podría haber sucedido entre su madre y el amor de su vida. ¡Se estaba volviendo loca! Además, hablar con Alejandro antes de hacerlo con su madre le parecía una traición. La familia iba por delante de los hombres, ¿no?

Levantó el móvil para escribir la negativa definitiva y apagar el teléfono antes de intentar dormir algo, pero en ese instante un ruido que no había oído nunca en esa casa rompió la paz de la noche.

«Estás obsesionada. Deja de pensar en sexo.»

Un nuevo gemido femenino rasgó el silencio, seguido muy de cerca de otro y

de otro. Poco después, una voz masculina que conocía demasiado bien se unió al concierto.

—¡Olguinaaaaa! —exclamó su padre antes de rendirse a un ruidoso orgasmo.

Se cubrió las orejas con las manos, pero ya era tarde. Los sonidos estaban grabados en su mente.

Miró la pantalla del móvil y lo tiró con rabia sobre la cama.

—¿Solidaridad femenina? ¡Ja! Aquí cada uno va a lo suyo.

Salió de la habitación en silencio y bajó al jardín, al encuentro de Alejandro.

Cuando la vio aparecer, a él se le iluminaron los ojos, pero Irina alzó la mano.

—No digas nada. Sácame de aquí; necesito olvidarme de todo.

Él la miró y asintió en silencio.

—Sé lo que necesitas.

En una cafetería cercana a la embajada, Irina compartía té, pastitas y confidencias con Lupe y Akita.

—¿Os habéis arreglado ya? —le preguntó Lupe a Irina mientras ésta servía el té.

—No nos hemos arreglado porque no nos habíamos estropeado. —Lupe alzó una ceja y Akita la miró por encima de las gafas—. No me miréis así. No estoy enfadada con Alejandro. Sería ilógico estar enfadada con él por las ansias de protagonismo de mi madre. Es una diva y siempre necesita ser el centro de atención. Hablé con ella y no fue capaz de darme una buena razón por el numerito que montó, así que paso de ella. La boda sigue adelante.

Las dos funcionarias intercambiaron una mirada. Aunque nadie les había contado nada, tenían suficiente experiencia de la vida para sumar dos y dos. De todos modos, si Irina prefería pensar que el resultado de la suma eran cinco, no serían ellas las que le amargarán la boda. La vida ya se encargará de aclararle las cosas si llegaba el caso.

—Ay —suspiró Akita—, el amor. Nos complica la vida, pero ¡qué aburrida sería sin él!

—Cierto. —Lupe mojó una galleta en el té—. Las cosas del amor no se enseñan ni se aprenden; sólo se disfrutan.

—O se sufren. —Irina rompió su pastita en dos.

—Se viven —sentenció Akita—. Y si se tiene mucha suerte, se comparten.

Las tres mujeres se quedaron con las pastitas alzadas, a medio camino entre las tazas y sus bocas, perdidas en sus recuerdos. Los de las dos funcionarias eran lejanos, pero los de Irina, de la noche anterior.

Había subido al coche de Alejandro y había dejado que él la llevara donde

quisiera. Había dado por hecho que la llevaría a su casa, donde discutirían, gritarían, llorarían y acabarían haciendo el amor. Por eso, cuando entraron en un edificio de la zona de Shibuya, se sintió decepcionada.

—¿Un karaoke?

Él le acarició la mejilla y le guiñó el ojo.

—¿No querías olvidarte de todo? Anda, vamos.

Alejandro había elegido un local con repertorio internacional. A su edad, y con su trayectoria vital, había aprendido a reconocer estados de ánimo y a asociarlos con distintos cantantes. Sentados en el suelo de la habitación privada que había alquilado para toda la noche, seleccionó canciones de Alaska y, tal como se había imaginado, Irina lo dio todo reclamándole cómo podía hacerle eso a ella.

—¡Sé que te arrepentirás! —gritó al acabar, clavándole el dedo en el pecho.

«Ya me he arrepentido —pensó él—. Si pudiera volver atrás, a la noche en que tu madre me asaltó, me habría quedado en casa.»

Él buscó una canción para liberar tensiones y, al encontrar una, exclamó con una sonrisilla psicópata:

—¡Ja!

El ritmo pegadizo de la canción que narraba las peripecias nocturnas de la funcionaria asesina resultó ser el remedio perfecto. Alejandro se entregó al tema, meneando las caderas, y aunque Irina trató de mantenerse seria e indignada con él, acabó retorciéndose por el suelo de risa.

Ella contraatacó asegurándole en la siguiente canción que no quería más dramas en su vida, y él reaccionó abrazándola por detrás y demostrándole lo empalmado que estaba y las ganas que tenía de convertir su vida junto a Irina en una comedia entretenida.

Cuando empezó a sonar un nuevo tema, Irina ya no pudo cantar porque le había bajado los pantalones a Alejandro y se había apoderado de su micrófono para hacerle una actuación en directo.

Él, excitado como pocas veces, se dejó seducir por las tablas de su prometida con un micro en la mano, pero no aguantó demasiado. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a conciliar y prefería los diálogos a los monólogos. Por eso, se

tumbó en el suelo, agarró a Irina por las caderas y se la colocó encima. Ella, que no le había soltado el «micro» en ningún momento, le dirigió una mirada achispada por encima del hombro —ya que la tarifa especial que había contratado Alejandro incluía barra libre de bebidas— y se mordió el labio inferior mientras él le daba una palmada en las nalgas antes de hundir la cara entre sus muslos.

Segundos más tarde, Irina llenaba la habitación de agudos sonidos. Primero fueron jadeos, luego gemidos y, finalmente, un grito que la ayudó a librarse de la angustia que le había generado la inesperada y dramática aparición de su madre.

La canción había vuelto a cambiar de manera automática y Alejandro se había echado a reír cuando Irina se dio la vuelta, se sentó en su cintura y, mirándolo a los ojos, le aseguró con la mano en el corazón que —a diferencia de Alaska— ella ya había encontrado un hombre de verdad.

—¿Y esa cara, niña? —Lupe la devolvió al momento actual. Aunque tanto ella como Akita habían empezado hablándole de usted y llamándola «señora», Irina se encargó de derribar las formalidades entre ellas.

Suspiró.

—Alejandro es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Akita apartó un poco el plato de las pastitas para poner una libreta sobre la mesa y levantar un bolígrafo.

—¡Perfecto! Aclarado eso, podemos seguir preparando la boda.

Irina negó con la cabeza.

—No es tan fácil.

Lupe eligió otra pastita y empujó el plato en dirección a ella.

—¡Aparta de mí esta tentación! Si vamos a ir de boda, no puedo engordar ni un gramo más.

Irina, que tenía una personalidad solidaria, acogió las pastitas en su sector de mesa y las hizo sentir a gusto, comiéndose un par de ellas.

—Yo que tú comería, Lupe. Lo de la boda no lo veo nada claro —dijo con la boca llena.

—No lo entiendo. —Akita empezó a dibujar pequeños robots a lo largo del borde de la libreta mientras hablaban—. Has encontrado a un hombre fuera de lo

común, guapo como él solo...

—Inteligente, interesante —aportó Lupe—, y por la cara que estabas poniendo hace unos momentos, una fiera en la cama.

—¡Lupe!

—¿Qué pasa? ¿Acaso es mentira? Los españoles y los mexicanos tenemos chile en las venas —le guiñó el ojo—. ¿Crees que las mujeres hacemos cola en la puerta de las embajadas para protestar cuando se casa un premio Nobel de Física?

Irina negó con la cabeza, sin saber si reír o llorar.

—Todas esas indignadas que viste frente a la embajada eran mujeres de mundo que habían conocido a muchos hombres interesantes, y apuesto lo que quieras a que nunca habían montado una manifestación espontánea para protestar por la retirada del mercado de uno de sus amantes.

Irina resopló.

—Yo nunca había oído nada parecido, pero eso ya lo arreglamos; es agua pasada. El problema ahora es mi madre. Odia a Alejandro, aunque no ha querido decirme por qué.

—¿Dónde está tu madre, por cierto? —Akita alzó las dos cejas—. Tanto interés en que la esperáramos para organizar la boda y ahora desaparece.

—Se ha ido —admitió Irina con un nudo en la garganta—. No es que quisiera organizar la boda. Me dijo que no se me ocurriera casarme antes de que ella llegara porque quería impedir la boda, no ayudarme a elegir el menú ni las flores. —Aunque aguantó firme hasta el final, con la última palabra se le rompió la voz.

Lupe y Akita se acercaron a ella como dos mamás gallina y la arrullaron.

Tras pasar la mitad de la noche en el karaoke y la otra mitad en casa de Alejandro, Irina había vuelto a su casa. Sus padres estaban en el comedor y no encontró ninguna excusa para no desayunar con ellos.

Su padre parecía extraordinariamente feliz. Su madre estaba más relajada que

de costumbre. Por unos instantes, Irina se permitió imaginarse que volvía a ser una niña, que sus padres se habían casado y habían vivido juntos. Que su madre la acompañaba al colegio después de vestirla y peinarla y que pasaba orgullosa delante de las compañeras que se habían burlado de ella cuando era el mayordomo quien la acompañaba a los festivales de fin de curso porque su padre estaba de viaje de negocios. En una palabra, que su madre la había elegido, que la había puesto por delante del resto del mundo, pero la ilusión duró poco.

—No entiendo para qué has venido, Olguina. —Aunque nada le habría gustado más que llamarla mamá, ella se lo había prohibido desde niña. Nadie debía saber que tenía una hija—. Podrías habérmelo dicho por teléfono.

—Quería asegurarme de que el tal Alejandro de la Encina era el mismo que conocí en casa del Charles Lampard, en Londres. Ya sabes que todos los españoles me parecen iguales: morenos, arrogantes, impetuosos, orgullosos.

—Eso son tópicos. Pensaba que lo de caer en tópicos se curaba viajando.

—¡Ja, qué ilusa! Viajando se comprueba que los tópicos son una fuente de sabiduría y que ahorran mucho tiempo. Ese hombre es un donjuán. Lo he visto en acción y sé que te hará sufrir.

—¿Más que tú, Olguina? ¿Estás segura de que Alejandro me hará sufrir más que tú? Porque yo no lo tengo nada claro.

Lupe le apoyó una mano en el antebrazo para devolverla a la conversación.

—Ni se te ocurra llorar por tu madre. —Lupe le acarició el pelo—. Entiendo que la echas de menos, sobre todo en momentos como éste, pero aunque te cueste creerlo estás mucho mejor sin ella.

—Una madre no es una mujer que da a luz; es alguien que antepone la vida de sus hijos a la suya propia. Por lo que sé, tu madre no antepondría nada a su propio beneficio y bienestar. Nunca se ha mostrado en público contigo, no te ha dado unas auténticas raíces rusas, y dudo mucho que diera la vida por ti. —Akita le acarició el brazo—. No lo digo para hacerte daño, sino para que valores a los

que sí lo harían. Estoy segura de que tu padre te quiere con locura, y que si no ha vuelto a tener pareja ha sido para entregarse a ti en cuerpo y alma.

Irina recordó los sonidos que salían de la habitación de Ichiro la noche anterior. No dudaba de que su padre la tuviera en un lugar privilegiado de su vida porque siempre se lo había demostrado, pero mucho se temía que si no había atado su vida a ninguna otra mujer era porque Olguna no se había marchado nunca de su corazón.

—Akita tiene razón, mi niña. Estoy convencida de que tu padre renunciaría a volver a verte si a cambio lograra que tú tuvieras el amor y la atención de tu madre.

Irina asintió. Sabía que tenían razón, pero eso no impedía que la falta de cariño de su madre le siguiera doliendo. A esas horas, la embajadora de hielo ya debía de haberse marchado de Japón. ¿Cuándo volvería a verla? Imposible saberlo.

—Y a Alejandro hace poco que lo conoces, pero algo me dice que es un tipo legal, de fiar —dijo Akita, y Lupe asintió con ganas—. Ha ido de flor en flor mientras no ha encontrado a la mujer que se ha colado en su corazón. Esos hombres suelen ser los más fieles, porque no llegan al matrimonio con la sensación de tener una asignatura pendiente.

Irina ladeó la cabeza. Ella tenía la misma sensación, pero tenía miedo de ser la víctima número un millón de un mentiroso compulsivo.

—¿De verdad creéis que un hombre así es capaz de comprometerse de por vida?

Las dos mujeres cruzaron una mirada que lo decía todo sin necesidad de decir nada.

—¡Cuánto daño han hecho los pinchos cuentos de hadas! —exclamó Lupe.

—Entiendo tus dudas, Irina, y sé que es muy difícil aprender de los demás. Es triste, pero la única manera de aprender algo es cayéndonos de boca y perdiendo algún diente por el camino. Metafóricamente hablando, claro.

—Lo que quiere decir mi sabia amiga es que no hay garantías en esto de las relaciones. ¿Quieres estar segura de que Alejandro seguirá a tu lado hasta el fin

de los tiempos? Pues te diré tres cosas. Una: que no puedes saberlo. Y dos: que en eso Alejandro es igual que cualquier otro hombre.

—Exacto. Casarse es apostar todo a un número.

Irina se ruborizó recordando el sesenta y nueve en el karaoke, y a las funcionarias no les pasó por alto su expresión, entre eufórica y avergonzada.

—Ése es un buen número al que apostar sin duda. —Lupe asintió con los labios fruncidos antes de seguir hablando—. A no ser que seas de esas personas que no creen en el divorcio, el matrimonio es una cárcel con las puertas abiertas.

Irina gimió y se llevó las manos al vientre al recordar el orgasmo que Alejandro le había regalado contra los barrotes del calabozo de las islas Kuriles.

Esta vez, Akita soltó un silbido de admiración.

—Irina, cariño, cástate ya. Si no lo haces tú, lo secuestraré y me casaré yo con él a punta de pistola.

—No hagas caso a esta pinche nipona. Dime, Irina, cuando te despiertas por la mañana, ¿sientes que deseas levantarte al lado de Alejandro y compartir con él el desayuno?

Ella se llevó la mano al cuello sofocada cuando le vinieron a la mente imágenes de la ducha que habían compartido esa misma mañana.

A Akita se le escapó la risa por la nariz.

—Sí, compartir esas cosas por la mañana es importante, pero lo que Lupe quiere saber es si después del polvo mañanero sientes ganas de salir corriendo y recuperar tu vida lejos de él, o si te apetece compartir todo lo demás. Porque para un revolcón de vez en cuando no hace falta casarse.

Lupe se santiguó, pero asintió al mismo tiempo.

Irina las miró y se tomó su tiempo antes de responder. Esas dos mujeres de aspecto convencional —que le recordaban a dos ratoncillos inquietos y traviosos— no dejaban de sorprenderla. Su aspecto era el de dos funcionarias aburridas, pero por dentro eran una fuente de sorpresas.

—¿Y la número tres? —preguntó para ganar tiempo—. Has dicho que había tres cosas, pero sólo me has dicho dos.

Lupe y Akita intercambiaron una mirada. Irina sintió que estaban evaluando si era digna de entrar en alguna hermandad secreta.

Lupe asintió y Akita la iluminó:

—No lo enfocas bien. Te falta la perspectiva que dan los años y de eso a nosotras nos sobra.

—Sobre todo, años —protestó Lupe.

—Calla. —Akita cogió una pastita y se la metió en la boca a Lupe, que protestó, pero poco—. Estás enamorada del embajador y, créenos, lo entendemos, ese hombre es pata negra. Pero, por muy bien puestas que tenga las nalgas, que las tiene —Lupe asintió con la boca llena—, no te olvides de que lo auténticamente importante en tu vida eres tú. Hoy lo ves todo más brillante que una tienda de Swarovski, pero las cosas pierden lustre con el paso del tiempo. Ahora hasta los ronquidos del embajador te parecerán sexis.

—Alejandro no ronca.

—Ya, porque ahora cuando estáis en la cama no dormís, como si lo viera.

Irina se ruborizó.

—No mucho, la verdad. Y siempre me duermo yo primero, porque me deja agotada.

Akita hizo un gesto de aprobación.

—Ésa es una buena receta para que un matrimonio dure, pero no es eso lo que debe preocuparte.

—¿No?

—No. —Lupe tomó la palabra—. Mientras estéis bien juntos, el tema del divorcio ni se os pasará por la cabeza. Pero ¿y si un día te das cuenta de que no es lo que necesitas en tu vida?

La cara de asombro de la joven diplomática hizo reír a las dos veteranas en temas de amor.

—Ojalá vuestro amor sea eterno, mi niña —le deseó Lupe—, pero eres muy joven y la vida es muy larga.

—Lo importante —recalcó Akita— es no perder nunca las riendas de tu vida.

—Pero yo lo amo.

—Por supuesto, pero para amar a alguien hay que ser libre, si no, no es amor, es otra cosa.

—Ámalo tanto como puedas y en tantas posturas como puedas antes de que la

artrosis te lo impida. —Lupe le guiñó el ojo—. Pero sabiendo siempre que puedes divorciarte de él si las cosas cambian.

Irina se revolvió incómoda en la silla.

—Es que... me hace sentir calculadora, fría... Me hace sentir...

Las dos funcionarias intercambiaron una mirada comprensiva.

—Te hace sentir como tu madre. —Akita acabó la frase por ella e Irina asintió—. Pero eso es absurdo. Tu madre nunca tendría tus escrúpulos.

—Pues sí, por suerte para ti, has salido a tu padre.

Irina agachó la cabeza, sintiéndose vulnerable. Mucho se temía que esas dos mujeres acababan de dar en el clavo. Era una romántica sin remedio y se había enamorado de Alejandro. Tenía miedo de entregarse a él porque sabía que, si algún día él se cansaba y le buscaba un recambio, ella no lo superaría y se quedaría anclada en la vida como Ichiro.

Pero ¿qué hacer? ¿Renunciar a ser feliz en el presente por miedo a sufrir en el futuro? En la vida había cosas absurdas, como la mesa de ping-pong ondulada —sí, existía, la había visto navegando por internet un día—, pero renunciar a Álex por miedo a sufrir sería algo más que absurdo, sería un crimen contra la humanidad y el sentido común.

—Entonces... —Irina alzó la mirada hacia los rostros expectantes de las dos mujeres—, ¿me caso o no me caso?

—¡Por supuesto! —exclamó Lupe—. ¡Que viva el amor!

—Pero por un rito que te permita divorciarte cuando tú quieras —recalcó Akita con el dedo levantado.

Con el alma mucho más ligera que cuando había entrado en la cafetería, Irina sonrió.

—¿Tenéis que volver a la embajada?

Lupe y Akita consultaron la hora. Hacía ya un cuarto de hora que deberían haber vuelto a su puesto de trabajo.

—*Nah*, podemos quedarnos un poco más. —Akita movió el bolígrafo en el aire—. La boda del año en Tokio no se va a preparar sola.

—De boda del año, nada; quiero una ceremonia discreta.

Las funcionarias se echaron a reír.

—En ese caso, no te quedes a solas con el embajador en una habitación donde haya un piano.

Aunque el primer impulso de Irina fue esconderse debajo de la mesa, luego se unió a sus risas.

—Buen consejo, pero me temo que Álex no necesita que haya un piano cerca para hacerme cantar. —Los clientes de las mesas cercanas se volvieron al oír los silbidos de ranchera de Lupe—. Además, si él no me lleva a una habitación después de la boda..., es muy posible que me lo lleve yo. —Les guiñó el ojo y las dos funcionarias tuvieron la sensación de haber tenido una mañana de trabajo muy productiva.

Habían pasado tres meses desde la petición de mano en Okinawa y la boda del año —y del siglo y del milenio, al menos para Alejandro, que no pensaba casarse nunca más— se acercaba rápidamente.

Una vez que Olguina desapareció del mapa e Irina resolvió sus dudas, las cosas habían vuelto al carril rápidamente. Él no había tenido ninguna duda. Después de pasarse la vida huyendo del compromiso y del matrimonio, encontrar a Irina había sido como salir de un túnel larguísimo y toparse con el sol naciente. No quería volver a la oscuridad de su ausencia. No podía imaginarse la vida sin sus gruñidos adormilados cada vez que la despertaba, guiñándole el ojo entre sus piernas justo antes de desayunársela, y sin la euforia que le provocaba oír cómo sus protestas se transformaban en gemidos y jadeos de pasión.

No quería volver a comer solo al mediodía, con la única compañía de Twitter o del piano de la biblioteca..., a menos que fuera para usarlo como atril de la sensual partitura que eran las piernas abiertas de Irina.

No quería volver a pasar los fines de semana sin su compañía, mirando series en su televisor de sesenta pulgadas y comiendo en restaurantes de lujo, platos exquisitos que nunca lo satisfacían porque llevaban por encima la salsa agridulce de la soledad.

Aunque al llegar a Japón, siguiendo la máxima «Donde fueres, haz lo que vieres», había dejado de tocar el claxon porque los respetuosos japoneses apenas lo usaban, hizo una excepción.

¡Mec, meeec!

Irina salió de la casa de su padre poco después.

—¡Ya va, ya va, español escandaloso! —protestó entrando en el coche

mientras fingía estar enfadada, pero él la conocía bien—. No me he retrasado. ¿Qué culpa tengo yo de que llegues antes de la hora?

Se inclinó hacia ella y trató de besarla.

—Me faltaba el aire sin ti —susurró—. Necesito el boca a boca.

Irina le plantó las manos en el pecho para detener su ataque sensual.

—Humm, no sé, no sé. ¿Estás seguro de que tanta impaciencia no es por las ganas de volver a ver a la famosa Victoria Lampard?

A Alejandro le brillaron los ojos al ver que ella no era tan inmune a los celos como quería hacerle creer.

Tras la charla de Irina con Lupe y Akita, la joven diplomática había cambiado de actitud. Se había plantado en su casa y, con un aplomo digno de un káiser alemán, le había comunicado que su parte del compromiso matrimonial seguía en pie. Que se casaría con él, pero que como le diera un solo motivo para pensar que el donjuán que llevaba dentro no se había retirado del mercado, pediría el divorcio más rápido que el tren bala a su paso por Morioka.

Al principio, Alejandro temió que su temperamental Irina se hubiera convertido en una versión diminuta de su madre, una mujer fría que anteponía el cerebro al corazón, pero acto seguido lo había empujado hasta la pared más cercana, se había encaramado a él como un koala y se había pasado el resto de la noche demostrándole que no tenía ni una célula fría en el cuerpo. Si un nuevo volcán entrara en erupción en algún rincón del país, tenía previsto pedir que le pusieran el nombre de Irina del Carmen.

Alejandro le sujetó la cara con una de sus grandes manos y la besó. La otra mano se perdió en su pelo, que Irina se había recogido en la nuca. Le deshizo el moño mientras su lengua le aseguraba que no había ninguna otra boca donde quisiera hacer nido.

De pronto, bajó del coche, dejando a Irina aturdida, boqueando. Cuando quiso darse cuenta, ya había regresado.

—Pero ¿qué...?

Alejandro le colocó una gran flor roja detrás de la oreja, le ahuecó la melena hacia el otro lado y le enmarcó la cara entre sus dedos, que abrió formando dos escuadras como si fuera un director de fotografía.

—Preciosa. Mi perla de Labuán —susurró sellando su obra de arte contemporáneo con un beso en los labios—. Listos, vamos a recoger a mi colega y a su marido.

La actitud del embajador calmó los nervios de Irina, que temía no estar a la altura de la famosa diplomática.

—¿Cómo son?

Alejandro se puso en marcha en dirección al aeropuerto de Haneda, se acomodó en el asiento y sonrió recordando a la hija de Charles Lampard, su colega británico. Conoció a Victoria cuando ella era una adolescente de quince años y su hermana Serena una mocosa de trece. Aunque a sus veinticinco años Alejandro estaba mucho más interesado en las sofisticadas mujeres que daban vida a los actos diplomáticos con su belleza e inteligencia, la frescura de Victoria y su afirmación de que algún día sería diplomática como su padre le había llamado la atención.

Durante esa velada, borracho de champán francés y cegado por el brillo de los bombones dorados y de los lujosos salones de la mansión de Charles Lampard, se había dejado seducir por la esposa del embajador ruso en Inglaterra. Juntos se habían colado en la biblioteca y él había dado lo mejor de sí mismo entre las largas piernas de Olguina, sentada sobre el piano de cola.

Al acabar, unas risas adolescentes le hicieron darse cuenta de que su interpretación libre de *La cabalgata de las valkirias* había tenido público. Las dos hijas del anfitrión, Victoria y Serena Lampard, acababan de tener su despertar sexual tras las cortinas.

Años más tarde, Victoria Lampard volvió a su vida de un modo inesperado. Cuando llegó a la embajada de España en Uruguay para trabajar como becaria, la tensión sexual entre ellos fue inmediata. Ninguno de los dos había olvidado el episodio del piano. Tito Álex —como ella lo llamaba en la adolescencia— la recibió con curiosidad, pero enseguida se dio cuenta de que estaba ante alguien muy especial. Le gustaba como mujer, pero también como persona.

Durante unas semanas se permitió soñar con que había encontrado a su compañera. Pasaron varios fines de semana inolvidables, durante los que él le mostró la belleza del continente americano, pero la burbuja estalló pronto.

Victoria había llegado a Montevideo con el corazón roto, y el causante de su desamor no era otro que su actual marido, Manuel Soto, conocido como «el Golfo de Cádiz» tras su paso por un *reality*.

Cuando Victoria volvió con Manu, Alejandro se había dejado consolar por Serena, la hija pequeña de Charles Lampard, pero lo suyo duró menos que los dos peces de hielo de Joaquín Sabina en su whisky *on the rocks*.

Alejandro conoció a Manu en Buenos Aires y volvió a verlo en las Malvinas. Al principio, se enfadó. No entendía qué tenía el humilde carpintero gaditano que no tuviera él, pero al verlos en acción en el barco británico se dio cuenta de la complicidad que existía entre ellos. Eran un equipo y ni él ni nadie iban a poder separarlos.

Se volvió hacia Irina, que lo miraba expectante.

—Victoria es una gran profesional. Ha pasado estos últimos cuatro años en un punto tan caliente como es el estrecho de Gibraltar. Más personas como ella harían falta. Y Manu... la hace feliz. Yo no le pido nada más. —Le apretó la mano—. Son buena gente. No estés nerviosa, te van a encantar.

—¡Claro! —Irina le dirigió una sonrisa algo forzada. Las palabras de Alejandro eran políticamente correctas, pero el brillo de sus ojos mientras recordaba su pasado con Victoria le hacía sospechar que parte de su corazón pertenecía a la española y que siempre iba a ser así.

No se iba a perder detalle de su reencuentro, y como la española tuviera las manos demasiado largas, tal vez tendría que rebanarle los dedos como si fueran makis de sushi.

Alejandro la miró de reojo y contuvo una sonrisa. Aunque Irina y Victoria eran dos mujeres muy distintas, las dos tenían algo en común: eran pura pasión. Con Irina al lado, se veía capaz de enfrentarse a cualquier conflicto.

—¡Ahí están! —Alejandro alzó la mano al ver aparecer a la pareja.

Mientras se fundía en un abrazo cariñoso con Victoria, Irina miró al guapísimo español recién aterrizado que estaba fulminando con la mirada a

Alejandro y sintió una gran afinidad con él.

—¡Hola, *quilla-san*! —la saludó el guapo español—. Soy Manu, ya que no nos presentan éstos, nos presentamos nosotros. —Manuel Soto, que llevaba todo el viaje tratando de aprender protocolo japonés, se inclinó hacia ella con las manos juntas ante el pecho.

Victoria y Alejandro, que se habían soltado pero no del todo, vieron cómo Irina le devolvía la reverencia, pero acto seguido se echaba al cuello del gaditano, que la abrazó sorprendido pero encantado.

—¡Pero qué chiquitica y qué ágil eres, chiquilla! —La levantó del suelo como si no pesara nada—. ¡Si pareces un monito de Gibraltar!

—¡Yo no soy chiquitica, Manu-san! ¡Tú eres grande como el monte Fuji!

—Qué bien hablas español, Irina. Ya veo que el embajador te ha estado dando clases particulares de lengua.

Ella le guiñó el ojo.

—Ni te lo imaginas. —Le dio una palmada en el bíceps—. Anda, bájame.

—Y nosotros preocupados por si no se llevaban bien. —Alejandro, con el brazo aún sobre los hombros de Victoria, sacudió la cabeza.

—Ya sabes que Manu se lleva bien con todo el mundo, es muy abierto. Encantada, Irina —Vicky se acercó a darle dos besos—. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Y yo —reconoció la ruso-japonesa, aunque se guardó de decir que quería conocerla para saber si seguía siendo una rival—. ¿Estáis cansados?

—Ya te digo, *quilla-san*. Ya lo decía la canción de los No Me Pises Que Llevo Chanclas: «¡Mira que está lejos Japón!».

Irina, que conocía la canción de los veranos pasados en el Levante español, se echó a reír.

—Anda, vamos. Esta ciudad es enorme; tiene más habitantes que Canadá —los informó—. Tardaremos un rato en llegar.

—¿Seguro que a vuestro amigo no le importa dejarnos el piso? —A Victoria le sabía mal molestar—. Podemos ir a un hotel.

—Segurísimo —la tranquilizó Alejandro—. Está de viaje. No volverá hasta dentro de diez días.

Aunque estaban cansados, tanto a Manu como a Victoria les faltaban ojos para empaparse de todo: los rascacielos, la red de carreteras, las largas filas de coches que se desplazaban lentamente.

—¿Qué es lo que más te gusta de Japón, Álex? —quiso saber Victoria—. Aparte de Irina, claro.

Él le dirigió una sonrisa ladeada a través del retrovisor.

—Para serte sincero, lo que me decidió a aceptar la plaza fue que Tokio estaba lejos de tu hermana Serena.

Vicky se echó a reír.

—Me lo creo.

—Al principio Japón puede resultar desquiciante —siguió diciendo el embajador—. Tanta gente, tantas normas, tanto autocontrol, tanto silencio... A veces pensé que iba a volverme loco, pero al final cambias el chip y empiezas a valorar otras cosas. En medio del caos aprendes a mirar hacia dentro... Y luego conocí a Irina del Carmen.

—Anda, Irina, te llamas como la santa de mi suegra —comentó Manu, y Vicky asintió—. ¡Qué bonita es la Virgen del Carmen, la Virgen más marinera!

—¿Cómo es que no has invitado a la hermana de Vicky, Alejandro? —quiso saber Irina, que seguía obsesionada, a su pesar, por las mujeres que habían pasado por la vida de su futuro marido.

El embajador resopló.

—Es que Serena es... es... ¡Vicky, ayúdame!

Victoria se aguantó la risa.

—Mi hermanastra puede ser..., ehm, un poco...

—¡Serena cunde más que el arroz bomba, *quilla*! Si viniera, querría ser la novia, el novio, el cura y hasta Doraemon, si se pusiera a tiro.

Irina se volvió hacia la pareja que viajaba en el asiento trasero del coche y sonrió.

—Vale, creo que se llevaría bien con mi madre.

A Victoria, que estaba recostada en el gaditano, que le rodeaba los hombros con un brazo, le cambió la cara al mismo tiempo que Alejandro carraspeaba, pero a Irina le pasaron por alto sus reacciones.

—Me alegro de que no la hayas *invitao*..., ni a ella ni al Charlie —añadió Manu, refiriéndose a Charles Lampard—. Ya sé que es tu padre, cari, pero ese hombre es más soso que un debate de economía.

—Queremos que sea una ceremonia íntima, sólo con la gente que nos importa de verdad.

—Pues ya sé que yo estoy aquí por Vicky y no porque me aprecies, embajador, pero te lo agradezco igual. Adoro a mis hijos, son lo mejor que ha parido madre..., y qué madre, ¡guapa, guapa y guapa! —puntuó cada piropo con un beso en la cabeza—, pero no veas las ganas que tenía de pillar a la embajadora a solas.

Cuando llegaron al apartamento, cercano a la embajada, les enseñaron las cuatro cosas básicas, pero Manu tenía prisa por quedarse a solas con Victoria. Su cerebro repetía en bucle algo parecido a: Vicky – culo – agarrar – Vicky – sentar en mesa – abrir piernas – empujar – clavar – sí – Vicky – calor – más – Vicky.

—Bueno, os dejamos solos.

Manu apretó el puño en señal de victoria.

«¡Vicky, al fin!»

Alejandro sacudió la cabeza y, mientras le daba un beso en la mejilla a su amiga, le pareció oír un temblor. No quiso asustar a los recién llegados, así que esperó a salir al pasillo para comentarlo con Irina.

—¿Crees que viene un terremoto?

Ella, que había oído el gruñido amenazador de Manu, se echó a reír.

—Sí, ya ha llegado, y se llama Manuel.

Varias horas más tarde, Manu y Victoria volvían a estar sentados en la parte trasera del coche del embajador, que se aguantaba la risa como podía al oír las carcajadas de Irina.

—Pues no le veo la gracia, *quilla-san* —refunfuñó el Golfo—. Pero si no estábamos haciendo tanto ruido, corcho. ¡Qué *exagerá* es la gente aquí!

—Es que somos muchos. Si todos nos pusiéramos a pegar gritos, se hundiría

la isla. —Irina siguió riendo.

—Gracias por venir a buscarnos. —Victoria le acariciaba el muslo a Manu, para calmarlo, pero también porque le gustaba tocarlo y se había quedado con ganas de más—. Seguro que ya estabais durmiendo a estas horas.

—No te preocupes, aún no dormíamos. —Alejandro le guiñó el ojo a Irina.

—¡Claro que no! —exclamó el Golfo—. ¡Estaban follando, que es lo que hace la gente de bien a estas horas! Si los vecinos hubieran estado follando, no nos habrían oído y no habrían llamado a la policía. Si es que, de verdad, ¿se puede ser más malaje? ¡Cuando se lo cuente al Tuerkas, no se lo va a creer!

—Nos dejáis en un hotel y ya —propuso Vicky.

—Ni hablar. En los hoteles tampoco se puede hacer ruido.

—Pero ¡qué ruido ni qué ruido! Si hubieran venido los chicos de la chirigota y nos hubiéramos puesto a cantar, dices..., pues vale, a veces nos dejamos llevar porque echamos el alma en las canciones, pero, hombre, ¡por cuatro gemidos de *na!* ¡Si todavía estábamos calentando!

Irina se volvió hacia ellos divertida.

—Normalmente no grita tanto —se excusó Victoria—, pero es que nos han dejado a medias y está un pelín frustrado. —Hizo un gesto con el pulgar y el índice y una mueca de disculpa.

—¿Un pelín? ¡Un pelucón, me cago en el sol naciente!

—¡Manu! —Victoria le tapó la boca con la mano y siguió hablando—. Qué vergüenza que hayáis tenido que sacarnos de la comisaría. —Ahogó una exclamación al notar que Manu le lamía la palma de la mano con la punta de la lengua.

La bajó y se la secó en el muslo de él mientras Irina y Alejandro intercambiaban una mirada entre divertida y picante.

—Cosas que pasan hasta en las mejores familias —comentó Álex, guiñándole el ojo a su futura esposa y entrando con el coche en una cuesta bastante empinada.

Irina se volvió hacia la pareja y se sobresaltó al pillar a Manu agarrando la mano de Victoria y usándola como manta para cubrir una parte de su cuerpo que no parecía tener precisamente frío. Empezaba a entender por qué lo llamaban el

Golfo de Cádiz. Aunque la mirada divertida de su mujer no encajaba con el apodo de Estrecha de Gibraltar que le habían colgado.

Irina tragó saliva. El coche zumbaba, cargado de energía sexual. ¿O era ella?

—Ya estamos llegando —les dijo señalando un edificio—. Álex vive allí.

—¿Vamos a tu casa?

—Sí, la vecina de abajo está sorda y no tengo vecinos encima, así que podréis gritar tanto como queráis.

Manu palmeó el hombro del embajador.

—Tenía razón mi Vicky. No eres mal tío, excelentísimo señor De los Bosques.

Irina frunció el ceño.

—No se llama así, se llama Alejandro de la Encina y del Roble.

—Mujer, por abreviar.

—Déjalo. —Alejandro sonrió mientras aparcaba—. Sé que me ha llamado cosas peores.

Ninguno de los cuatro tenía sueño, así que se habían sentado en el salón — Alejandro se había adaptado bastante a la vida nipona, pero su espalda no tanto, y seguía disfrutando de un buen sofá y de unas buenas sillas— a compartir copas y vivencias de los últimos años.

Y si los sofás colocados en forma de U eran de primera calidad, el mueble bar no se quedaba atrás. Al llegar les había ofrecido probar su variedad de sakes, *awamori* y *sochu*.

—¿Un *chochu*? —Manu—. Calla, calla, que me pongo malo.

—Toma. —Alejandro le había dado un sake para que se calmara y el gaditano se lo había bebido de un trago.

—*Ofú*. —Sacudió la cabeza y se echó hacia atrás en el respaldo. Al parecer, no iba a poder quedarse a solas con su Vicky todavía, más le valía calmarse.

—Yo tomaré un licor de frutas —pidió Irina.

Alejandro se lo sirvió.

—Licor de albaricoque para mi albaricoque. ¿Victoria? ¿Te apetece un licor de ciruela, mandarina...?

—¿Eso que tienes ahí es whisky?

—Siempre has tenido buen gusto. —Miró de reojo a Manu—. Bueno, casi siempre. Es un Hakushu de veinticinco años, un caldo japonés de la destilería Suntory. Ha ganado varios premios internacionales al mejor whisky de malta.

—Habrá que probarlo, ¿no? —Manu le guiñó el ojo a Irina para devolverle la pulla al embajador.

—Por supuesto. —Irina, picada, vació el licor de albaricoque de un trago y dejó el vaso—. Whisky para todos; nosotros también tenemos buen gusto.

Alejandro y Victoria intercambiaron una mirada divertida. Manu e Irina parecían tener en común un entusiasmo casi infantil. Se picaban enseguida, se dejaban arrastrar a apuestas absurdas y se lanzaban a todo de cabeza. Cuando Alejandro se acercó a Vicky para darle su copa, ella lo agarró de la nuca para aproximarse a su oído y susurrar:

—Felicidades, me encanta tu chica.

Él aprovechó la cercanía para darle un beso en la mejilla y replicó:

—Tu chico tampoco está mal, pero nunca lo admitiré en público.

Irina, que tenía grabada en la cabeza la conversación que había mantenido con Lupe y Akita, decidió tomar la iniciativa y disfrutar de la velada. Se levantó, sirvió dos copas de whisky, se acercó a Manu y se sentó sobre su regazo.

—Bienvenido a Japón, Manu-san. —Alzó la copa para brindar.

—¡Chinchín! —replicó él.

Irina se echó a reír con tantas ganas que el Golfo tuvo que aguantarle la copa para que no los duchara a los dos con ella.

—Vas a tener que traértela a Cádiz, *pisha* —le dijo al embajador—, si tanta gracia le hace mi acento.

—No es por el acento —replicó él, sentándose junto a Victoria y haciendo que su amiga se sentara sobre su regazo, elevando las apuestas en una partida que había empezado sin que nadie pusiera reglas previas—. Es que *chin-chin* significa «pene» en japonés.

La risa de Irina era contagiosa. Manu la sujetó por la cintura para que no se

cayera al suelo en un arrebato y no pudo evitar hacer un gesto torero con la otra mano, señalándose la entrepierna mientras decía:

—Niña, no te confundas, que éste no es *chin-chin*, que es *chin-chon*, como el anís.

Esta vez fue Victoria la que estuvo a punto de atragantarse con el whisky.

—*Kampai* —brindó Alejandro, mostrándoles la manera correcta de hacerlo en Japón.

—¡Compay! ¡Gran músico! —comentó Manu—. ¿Te acuerdas de las noches en La Habana, Vicky?

Y si las noches en La Habana habían estado llenas de pasión y libertad, la noche en Tokio estuvo llena de copas, risas y caricias a cuatro bandas. Habría sido difícil saber cuál de los cuatro estaba más excitado. La conversación había pasado por un montón de temas hasta ir a parar al manga.

Irina había agarrado a Victoria de la mano y la había llevado al dormitorio de Alejandro, donde días atrás había escondido los disfraces para que no los encontrara su padre en casa.

—Compré este disfraz para la noche de bodas —le comentó mostrándole el conjunto de Ai Haibara—, pero luego me animé y compré más. ¿Nos los ponemos?

—¿Como si fuera una despedida de soltera a cuatro? —A Victoria le encantó la idea—. ¿Por qué no?

Desde el salón, Alejandro y Manu oían las risas de sus parejas en la habitación de al lado y se removían inquietos sobre los sofás.

Cuando la alta y esbelta morena salió disfrazada de Sailor Moon, a Manu la sangre dejó de llegarle al cerebro. Sacudió la cabeza de un lado a otro lentamente y se mordió el labio inferior, diciéndole sin palabras todo lo que le apetecía hacerle.

—Malo, Vicky. Me pones muy malo.

Victoria se acercó a Alejandro y se inclinó hacia él para torturar a Manu con un primer plano de su retaguardia.

Él empezó a verlo todo como a través de un catalejo. El resto de la habitación se fundió en negro y ya sólo vio lo único que le interesaba, el culo redondo de su

Vicky, como si fuera la diana del bar del Angelito. Se arrancó como un miura, se apoderó del trofeo y tiró de ella, sentándola sobre su regazo. Pero Victoria estaba igual de encendida que él y no tenía ninguna intención de dejarle tomar la iniciativa. Tal como se habían prometido Irina y ella antes de salir a la palestra, iban a darles a ese par de golfos buenos motivos para que no se olvidaran de lo que tenían en casa.

—Quieto, fiero. —Vicky le apoyó una rodilla en cada muslo y Manu quedó hipnotizado por sus pechos, que le quedaban a la altura de los ojos bajo el gran lazo rojo.

—Ese lazo, Vicky. Ese lazo molesta mucho. —Él le llevó las manos al cuello y le acarició la suave piel del escote con un dedo—. Deja que te lo quite.

Pero ella le palmeó las manos y le abrió los brazos, colocándolos sobre el respaldo del sofá.

—Yo me encargo. —Se llevó las manos al escote marinero y jugueteó con la tela roja. Deshizo el lazo muy lentamente, disfrutando de la respiración entrecortada de su marido, que hacía que el pecho le subiera y bajara de un modo muy atractivo, y esta vez fue ella la que se mordió el labio.

Irina salió disfrazada de algún personaje que Manu no reconoció pero, al parecer, Alejandro sí, porque la cara que puso al verla fue de éxtasis total.

—Vicky —susurró—, vamos a la habitación.

Ella apoyó un pie en el suelo y levantó la otra pierna, poniendo el pie sobre el muslo de Manu y dejando ante sus ojos una bota roja que le llegaba hasta las rodillas.

—Tú haz lo que quieras, yo me quedo aquí.

El gaditano alzó mucho las cejas. Ladeó la cabeza para ver si el embajador y su menuda prometida estaban pendientes de ellos, pero Alejandro sólo tenía ojos para Irina.

—No te conocía yo esa vena exhibicionista, *quilla* —susurró deslizando las manos bajo la corta falda de marinerita y agarrándola por el punto en que los muslos se unían a las nalgas.

—Manu, sabes que adoro a Lucas y a Valentina y que no los cambiaría por nada del mundo, pero...

—¿Sí, Vicky? —Él siguió acariciándola bajo la falda, disfrutando de su expresión y de su respiración cada vez más entrecortada. Los dedos grandes y callosos del carpintero eran su perdición, y él lo sabía.

—Echo de menos esto, Manu. Echo de menos poder ir a buscarte a la carpintería cuando no puedo más y que me demuestres que tienes las manos más hábiles al sur del Guadalquivir.

Al oírla, sus manos se vinieron arriba y le demostraron que seguían siendo un equipo perfectamente sincronizado.

—Yo también lo echo de menos, Vicky. No sabes el esfuerzo que tengo que hacer para no ir a buscarte a Gibraltar, tumbarte sobre la mesa de tu despacho y hacer que los monos del Peñón se mueran de envidia.

—Me paso el día fantaseando —admitió ella.

—Y ¿qué piensa esa preciosa cabecita? —Manu le acarició el clítoris por encima de la braga mientras le deslizaba un dedo de la otra mano por debajo de la goma, resiguiéndola de arriba abajo.

A Victoria le fallaron las rodillas.

—A veces estamos en la isla y no llevas más que el taparrabos de hoja de parra.

Él le guiñó el ojo.

—Te moló mi cuerpo serrano en el concurso, ¿eh, Vicky?

Ella acercó la bota a la entrepierna de Manu y la mantuvo allí.

—Reconozco que, cuando te conocí, me vinieron ganas de comerte la boca, a ver si callabas un rato.

—Aaah, la táctica del cansino. Un clásico, *quilla*, no falla nunca. Pues si quieres verme el pecho lobo, aquí lo tienes; es todo tuyo. —Se desabrochó la camisa muy lentamente, con una sonrisa ladeada que era marca de la casa—. Y ¿qué más fantasías tienes ahí dentro, Vicky? Anda, cuéntaselo a tu Manu.

La acarició detrás de las rodillas y ella sintió que las piernas se le convertían en mantequilla. La que tenía sobre la ingle de Manu acabó cayendo sobre su erección, que protestó dentro de los pantalones. Él alzó las caderas sin poder evitarlo, deseando más fricción.

La agarró por las caderas y la sentó sobre él.

—¡Aah! —exclamó Victoria.

—¡Sí! —dijo él al mismo tiempo—. Dime, mi amor, ¿qué fantasía quieres cumplir hoy?

Al ver que titubeaba, Manu dudó. ¿Y si su fantasía era montárselo con Alejandro e Irina? ¿Sexo en grupo? ¿Una orgía? Aunque estaba a gusto, desinhibido y cachondo, la idea de compartir a Vicky con otras personas seguía sacando una parte de él, primitiva y posesiva, que ni ella ni nadie había logrado domesticar.

Al caer sobre Manu, Victoria se había lanzado sobre su pecho y estaba dejando sobre él un rastro de fuego allá por donde pasaba.

—Si está en mi mano cumplirlo, por mí que no quede —susurró—, pero necesito un poco más de alcohol. ¿Me acercas el *chochu*, Vicky?

Victoria le dirigió una mirada entre excitada y divertida. Ése era el efecto que Manu causaba en ella desde que lo conoció. La ponía cachonda a todos los niveles; le despertaba las ganas de comerse la vida a *bocaos*.

—¿El *chochu*, Manu? —Se puso de pie entre las piernas abiertas del gaditano y se acarició un muslo, levantando la falda por el camino—. ¿Me estás pidiendo el licor ese de arroz o me estás pidiendo otra cosa?

Manu quería ladear el cuerpo para saber si el embajador estaba mirando a su Vicky, pero no pudo. Sus ojos estaban presos de la mano de ella, que seguía ascendiendo por su larga pierna con una lentitud desquiciante.

—¿De qué licor me hablas, *quilla*? —Manu sacudió la cabeza de lado a lado y soltó el aire de un solo golpe, con brusquedad—. Jodó, no sabía yo que hacía tanto calor en Japón. —Victoria intentó alejarse y él se lo impidió agarrándola por las caderas—. ¿Adónde crees que vas, criatura?

—Voy a buscarte el *sochu*, maridito.

Él le levantó la falda hasta la cintura y se perdió en los ojos de Victoria, sin importarle si los estaba mirando el embajador o un grupo de turistas japoneses armados con videocámaras.

—Déjate, cari. —Le guiñó el ojo—. Yo me sirvo.

Isla de Sado, Japón

—¡Manu! —lo reprendió Victoria.

—¿Qué pasa, *quilla*? ¿No me digas que no parece el delantal que usa mi madre para preparar los pestiños?

Irina apretó la mano de Alejandro y sonrió. Pensaba que iban a pasar un día solemne en un entorno solemne, pero con los invitados españoles al lado era imposible mantenerse seria. Cuando ellos estaban cerca, todo se descontrolaba. La noche podía subir de temperatura entre copas y disfraces o los planes para el día se alteraban por completo.

No estaba previsto que viajaran a la bonita y tradicional isla situada al oeste de Niigata dos días antes de la boda, pero se alegraba de que hubieran aceptado la invitación de Charles Lampard, el diplomático inglés y padre de Victoria.

Las dos parejas acababan de hacer una visita turística a una aldea tradicional. Un ferri los había devuelto al puerto principal y unas diminutas barquitas redondas, que parecían platos de una atracción de feria, los desembarcaban.

Cuando Victoria había comentado que los sombreros de paja que llevaban los barqueros parecían salidos de una novela de Jane Austen, Manu contraatacó con el comentario sobre los delantales.

Irina barrió el muelle con la mirada, esperando encontrar al padre de Victoria y, sobre todo, a su hermana pequeña, la misteriosa Serena. Le resultaba muy curioso que Alejandro hubiera salido con dos hermanas y conservara una buena amistad con una, pero no con la otra.

Al llegar al muelle, bajaron a tierra y un hombre elegante se acercó a ellos.

Saludó a Victoria con un beso y alargó la mano hacia Manu, que la echó a un lado y se fundió con su suegro en un abrazo sazonado con abundantes palmadas

en la espalda.

—¡Charlie! ¿Cómo estamos?

—Humm, *fine, thanks*.

Mientras Charles saludaba a Alejandro, Manu le dijo a Victoria:

—Menos mal que los niños no han salido al sieso de su abuelo, Vicky. Me llega a salir un hijo *estirao* y flemático y me da algo.

Irina trató de mantenerse seria mientras Alejandro le presentaba al exembajador, que tenía un alto cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico.

—*Congratulations on your wedding*. —Charles Lampard felicitó a la pareja por su próxima boda.

—Puede hablar en español —replicó Irina, dando por hecho que el diplomático hablaría el idioma de su hija—. Así nos entendemos todos.

Charles puso cara de haberse tragado un sapo crudo.

—Español hablo poquita.

—Mejor, suegro, así no sueltas ningún *borderío*. —Manu se volvió hacia Irina y susurró—: Es sieso como él solo. Lo de la flema británica lo inventó alguien que lo conoció, lo que yo te diga, *quilla*. No pasa *na*, Irina del Carmen. Vicky me ha estado enseñando inglés. ¡*Speak* tranquilamente, *quilla-san*! —Se volvió hacia Victoria orgulloso—. ¿Lo ves?, los idiomas no tienen secretos para mí.

Alejandro y Victoria intercambiaron una mirada cómplice que a Charles no le pasó por alto. Lo de ese hombre con las mujeres se le escapaba. Sí, era alto, atractivo y tenía ese aire de *latin lover* que las volvía locas, pero ¿cómo podía esa japonesita que parecía una mujer tradicional casarse con él? ¿No se daba cuenta de que le sería infiel en cuanto le diera la espalda? Esos españoles católicos eran unos promiscuos que se dejaban arrastrar por los bajos instintos. Nunca llegarían a ser una civilización avanzada como la británica o la japonesa, ya que pensaban con la bragueta.

—¿Dónde está Serena, Charles? —le preguntó Alejandro.

El inglés miró la hora y se aclaró la garganta incómodo.

—*Sorry*. Ya debería estar aquí. Ha ido un momento a...

—¡Yujuuuuu! —La estridente voz de Serena les llegó desde el mar.

Ella también viajaba en una barquita redonda, pero su gondolero particular no se parecía a los otros. El barquero de Serena no llevaba ni gorro de paja ni delantalito blanco, ni falta que le hacía. Con su metro ochenta y pico de altura, podría haberse presentado a un concurso de guapazos nipones en camiseta.

—Caramba. —Irina buscó a Victoria con la mirada—. ¿Ésa es tu hermana?

Vicky suspiró.

—Serena Lampard en su salsa —confirmó—. Lo único que le falta son un par de amigos grabándola con el móvil para subir la escena a las redes sociales.

—*Arigato gozaimasu!* —exclamó Serena al tocar tierra, despidiéndose alegremente del gondolero.

—¿Qué dice? —le preguntó Manu a Irina—, ¿que ha *gozao* mazo?

Ella rio tapándose la boca.

—Dice que muchas gracias por las molestias.

—Muy molesto no parece el barquero. —Alejandro alzó una ceja.

Él había sido víctima del tifón Serena, que cuando veía algo que le gustaba iba a por ello, ya fuera una falda de moda, un embajador español en Montevideo o un gondolero japonés en la isla de Sado. Apretó la mano de Irina, sintiéndose protegido por su presencia. No es que Serena le diera miedo..., bueno, sí, lo admitía, un poco de miedo le daba. Esa mujer era impredecible. Tenía la madurez emocional de una niña de cuatro años aproximadamente y su mantra en la vida era: «¡Lo quiero, lo quiero, lo quiero!», menos cuando lo cambiaba por el otro: «¡Lo quiero ya!».

Victoria no le había hablado a su hermanastra de la boda de Alejandro y su viaje a Japón, pero en la diplomacia internacional era muy difícil guardar un secreto. Charles se había enterado y durante la cena lo había comentado con su esposa Louisa y su hija Serena. Cuando la pequeña de los Lampard se enteró de que Victoria iba a asistir a la boda de Alejandro, le pidió a su padre que le asignara alguna misión extraoficial para dejarse caer por Japón. Charles, que era feliz cuando su hija menor mostraba interés por algo que no fuera la ropa o las redes sociales, le habló de un homenaje. Le dio detalles, pero Serena desconectó en cuanto empezó a hablar. Le daba igual si era un homenaje al sushi o a

Godzilla, lo que no podía soportar era que Victoria le robara el protagonismo una vez más.

Charles y su hija confirmaron su asistencia al homenaje que el Reino Unido celebraba en agradecimiento a los isleños que acogieron a los tripulantes de un avión militar caído en la isla meses después del final de la segunda guerra mundial, y que los ayudaron a construir una pista de aterrizaje en la playa para que pudieran despegar. Y allí estaban.

Ya en Sado, Serena le pidió a su padre que hablara con Alejandro mientras ella hablaba con Victoria. Las dos parejas, que estaban tomando un *brunch* juntas tras la noche de desenfreno, habían llegado a la conclusión de que lo mejor iba a ser aceptar la invitación al homenaje. Si Serena tenía su rato de protagonismo, se daría por satisfecha y los dejaría disfrutar de la boda en paz..., o eso esperaban.

—*Shame on you*, tito Álex —lo reprendió Serena, acusándolo de ser un sinvergüenza mientras lo abrazaba y aprovechaba para pellizcarle el culo.

Irina, que no le quitaba los ojos de encima, salió al rescate.

—Cariño, ¿no me presentas a tu amiga?

Alejandro apartó a Serena todo lo que daban de sí sus largos brazos.

—Claro, ella es Serena Lampard. Serena, ella es Irina Tanaka, mi prometida.

Las dos mujeres se retaron con la mirada y se examinaron de arriba abajo como si fueran mariscales de campo contando piezas de artillería antes de una batalla a campo abierto.

Luego se acercaron y dieron dos besos al aire, sin llegar a rozarse la cara.

—Su prometida y experta en judo, kárate, aikido, *sojutzu* y *ninjutzu* —le susurró Irina al oído. No era cierto, pero Serena no tenía por qué saberlo.

Esta última le dirigió una mirada entre sarcástica y sorprendida.

—Vaya, y yo que pensaba que los diplomáticos os dedicabais a promover la paz... —murmuró—. Yo no domino las artes marciales, pero en Inglaterra somos expertos en la caza de zorras..., digo, del zorro, así que guarda las garras, que no he venido a quitarte nada.

Las dos mujeres se fulminaron con la mirada antes de volverse hacia los demás, que las miraban expectantes. La diplomática japonesa y la *socialité*

británica les ofrecieron una sonrisa con tantos dientes que habría hecho las delicias de la Pantoja.

—Vamos. —Alejandro carraspeó—. La guía nos espera.

Los ojos brillantes fueron la tónica de la jornada. Si Serena se aseguró de que los suyos brillaran gracias a las sacudidas del remo de un gondolero, los de los demás se fueron uniendo al brillo tras la visita a la fábrica Hokusetsu donde cataron varios sakes y otros licores típicos de la isla antes de ir a comer a un restaurante.

—¿Espetos no tienen aquí? —preguntó el gaditano.

—Me temo que no. —Irina hizo una mueca de solidaridad—. ¡Qué ganas tengo de volver a España y tomar un buen *pescaíto* frito!

—Ole, qué arte tiene Irina del Carmen. —Manu alzó la copa una vez más. Ya había perdido la cuenta de los brindis de la jornada—. Por las japonesitas guapas, que quitan el *sentío*.

—Pero por pescado no va a ser, Manu —lo tranquilizó Alejandro—. Esto es el paraíso del sushi.

—No soy yo muy de *chuchi*, tío.

—¿Has probado el *toro*? —preguntó Irina—. Es lo mejor que hay.

—¿El toro? —Manu frunció el ceño—. Hombre, algún guiso de rabo he comido en el bar del Angelito, pero...

Alejandro e Irina intercambiaron una sonrisa. Ella le fue mostrando las distintas partes del atún, el *toro*, el *otoro*, el *chutoro*...

—Frena, *quilla*, que esto parece la Feria del Carmen de San Fernando con tanto toro y tanto cuerno...

—Uy, lo de los cuernos vamos a dejarlo —comentó Serena, mirando a Irina con la clásica retranca de Belgravia, que no es como la de Cádiz, pero tiene tela.

Irina le pidió algo a uno de los camareros que los atendían, que regresó poco después con un plato lleno de raspas de pescado.

—Sí, gracias, es para ella. —Señaló a Serena—. Es la típica comida que

damos en Japón a las gatas.

—¿A quién llamas tú gata? —Serena se echó hacia atrás en la silla—. Que tú serás experta en *fujitsu*, pero yo no me pierdo ni unas rebajas en Harrods, y hasta ahora nadie me ha quitado nada que me hubiera entrado por los ojos.

—Los ojos te voy a arrancar yo a ti como no te alejes de Alejandro —replicó Irina en tono calmado. Si alguien los estuviera mirando desde lejos pensaría que la comida estaba siendo de lo más cordial—. Esas manos, donde yo pueda verlas.

—No, Serena —intervino Alejandro para calmar los ánimos, apartando la mano que la británica le había apoyado en el muslo y poniéndola encima de la mesa—. *Fujitsu* es una empresa de tecnología. El padre de Irina tiene una empresa de repostería. ¿Conoces los pastelitos de Doraemon?

—Serena, *behave yourself*. —Charles Lampard, que ya se había arrepentido de haberle hecho caso a su hija, le pidió que se comportara.

—Va a ser un día largo —le susurró Victoria a Manu antes de seguir comiendo.

Por suerte, los organizadores del acto se encargaron de llenar el resto de la tarde. Bajaron la comida paseando por caminos rurales, disfrutando de la naturaleza, y Manu las hizo reír a todas en su empeño de entender el japonés.

—Ha dicho «curvas», eso lo he entendido perfectamente, *quilla*. Es que soy experto en la materia, ¿a que sí, Vicky? —Bajó un poco la mano con que la agarraba por la cintura hasta reencontrarse con sus amigas, las curvas de su cadera y sus nalgas.

—En japonés, *kurva* significa «morera», Manu-san —lo informó Irina con una sonrisa.

—Bueno, en morenas también soy experto. —Manu le guiñó el ojo y luego señaló a la guía de otro grupo con el que acababan de cruzarse—. ¡Esta vez, sí! Ha dicho «orino», lo he oído claramente. Se está meando la pobre guía-san.

—¡*Orino* significa «campesina»! —Irina se estaba divirtiendo tanto con Manu que casi se había olvidado de la hermana de Victoria.

El grupo disfrutó muchísimo con la cabalgata de carrozas que recorrió las calles con personajes famosos de los cómics y la cultura pop japonesa. Cuando

vieron pasar una carroza dedicada a Sailor Moon, las dos parejas intercambiaron miradas cómplices que despertaron la envidia de Serena. Y, aunque también vieron pasar numerosos Pokémon, el rey absoluto era Doraemon. Cuando en un puesto callejero vieron cómo elaboraban decenas de pastelitos parecidos a magdalenas con la forma del gato cósmico, Manu y Victoria no pudieron resistirse a comprar una docena para llevarles a los niños.

—Se pondrán duros, chicos —les advirtió Irina—. Ya os daré unas cajas de productos Tanaka. O, mejor aún, os los haré llegar a casa y así no tenéis que cargarlos.

Manu palmeó la espalda de Alejandro.

—Pero ¡qué maja es tu chica, De los Bosques! No sé qué haces aquí. Anda, ve a casarte con ella antes de que te la levante otro.

—Venga, comparte esos pastelitos. —Irina les guiñó el ojo—. Como dice un milenarior refrán japonés: «Los pastelitos, blandos; los culos, duros».

Alejandro alzó las cejas.

—No conocía ese refrán.

Irina cogió un pastelito recién hecho y se lo metió en la boca.

—Come y calla, embajador.

Durante el acto de homenaje que se llevó a cabo al anochecer, Charles Lampard saludó con una inclinación de cabeza y bajó de la tarima desde la que había dado las gracias a los habitantes de la isla, no sólo por haber acogido a los que habían sido sus enemigos durante la guerra, sino por haber aprendido inglés para poder entenderse con ellos en un acto de amabilidad poco común. Por desgracia, lo normal en esas circunstancias habría sido dejarse llevar por el odio, las ansias de revancha o, en el mejor de los casos, por la indiferencia.

Charles alabó el heroísmo de los isleños, que arrastraron el avión con redes de pesca hasta la playa y, una vez allí, pasaron cuarenta días construyendo una pista de medio kilómetro de longitud para que el avión militar pudiera despegar.

Hasta Manu acabó emocionado por lo épico de la historia.

—Se lo contaré a los chicos —le comentó a Vicky al oído—, esto merece una buena copla.

—Buena idea —replicó ella con los ojos brillantes por la emoción que le causaba la solidaridad entre los pueblos.

Hubo numerosos brindis, más comida y más sake y, cuando estaban a punto de retirarse, Serena aprovechó el estado de exaltación de la amistad en que se encontraban para conseguir el auténtico objetivo de su viaje.

—Me ha encantado verte, Alejandro. Ya se sabe que en todas las familias hay piques, pero seguimos siendo familia en lo bueno y en lo malo. Entiendo que te diera corte invitarme después de que te dejara, pero me encantará acompañaros el día de vuestra boda. ¡Claro que sí! Si los japoneses perdonaron a los británicos, ¿cómo no vamos a arreglar nosotros nuestras diferencias?

El embajador quedó colapsado. No sabía por dónde empezar a negarse. ¿Le recordaba que ellos no eran familia? ¿Que si no la había invitado no había sido por vergüenza, sino porque no la quería a su lado en un día tan especial?

—¡Ay, qué mono eres! Te embarga la emoción. ¡No se hable más! —Serena agarró a su padre del brazo y se alejó de allí antes de que alguien pudiera reaccionar—. *See you all at the wedding!* ¡Nos vemos en la boda!

Tres caras asombradas se volvieron hacia Alejandro.

—¿La has invitado a la boda? —preguntó Irina con la voz cada vez más aguda.

—No lo he hecho. —Alejandro se rascó la cabeza—. Vamos, juraría que no lo he hecho. —Tragó saliva—. Si lo he hecho, no me he dado cuenta.

Manu y Victoria intercambiaron una mirada.

—¡Será lianta la Serenísima! —exclamó Manu.

—No te enfades con Álex —añadió Victoria—. Serena es como la serpiente de *El libro de la selva*. Es capaz de hacer que cualquiera crea que ha dicho lo que no ha dicho. —Sacudió la cabeza—. Tiene ese efecto en las personas.

—No te preocupes, Irina-san —la animó Manu—. Vicky y yo nos encargaremos de controlarla para que no te la líe en la boda. ¿A que sí, Vicky?

Victoria trató de sonreír, pero le salió una mueca llena de dientes. Conseguir que su hermanastra no la liara era más difícil que lograr un acuerdo entre Japón

y Rusia por la soberanía de las Kuriles.

—Por supuesto. Todo saldrá redondo, ya lo verás.

Embajada de España en Tokio, Japón

—¡Por fin llegó el gran día! —Lupe suspiró al ver entrar a la novia en la embajada del brazo de su padre.

—Pero ¡qué guapa estás! —Akita, que al igual que Lupe llevaba horas preparándolo todo para que la embajada estuviera perfecta, formaba parte del comité de recepción, cuya misión principal era impedir el paso de examantes rencorosas.

Irina no había querido que las damas de honor fueran todas vestidas del mismo color ni había hecho ningún otro tipo de petición. Sólo deseaba que todo el mundo se sintiera cómodo y a gusto.

Ichiro no había permitido que Alejandro se ocupara de los gastos de la boda y había dado carta blanca con el presupuesto. Cuando Akita propuso que la decoración floral fuera a base de las flores nacionales de España, Japón y Rusia, a los novios les había parecido una idea preciosa y las dos mujeres se habían puesto manos a la obra. Flores de cerezo, camomilas y claveles adornaban las mesas y las sillas que formaban el pasillo central que recorrerían los novios.

Y, mientras Irina se acercaba a las dos funcionarias con una gran sonrisa, Lupe le pidió que diera una vuelta para verle las flores de cerezo que le adornaban el recogido.

—Pero ¡qué preciosa estás! —Lupe se cubrió la boca con las manos emocionada.

Ni Irina ni su padre eran personas religiosas ni demasiado tradicionales, por eso ella no había querido casarse por el rito sintoísta. Alejandro tampoco era católico practicante, así que se decantaron por una ceremonia civil que ofició el

embajador japonés en Madrid, amigo de Alejandro, que se había desplazado a Tokio para la ocasión.

Irina llevaba un vestido de líneas sencillas, blanco con un cinturón color rosa palo, como las flores de *sakura* que llevaba en el pelo. Vicky la había ayudado a vestirse esa mañana y se habían asegurado de que cumpliera la tradición de las novias españolas: algo nuevo, algo viejo, algo prestado y algo azul.

El vestido era nuevo. Los zapatos eran viejos —no muy viejos, pero ya los había llevado en alguna ocasión— y muy cómodos, aunque los había hecho forrar con la misma tela de raso del cinturón y parecían nuevos. Los pendientes se los había prestado Victoria y, aunque la ropa interior era de encaje color rosa palo, llevaba una liga azul, de la que esperaba librarse cuanto antes.

—¿Ha venido? —preguntó Irina ansiosa.

—¿Quién, niña?

—¿Quién va a ser, Lupe? ¡Alejandro!

Las dos funcionarias se miraron y sacudieron la cabeza.

—¡Claro que ha venido! Lleva media hora dando vueltas; va a desgastar la alfombra.

—Paquita —les llegó la voz del Golfo de Cádiz desde la puerta de la sala de actos—. ¿Ha *llegao* la novia? ¡Ah, sí, gracias a Dios! —Se llevó los dedos unidos a los labios y le lanzó un beso—. ¡Ole las novias guapas!

Irina alzó una ceja.

—¿Paquita?

Akita se encogió de hombros.

—Ese chico es tan guapo y tan salado que puede llamarme como quiera.

Manu había vuelto a entrar para anunciar la llegada de la novia. Las notas de *A Thousand Years*, la canción de la película *Crepúsculo* que era una de las favoritas de Irina, acompañaron su entrada en la sala y su recorrido hasta el altar improvisado donde la esperaba Alejandro.

A Irina se le secó la boca al verlo. Aún le costaba entender que un hombre tan impresionante como él se hubiera fijado en una chica tan poco llamativa como ella, pero la emoción que leía en sus ojos no engañaba. La quería a ella, a nadie más que a ella.

Aunque tenía la vista al frente y no la apartaba de los ojos de Alejandro, a medio camino oyó la inconfundible voz del gaditano:

—¿Has visto lo guapa que va, Vicky? Casi tanto como tú.

Irina se volvió un instante hacia sus amigos. Efectivamente, Victoria era un espectáculo. La guapa y alta morena se había puesto un kimono estampado con grandes flores que dejaba uno de sus hombros al aire. Llevaba la melena recogida hacia un lado y detrás de la oreja un clavel reventón, rojo como sus labios.

Victoria sonrió a Irina, dándole ánimos para acabar de recorrer el pasillo, pero la novia no necesitaba más aliciente que los ojos del novio, tan brillantes que parecían de chocolate fundido.

—Es un placer unir hoy los destinos de dos personas que han llevado su pasión por las relaciones internacionales del ámbito profesional al ámbito personal —empezó diciendo el embajador japonés.

Aunque el oficiante habló en japonés, en inglés y en español, la ceremonia no fue muy larga. Tras el discurso inicial, los novios intercambiaron los votos. Alejandro se volvió hacia Irina y la tomó de las manos.

—Irina del Carmen Tanaka Korsakova, llego ante ti con todos mis defectos, que conoces bien —ella alzó una ceja y se oyó algún carraspeo en la sala—, pero también con la experiencia que me ha dado la vida y la motivación de ser cada día mejor persona. Quiero ser el hombre que una mujer como tú merece, para que no me dejes nunca. Irina, ¿quieres ser mi compañera de camino? Te prometo amarte, cuidarte y respetarte. —Le apretó las manos—. A ti, sólo a ti.

Irina tenía ganas de reír y llorar a la vez, pero se obligó a contener las emociones para pronunciar sus votos.

—Alejandro de la Encina y del Roble, llego ante ti con mi juventud y mi falta de experiencia, pero con todo mi entusiasmo. Quiero aprender a tu lado y que tú aprendas de mí; quiero que aprendamos juntos. Te prometo amarte, cuidarte y respetarte. —Le apretó las manos y le dirigió una sonrisa irónica—. A ti, sólo a ti.

—Alejandro de la Encina y del Roble, ¿aceptas a esta mujer como esposa?

—Sí, acepto.

—Irina del Carmen Tanaka Korsakova, ¿aceptas a este hombre como esposo?

—Sí, acepto.

—Pues, en virtud de las facultades que legalmente me han sido otorgadas, os declaro desde este momento marido y mujer.

Alejandro e Irina dieron un paso al frente y, sin esperar a que nadie les diera permiso, unieron sus labios en el beso que llevaban toda la ceremonia dándose con los ojos.

La canción elegida para la salida de los recién casados fue *Asturias patria querida*, en homenaje a Alejandro, nacido en Avilés y ciudadano del mundo. La versión instrumental, tocada por un grupo de gaiteros, no dejó un ojo seco en toda la sala.

Con las emociones a flor de piel, los novios recorrieron el pasillo en dirección al vestíbulo, entre aplausos, vivas a los novios y pétalos de flor de cerezo lanzados al aire.

Varios camareros ofrecían delicias japonesas y españolas a los invitados que se habían reunido en el gran vestíbulo de la embajada. No faltaron los cónsules honorarios de España en Sapporo, Osaka, Takamatsu, Nagoya y Fukuoka, ni la familia de Irina por parte de Ichiro.

Los padres de Alejandro habían fallecido hacía años. Su única familia en España eran sus tías y sus primas, que habían declinado su invitación. Las palabras exactas de su tía mayor habían sido: «Alejandro, cuando quieras, te pasas por Avilés y celebramos una boda como Dios manda en la iglesia de Sabugo nueva».

Alejandro e Irina siguieron recibiendo las felicitaciones y los buenos deseos de los invitados. Al ver que un hombre elegantemente vestido les ofrecía una bandeja llena de bombones Ferrero Rocher, Irina alargó la mano, pero al alzar la vista hacia el camarero vio una cara familiar que le estaba dirigiendo una sonrisa canalla.

—Señor embajador, ¡con sus bombones nos ha *conquistao*, *pisha*! —exclamó Manu—. Ea, siempre había tenido ganas de decir esto.

—¿Te has quedado a gusto, cariño? —Victoria se aguantaba la risa a su lado.

—¡Lesmes! ¡Martina! ¡Habéis venido!

Mientras Alejandro se fundía en un abrazo apretado con el embajador de España en Buenos Aires, Martina felicitaba a la novia. Vicky, que había conocido a la pareja durante su estancia en Montevideo, hizo las presentaciones.

Manu se encargó de que una bandeja de copas de cava llegara hasta ellos para poder iniciar la ronda de brindis. Lesmes Sainz de Heredia hizo los honores y, mientras alababa la figura de Alejandro y le deseaba toda la felicidad del mundo junto a su esposa, Irina se dio cuenta de que Lesmes era mucho más que un colega, era como un padre para él.

Miró a su alrededor, buscando al suyo. Ichiro era un hombre tan discreto que podía llegar a parecer distante, aunque nada más lejos de la realidad. Lo vio charlando con una mujer y le hizo señas para que se acercaran. Cuando llegaron junto al grupo, Irina le hizo una respetuosa reverencia, pero Ichiro, emocionado, la abrazó.

—Irina, te presento a Anna, funcionaria de la embajada de Ucrania. Nos encontramos hace poco en una fiesta y... nos estamos conociendo.

Irina paseó la vista entre su padre y la mujer morena de unos cuarenta años que la estaba mirando con picardía. Sabía que Ichiro había tenido amigas especiales a lo largo de los años, pero era la primera vez que le presentaba a una. ¡Y el día de su boda nada menos! La cosa parecía seria.

—Encantada, Anna —la saludó—. Gracias por acompañarnos en un día tan especial. —Irina se inclinó en una respetuosa reverencia, pero la ucraniana se acercó a ella para besarla en la mejilla. Cuando acabaron de darse los dos besos, Anna añadió un tercero.

—Caramba, qué cariñosa —comentó Manu—, no me extraña que te haya camelado, Ichiro.

El empresario se echó a reír.

—Es la costumbre ucraniana —comentó sonriente—. He descubierto que me encantan las costumbres ucranianas.

—Me alegro mucho, suegro —Alejandro le dio una palmada a Ichiro en la espalda tras saludar a Anna—, ya sabes lo que se dice: de una boda sale otra.

Pero Ichiro se había quedado inmóvil y muy pálido.

—Caramba —le susurró Alejandro a Irina al oído—, no sabía que tu padre

era alérgico al matrimonio.

—¿Tenía que ser ucraniana, Ichiro? —recriminó una voz de soprano difícil de ignorar—. ¡No sé cómo me he dejado convencer de que venir sería una buena idea, mamá!

«¡Olguina! ¡Mi madre ha venido! ¿Ha venido con su mamá?»

Irina buscó con la mirada entre los invitados que los rodeaban, cada vez más abundantes. La imagen de su abuela, una mujer severa pero amable con ella, se abrió paso entre la nebulosa de los recuerdos de su infancia. Sabía que era imposible que se acordara de ella, ya que había salido de Rusia muy pequeña, pero su padre se había encargado de pedirle fotos de la familia a Olguina. Gracias a esas fotos, Irina reconoció a la anciana que la observaba con altivez pero también con orgullo en la mirada.

Le dirigió una profunda reverencia. A su lado, Alejandro hizo lo mismo. Descolocados, el resto de los invitados se fueron inclinando hacia la anciana, que los hizo levantar con un gesto de la mano. Su abuela era la viva imagen de una zarina.

—Gracias por venir, mamá —le dijo Irina a su madre, emocionada—. Y gracias por traer a la abuela Calina; es el mejor regalo de bodas que podrías haberme hecho.

Olguina, que no había dejado de fulminar a Anna y a Ichiro con la mirada, carraspeó con fuerza para mostrar su indignación, pero Calina llevaba todo el trayecto desde su dacha, situada a las afueras de San Petersburgo, leyéndole la cartilla. Era la boda de Irina. No había sido la mejor madre del mundo, pero si le fallaba a su hija en un día tan especial, se arrepentiría toda la vida. Eso había dicho Calina, y Olguina se estaba arrepintiendo ya, pero de haber acudido.

La noche de pasión que había compartido con Ichiro tiempo atrás la había afectado más de lo que quería reconocer. Llevaba semanas de lucha interna entre lo que su cerebro le decía que era lo correcto y los gritos de auxilio de su corazón, que llevaba demasiados años prisionero, sobreviviendo a pan y agua en la cárcel en la que Olguina lo había encerrado antes de lanzar la llave por la borda del barco de la vida diplomática.

La boda de Irina le había dado la excusa perfecta para volver a Tokio, para

enfrentarse de una vez por todas al único hombre que la removía por dentro, pero lo que horas atrás le había parecido buena idea había resultado ser un fiasco tan grande como la desconfianza histórica entre rusos y ucranianos.

Al oír cómo Ichiro presentaba a su pareja, había tratado de reaccionar con la diplomacia y la frialdad que formaban parte de su día a día, pero había sido incapaz. No entendía lo que le estaba pasando. Era como si se hubiera bebido tres botellas de vodka y alguien le hubiera lanzado una cerilla encendida al estómago. Se estaba quemando por dentro y la sensación no tenía nada que ver con la lujuria. Lujuria era lo que había sentido al conocer a Alejandro, una emoción temporal, un rascarse cuando te pica, pero eso era distinto.

No se dio cuenta de que estaba aniquilando a la ucraniana con la mirada hasta que ésta se escondió detrás de su pareja. Y lo más curioso de todo fue que, cuando su mirada se encontró con la de Ichiro, él la estaba contemplando como siempre, con el corazón en los ojos.

—¿Alcalina? —La voz de Manu rompió la tensión del momento—. ¿Tu abuela se llama Alcalina, Irina? Anda, Vicky, ¡como las pilas! Me la imagino bailando los Pajaritos en Benidorm, ¡seguro que sale volando de tanto mover las alitas!

El resto de los invitados pareció calmarse al oír la potente voz del gaditano. Aunque casi ninguno entendió sus palabras, su amplia sonrisa y su alegría de vivir eran muy contagiosas.

Lupe y Akita hicieron correr el cava y el sake, esperando que funcionaran como lubricante para lo que prometía ser un convite tenso, pero no contaban con un arma más letal que una bomba atómica, algo capaz de poner fin a una fiesta más rápidamente que el *Enola Gay* a una guerra mundial.

—¿No me habéis esperado? —canturreó Serena con una voz que destilaba una dulzura tan falsa como la del líquido que dan para medir los niveles de azúcar a las embarazadas—. Caramba, menuda reunión. ¡Qué bonito es ver a la familia unida! —Se acercó a Irina para darle su regalo de bodas, más envenenado que la manzana de Blancanieves—. No tan unida como cuando Alejandro se tiró a tu madre en casa de mi padre, pero casi. Nunca he visto a una

suegra y a un yerno tan unidos, ¿Te acuerdas, Victoria? Qué pregunta tan tonta, esas cosas no se olvidan.

Ichiro y Calina agacharon la cabeza.

Lupe le susurró al oído a Akita:

—¿La suegra también? Yo me rindo; a este embajador le salen bombones por todas las esquinas.

—Lo hemos intentado, pero esto no hay quien lo remonte. ¿Con su madre? Eso no es un bombón cualquiera.

—¡Es una bomba!

Victoria, harta de que su hermanastra se dedicara a arruinarle la vida a todo el mundo por puro aburrimiento y afán de protagonismo, se acercó a Serena, la agarró por la melena y se la llevó a rastras fuera de la embajada entre los gritos indignados de ésta.

Irina se sentía como una ficha de dominó en una larga fila. Serena había derribado la primera ficha y las demás habían ido cayendo una tras otra. Nunca se había sentido tan traicionada.

¿Alejandro con su madre? Se habría echado a reír por lo absurdo de esa acusación de no ser por las caras de culpabilidad de todos los que la rodeaban. Su madre lo sabía de primera mano —no quería pensar en ello o se volvería más loca que Uma Thurman en *Kill Bill*—, y su flamante marido obviamente también. Pero es que era evidente que Ichiro estaba en el ajo. Y Victoria. Lo que significaba que el gaditano también. Había compartido risas y juegos eróticos con ellos pensando que estaba entre amigos, pero estaba entre serpientes. ¡Todos, absolutamente todos la habían traicionado!

Alejandro se acercó a su esposa, pero la mirada de odio de Irina lo detuvo en seco, como si acabara de apuñalarlo.

«Bien, así ya sabe lo que se siente.»

—Hija, yo quería... —Olguina fue la siguiente en recibir la mirada asesina de Irina, más letal que el aliento atómico de Godzilla.

Calina se acercó a su nieta con decisión, la agarró por la cintura y se la llevó hacia la salida.

Frente a la embajada, Serena y Victoria estaban arreglando sus diferencias

con la misma diplomacia que el ejército de los hunos entrando en Roma.

Irina, que necesitaba liberar su frustración de alguna manera, estuvo a punto de unirse a la pelea, pero su abuela no lo permitió. Llevó a su nieta hasta el coche que la esperaba a la entrada y la hizo subir.

—Arranque —ordenó.

—¿Adónde vamos, señora?

—A casa.

Campiña cercana a San Petersburgo

—¿Hay suficiente leña, *bábushka*? —le preguntó Irina a su abuela.

—No, sigue cortando.

—Llevo tres horas cortando leña.

—El invierno ruso es muy largo.

Irina suspiró y se secó el sudor de la frente. Por el camino que llevaba a la dacha, la casa de campo de la familia de su abuela, vio acercarse a su madre. Meses atrás, la idea de pasar tiempo con su madre y su abuela la habría hecho la mujer más feliz del mundo, pero todo había cambiado en un segundo. El poder destructor de la boca de Serena había sido letal, algo parecido a la aparición de la bruja durante el bautizo de Aurora en *La bella durmiente*. Había transformado un momento de felicidad en vergüenza, traición y dolor con una sola frase.

Apenas recordaba el viaje hasta la casa que la había visto nacer. Las horas posteriores a su boda no habían pasado como esperaba, entre brindis y bailes, sino en una nebulosa parecida a una pesadilla de la que todavía no había despertado.

El coche las había conducido al aeropuerto. Mientras esperaban un avión que las llevara a Rusia, Olgina se había reunido con ellas. Irina se había levantado para irse; no quería saber nada de su madre y no pensaba perdonarla nunca, pero Calina había seguido al mando de la situación, como un capitán curtido en los siete mares al timón de su viejo barco durante una tormenta.

«Volvemos a casa las tres y no se hable más. Tenemos muchas cosas que aclarar, pero hoy no.»

Si algo había aprendido Calina en su infancia era que hasta los enemigos más recalcitrantes podían llegar a entenderse si tenían un objetivo común y

trabajaban codo con codo para conseguirlo. Por eso había puesto a madre e hija a trabajar. Mientras cortaban leña, araban el huerto, reparaban el cercado o recogían bayas silvestres para hacer mermelada, las dos mujeres soltaban parte de la rabia que llevaban dentro y se amansaban para cuando llegara el enfrentamiento que, antes o después, tendría que llegar.

Irina siguió cortando leña, pero, cuando su abuela entró en la casa, tiró el hacha al suelo y se acercó al río para refrescarse un poco y, de paso, no tener que hablar con su madre. La dacha estaba situada en un lugar muy tranquilo, así que se quitó el peto vaquero y la camisa de flores que le había dejado su abuela y metió los pies en el río.

—Oh, ¿quién te va a ver?, ¿los urogallos?

Volvió a la roca donde había dejado la ropa y añadió bragas y sujetador al montón. Totalmente desnuda, se sumergió en la fría agua del río. Apoyó la cabeza en una roca, se afianzó con la mano en otra y dejó que la corriente se llevara el sudor y las preocupaciones por un rato.

El sol se colaba entre las ramas de los árboles. La cercanía del lago Ladoga atraía a centenares de pájaros, el lugar era un auténtico paraíso. Si su madre no hubiera sido tan egoísta, podría haber disfrutado de veranos con su abuela, pero no, para la gran Olguina no existían más que sus deseos.

«¿Quiero una carrera como esposa de embajador y mi hija me molesta? —refunfuñó, imitando la voz de su madre—. La envió con su padre. —Tomó una piedra del fondo del río y la lanzó al agua, provocando que un pez diera un brinco en el aire—. ¿Quiero tirarme a un joven diplomático español durante una fiesta en Londres? ¡Me lo tiro!»

—Supongo que no me creerás nunca —Irina se sobresaltó al oír la voz de su madre a su espalda—, pero siempre quise lo mejor para ti.

Trató de ponerse de pie rápidamente para huir, pero Olguina cogió su ropa y la tiró al río.

—Pero ¿qué haces?

Mientras Irina pescaba su ropa y se cubría el pecho con ella, su madre se desnudó y dejó su ropa donde hacía un momento estaba la de su hija, que la miró con indignación.

—No hay bastantes rocas en Rusia, ¿no? ¡Necesitas la mía! Ya veo que lo de Alejandro no fue casualidad, ¡lo tuyo son celos compulsivos!

Olguina le quitó la ropa a Irina y la puso a secar junto a la suya.

—No necesito que... —trató de protestar la joven.

—Calla y siéntate.

Irina se echó a reír.

—¿Ahora pretendes hacerme de madre? Un poco tarde, ¿no crees?

—No pretendo nada, sólo aclarar las cosas. —Con la mano, volvió a invitarla a que se sentara en medio de la corriente, y ella hizo lo mismo. Durante unos segundos, lo único que se oyó fue el agua saltando sobre las rocas, el canto de las aves y el zumbido de los insectos—. Eres lo mejor que he hecho en la vida, Irina, aunque soy consciente de que eres mucho más obra de tu padre que mía.

Ella alzó una ceja. No sabía qué pensaba decirle su madre, pero, desde luego, eso no se lo esperaba.

—No estoy orgullosa de cómo he vivido mi vida. Pronto cumpliré cincuenta años...

—Aún te falta, mamá.

Olguina sonrió.

—¿Lo ves? Te he puesto en bandeja una oportunidad de machacarme y, en vez de eso, me consuelas. Eres hija de Ichiro, el mejor hombre que he conocido nunca.

—¿Y Yuri?

Olguina bajó la mirada hacia el agua y suspiró.

—Yuri es buen embajador, pero no es buen marido y nunca habría sido buen padre. —Volvió a mirar a Irina—. Me he arrepentido mil veces de haberte llevado con tu padre. La vida de esposa de diplomático es muy solitaria y te he echado de menos más veces de las que creías, pero sabía que Ichiro te daría todo el amor y la atención que yo no podía darte. Tenía miedo de tirar por la borda una carrera profesional que tantos sacrificios me había costado. —Resopló y golpeó el agua con la palma de la mano—. ¡Me oigo y me daría de bofetadas! ¿Cómo he podido vivir tan ciega? ¡No tengo nada! Renuncié a mi hija por no perder una carrera diplomática, ¡pero yo no soy diplomática! No soy más que un

florero al lado del embajador, una secretaria de lujo, una esposa consentidora que cierra los ojos cada vez que su marido...

—¿Te ha sido infiel?

Olguina sacudió la cabeza y rio sin ganas.

—Oh, sí. Muchas veces. Cuando asalté a Alejandro en la biblioteca de los Lampard, acababa de descubrirlo con su amante londinense. Estaba furiosa y eché mano del hombre más guapo de la fiesta.

«No, si mal gusto no tiene la cabrona», se dijo Irina, lanzando una nueva piedra al centro del río.

—No hace falta que te corrija con lo de los celos, ¿no? Sé que ahora mismo me odias, pero cuando me acosté con tu marido tenías diez años. En mi mente eras mi bebé, nunca se me habría pasado por la cabeza...

—Ya lo sé —admitió Irina—, pero ¿por qué no me lo contaste? Me duele más la traición que el hecho en sí...

Olguina se inclinó hacia su hija.

—Quería hacerlo. Fui a Tokio a advertirte de que no lanzaras tu carrera por la borda por ese hombre. Y, cuando lo vi, le di una bofetada en previsión de todas las veces que te haría sufrir.

—Ahí estuviste bien. —Irina asintió con ironía y su madre sonrió.

—Pero Ichiro me convenció de que no te dijera nada. Me aseguró que Alejandro era un buen tipo, que había sentado la cabeza y que estaba loco por ti. Me dijo que, si te lo contaba, sería la responsable de tu infelicidad. Y nunca he querido que seas infeliz, hija mía, ¡te lo juro! —Al ver que Irina no era capaz de mirarla a los ojos, siguió hablando—: La edad te aporta perspectiva. Ahora me doy cuenta de lo que es importante y lo que no. Le he estado dando muchas vueltas durante estos últimos meses... —hizo una pausa, hasta que su hija la miró— y le he pedido el divorcio a Yuri.

Irina ahogó una exclamación.

—Pero, ¡mamá! Y ¿qué te ha dicho?

—Me ha dado las gracias por apartarme de su camino antes de que él tuviera que echarme. Me ha dicho que ya era demasiado vieja para ser imagen de Rusia, que necesitaba una mujer joven a su lado.

Irina se acercó a su madre, indignadísima. Si hubiera tenido a Yuri cerca, habría hecho rollitos de sushi con sus criadillas rusas.

—Pero ¿cómo se atreve? ¡Pero si ese capullo es mucho mayor que tú! Pues no le hagas ni caso, mamá. ¡Estás estupenda!

—Doy fe —afirmó una voz masculina a su espalda.

—¡Aaaaah! —Madre e hija se zambulleron hasta el cuello para que el recién llegado no les viera los pechos.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo otra voz masculina—, pero como se te ocurra mirarlas por debajo de la barbilla, te arranco los ojos y los echo a los peces.

—Te recuerdo, suegro, que una de ellas es mi esposa.

Irina y Olguina intercambiaron una mirada incrédula antes de volverse hacia la orilla, donde Ichiro y Alejandro las estaban observando con los brazos cruzados sobre el pecho.

Irina empezó a levantarse, pero al recordar que estaba más desnuda que una castaña sin erizo, se sentó y alargó la mano.

—Pásame la ropa —le exigió a Alejandro.

—Y tú dame la mía, Ichiro.

Alejandro miró a su suegro y alzó una ceja.

—¿Se la damos?

El empresario, hombre de pocas palabras, respondió quitándose la ropa, entrando en el agua y llevándose a Olguina río abajo en busca de intimidad. Las protestas de Olguina llenaron el aire hasta que, poco después, dejaron de oírse.

Alejandro se dispuso a seguir el ejemplo de su suegro, pero Irina no tenía el cuerpo para jueguecitos. Se levantó para salir del agua, pero la mirada incendiaria que le dirigió su aún marido la hizo tambalearse. Alejandro se estaba desabrochando la camisa y cada botón que rendía su posición era un guardián menos entre la voluntad de Irina y ese pecho...

«Ese pecho canalla, donde han apoyado la cabeza amantes en los cinco continentes, ¡hasta el moño de Olguina! Arrggggg, Irina, no te dejes embaucar.»

—Irina...

—¿Qué haces aquí, Alejandro? ¿Has venido a reclamar una noche de bodas?

¿Ya sabes con quién te apetece acostarte hoy? —Llegó a la roca, recuperó su ropa y se alejó camino arriba—. Te sugiero que pruebes con mi abuela, es la única mujer de la zona a la que no te has tirado... —Se detuvo en seco y se dio media vuelta. Alejandro la había seguido, por lo que se lo encontró a un palmo de distancia y tuvo que alzar la cara para increparlo—. ¡No me digas que te has acostado también con mi abuela o yo... yo...

Él le tomó la cara entre sus grandes manos y le dio con los ojos el beso que habría querido darle con los labios.

—No, Irina, no me he acostado con Calina, aunque he empezado a quererla. Espero que eso no te suponga un problema.

Alejandro leyó en los ojos de ella la lucha que estaba teniendo lugar dentro de su cabeza. Leyó el odio provocado por la confianza traicionada, el dolor, la vulnerabilidad, pero también el deseo. Su Irina seguía deseándolo a pesar de todo y eso le quitó un gran peso de encima. Llevaba sin dormir desde la boda. No sería fácil recuperar la confianza de Irina, pero se veía capaz de lograrlo, sería cuestión de tiempo. Sin embargo, si la idea de que hubiera estado con su madre le causaba repugnancia, no sabía cómo iba a resolver eso. Por suerte, no era repugnancia lo que brillaba en sus ojos. Era...

¡Zas!

Exacto. Era la misma indignación que había visto en los ojos de Olguina justo antes de que le cruzara la cara de una bofetada en la embajada. La bofetada que acababa de darle Irina no tenía nada que envidiar a la de su madre. Su Irina era más menuda, pero tenía la mala leche más reconcentrada.

No se dio cuenta de que estaba sonriendo hasta que ella se lo hizo notar.

—¿Se puede saber qué es tan gracioso, embajador?

Quería ir con cuidado para no meter la pata. Quería tratarla con el respeto que se merecía, pero la esperanza se había colado en su pecho y había hinchado un globo en él; no podía dejar de sonreír aunque lo intentara.

La levantó en brazos, como habría hecho durante su noche de bodas si Serena no hubiera hecho su aparición estelar. Y, así, se alejó del río, bordeó la casa y entró en el granero que servía también de leñera y de aparcamiento.

Al oír crujir la puerta, Irina alzó la cara, no fuera a colarse un animal en el granero.

«Ya tengo bastante con uno», se dijo, y a punto estuvo de ronronear al recordar las últimas horas pasadas con su marido. Aunque mientras él la llevaba en brazos había pensado en disfrutar de un polvo de despedida antes de pedirle el divorcio, habían pasado doce horas desde entonces. Su mente cada vez lo tenía todo menos claro, pero la clarividencia que iban perdiendo sus neuronas la iba ganando su corazón.

El presunto animal resultó ser su abuela, que dejó una cesta de pícnic en el suelo y se marchó.

—¿Quién es? —preguntó Alejandro, tumbado sobre una manta en el pajar elevado del granero, al que se accedía por una escalera de mano. Para subir a la plataforma elevada, había tenido que soltar a Irina y que subiera sola. Temió que ella aprovechara para huir, pero la atracción entre ellos seguía siendo tan fuerte como siempre, y él no había jugado del todo limpio. Por el camino, había ido acariciando los suaves muslos y las corvas de Irina hasta que ella había cerrado los ojos y escondido la cara en el hueco de su hombro para que él no notara lo excitada que estaba. Cuando habían llegado a lo alto de la plataforma, había sido la propia Irina la que lo había librado de la camisa mientras él se quitaba los pantalones. De nuevo iguales en su desnudez, habían empezado a resolver sus diferencias sin palabras. Alejandro había alzado la cara al techo y había dado las gracias al dios que estuviera operativo en la zona.

—Mi abuela —respondió ella—. Ha dejado algo junto a la puerta.

Álex se levantó de un salto.

—¡Espero que sea comida! —Bajó la escalera ágilmente.

Irina se tumbó sobre la manta; apoyó los codos en el suelo, la cara en las manos y, a la luz de la luna llena que se colaba por la ventana, disfrutó de la retaguardia de Alejandro mientras movía los pies en el aire.

—Delicioso —dijo pasándose la lengua por los labios.

—Si aún no sabes lo que hay. —Él había levantado la servilleta blanca que cubría la cesta para asegurarse de que sus suegros o la abuela no les enviaban un regalito envenenado (una mofeta, por ejemplo), pero nada más lejos de la realidad; el contenido de la cesta olía a paraíso en la tierra.

Poco después, con las espaldas apoyadas en balas de paja, recuperaban las energías que se habían dejado sobre las tablas del altillo con un pícnic a base de *blinis* salados regados con abundante té.

Irina gimió de placer al probar la *pastila* que su abuela había preparado de postre con los frutos rojos que había recogido su madre. Echó la cabeza hacia atrás y acarició la manta con el pie.

Alejandro, que iba camino de meterse el primer trozo en la boca, quedó paralizado por el espectáculo de su sensual esposa. Cuando unas migas cayeron de la boca de Irina a su pecho, no pudo resistirse. Se tiró sobre sus senos como si fuera un oso acabado de salir de su madriguera tras una larga hibernación y devoró las migas de *pastila* antes de entretenerse con los pezones de Irina, más exquisitos y sabrosos que cualquier baya y, al parecer, tremendamente adictivos.

—¡Para, bestia salvaje! —le ordenó ella agarrándolo por el pelo y obligándolo a levantar la cabeza.

—¿No te gusta, Irina? —susurró él con la voz tan ronca que ella sintió espirales en el vientre.

—Me haces cosquillas. —Le mordió el labio inferior y le metió lo que quedaba de su *pastila* en la boca—. ¡Come, si tanta hambre tienes, europeo bárbaro!

Él gimió al notar la acidez de las bayas combinada con el dulzor de la miel, y las espirales de deseo se desplazaron desde el vientre de Irina descendiendo por las piernas hasta la punta de los pies. Cuando él vio que los arqueaba como si fuera una bailarina, le dirigió una sonrisa canalla.

—Te pongo, refinada asiática —murmuró acariciándole el muslo de abajo

arriba—. Te pongo como una Kawasaki.

Irina vio la intención en sus ojos y lo apartó de ella.

—Soy de carne y hueso, Alejandro. —A él se le iluminaron los ojos al oír la palabra «carne» y alargó la mano, pero Irina le dio una palmada.

—Come.

—A eso iba —replicó él alzando la ceja.

—Cómete la *pastila*.

Mientras él refunfuñaba y gemía de placer al mismo tiempo, Irina tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no comérselo a besos. Por un momento se imaginó un hijo de los dos, tozudo y entusiasta como Alejandro, pero tener un hijo con alguien era algo muy serio. ¿Cómo poner en brazos de alguien lo más valioso de tu vida sin tener total confianza en esa persona? Y, aunque la noche que habían pasado había sido más ardiente e intensa que cualquier luna de miel que se hubiera podido imaginar, la confianza no se recuperaba con un maratón de polvos.

Alejandro, que parecía estar sintonizado con las emociones de Irina, se desplazó, sentándose delante de ella para mirarla a los ojos.

—No soporto cuando se te apaga el brillo en la mirada y sé que es por mi culpa —se sinceró.

—Es que... —ella sacudió la cabeza— estuviste con mi madre, Alejandro. ¿Cómo te sentirías si te enteraras de que me había acostado con tu padre?

Él apretó los puños.

—Lo mato.

Ella alzó la comisura de los labios irónica.

—Está muerto.

—Lo saco de la tumba y lo vuelvo a matar.

Ella sacudió la cabeza.

—Eres un hombre contradictorio, Álex. A veces eres tan civilizado y sofisticado, pero otras pareces un neandertal. ¡Mujeres, follar! ¡Hombres, matar, unga, unga!

—Sabes que no mataría a nadie, ¿no?

—Claro, si no, no estarías en mi cama.

—Pero la imaginación vuela, y a veces...

Irina pensó en las ocasiones que había soñado que todas las examantes de Alejandro embarcaban en un crucero de lujo del que su madre era la capitana. Cuando el barco se alejaba del puerto, Irina leía el nombre en la popa: *Titanic*, y no podía contener una sonrisilla psicópata.

—¿Qué me vas a contar...?

—Tienes todas las razones del mundo para estar enfadada conmigo. Todas esas mujeres en la embajada, luego Serena, yo...

—No es por las mujeres, Alejandro, es por la falta de confianza. ¿Por qué no me lo contaste?

—Iba a hacerlo, pero tu padre me aconsejó que no lo hiciera. Me dijo que yo me quitaría un peso de encima, pero a costa de cargarlo en tus espaldas. Me dijo que querer a alguien también es callar para no hacerlo sufrir... Me equivoqué, lo siento.

—¿Hay alguna mujer en el mundo con la que no te hayas acostado? Ya sé que me llevas muchos años de ventaja en esto y que has tenido vida antes de conocerme, pero...

—¿Me estás llamando viejo?

—Te estoy llamando donjuán.

Él se la quedó mirando en silencio y asintió.

—Pues no voy a negarlo. He pasado muchas horas sólo y yo también me he reconocido en el patético personaje de Zorrilla.

—¿Patético?

—Totalmente. A los hombres se nos educa desde pequeños para no mostrar los sentimientos ni las emociones. Si nos sentimos solos o frustrados, se nos dice: acuéstate con una mujer y se te pasará la tontería. Pero la «tontería» no se pasa por muchas mujeres con las que te acuestes. Al revés, es como si cada una de ellas se llevara un trocito de tus sentimientos, dejando un hueco en el pecho donde debería estar el corazón.

Irina quiso alargar los brazos para acogerlo en su pecho, como había hecho desde el primer día. Alejandro era un hombre alto y fuerte, una figura poderosa que despertaba el respeto de todos los que lo rodeaban en la embajada. Y, sin

embargo, había notado la vulnerabilidad que escondía desde el principio. Era como si el niño Alejandro le hablara, le pidiera a gritos que le diera amor. Y, lo más curioso, era como si sólo ella fuera capaz de oír a ese niño. Pero la confianza que tenía en él había recibido un golpe muy fuerte y no iba a recuperarla en cinco minutos. Apretó los puños y lo animó a seguir hablando.

—Siempre me he negado a ir con compañeros a clubes y a prostíbulos. Estoy en contra de la explotación de cualquier tipo. No sería capaz de disfrutar del sexo teniendo la duda de si la persona con la que estoy quiere estar conmigo o lo hace obligada.

—Tampoco te ha hecho falta. —Lo miró de arriba abajo y a él le llegó el piropo que Irina acababa de regalarle.

—No, nunca me ha faltado quien me caliente la cama, pero siempre eché de menos una compañera, una cómplice, alguien que me eligiera a mí por ser quien soy, no por ser lo que soy.

—Que eligiera a Alejandro, no al embajador.

—Exacto.

—Mi madre...

—Tu madre se acostó con el embajador, igual que todas esas otras mujeres, que sólo veían una espalda ancha, un traje hecho a medida, una corbata de seda... Conmigo sólo te has acostado tú.

Irina quería creerlo, era tremendamente tentador, pero...

—¿Ni siquiera con Lorena, ni con Victoria? ¿Con ellas no fuiste Alejandro?

Él inspiró hondo, consciente de lo que se estaba jugando.

—Con Lorena lo fui, al cien por cien, pero ella nunca llegó a conocerme. Y con Victoria fue justo al revés. Ella me conoce bien y me acepta como soy. Es la mejor amiga que pueda desear, pero no me ama, nunca lo ha hecho; su corazón tiene dueño..., igual que el mío. —Le tomó las dos manos y se inclinó hacia ella —. Dime que sigo teniendo permiso de residencia en tu corazón, Irina. Si me expulsas de tu pecho, voy a ser un expatriado el resto de mi vida.

Ella se soltó, se puso en pie, cogió la camisa de Alejandro y se la puso. Se sentía tremendamente expuesta. Sabía que no era su piel la que se sentía así, sino su corazón, pero necesitaba ayuda externa.

Él se dio cuenta de la lucha que estaba teniendo lugar en el interior de la mujer que le había cambiado la vida y se le acercó desnudo, caminando lentamente pero con decisión. Irina le dio la espalda y se quedó observando la escalera de mano que bajaba al suelo, como si quisiera asegurarse la huida.

—Muchas mujeres han usado este cuerpo —le murmuró él en la nuca—. No me preguntes cómo se llamaban ni qué cara tenían. No me estoy haciendo el mártir; en sus brazos encontré placer, pero pronto aprendí que no podía pedir nada más.

Le apoyó las manos en las caderas y recorrió sus curvas lentamente hasta su cintura, levantando la tela de la camisa a su paso.

Irina sentía que el embajador estaba cercando su corazón con más eficacia que los nazis durante el sitio que había mantenido incomunicada la ciudad de San Petersburgo, cuando aún era Leningrado, durante tres larguísimos años.

Su piel, electrizada, respondía a la cercanía de Alejandro. Estaba tan sensible y tan conectada a él que no necesitaba llegar a rozarla. La noche de pasión los había cargado de electricidad y se atraían, magnetizados, como el ámbar del Báltico.

—Dime que lo que late entre nosotros es distinto. —La abrazó desde atrás, aferrándose a su vientre y hundiendo la cara en su cuello—. Dime, Irina, ¿con quién estás cuando estás conmigo?

Ella se estremeció y pidió a sus antepasadas que la guiaran. Siempre había echado de menos a su madre y a su abuela. Cuando se enamoró por primera vez a los ocho años, cuando le vino la regla a los doce o cuando fue a comprar su primer sujetador. Ichiro había sido el mejor padre del mundo, pero siempre había sentido que había una parte importante de la vida que no entendía, que se le escapaba y que su padre no podía aclararle porque no nacía en el cerebro, sino en el vientre. Pero si su madre formaba parte del problema, ¿cómo iba a ser parte de la solución?

Inspiró hondo y alzó la vista hacia la luna. Desde niña había hablado con ella y le había pedido consejo. Sabía que la luna no respondía, pero siempre, siempre, se sentía más calmada después de hablar con ella.

En ese momento, una nube se interpuso entre la luna y ella.

«¿Qué me estás queriendo decir? ¿Que lo nuestro tiene un futuro muy negro?»

Como si quisiera borrar sus dudas, la luna se libró de la nube y brilló con más intensidad que nunca. Irina bajó la vista hacia las manos de ambos, unidas sobre su vientre y, sin necesidad de palabras, sintió que estaba donde tenía que estar.

Se dio la vuelta entre los brazos de Alejandro y le apoyó las manos sobre el corazón.

—Estoy contigo —susurró con los ojos húmedos.

Alejandro soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo y le sujetó la cara entre sus grandes manos.

—Perdóname, Irina. Perdóname por hacerte sufrir.

—No vuelvas a ocultarme nada, ¡nunca! ¿Me lo prometes?

—¡Nada! ¡Nunca! Cada vez que vaya a comprarte un regalo de Navidad te lo contaré.

Ella alzó una ceja.

—Tampoco hace falta pasarse, ya sabes a lo que me refiero.

El alivio que sentía Alejandro tiró de las comisuras de sus labios, haciéndolo sonreír.

—Te quiero, Irina. ¡Dios, cuánto te quiero! —Caminó de espaldas tirando de ella hacia la manta que cubría el colchón de paja—. Te quiero. —La besó—. Ahora también. —Se sentó en la manta y tiró de ella—. Sigo queriéndote.

—¡Alejandro!

—No quiero ocultarte nada. Voy a decirte todo lo que pase por mi cabeza hasta que...

—¡Oh, hombres...!

Irina lo tumbó de espaldas de un empujón y se sentó sobre sus caderas. Su erección se había unido a la fiesta y saltaba entre ellos con el entusiasmo de un bailarín del ejército ruso.

—Ya veo que me habéis echado de menos... los dos.

Alejandro echó la cabeza hacia atrás cuando ella, como una coreógrafa exigente, se apoderó de su parte más entusiasta, guiando sus movimientos.

—Sí, así, dime lo que quieres. Yo te bailo *El lago de los cisnes* si hace falta.

—Alejandro...

—¿Sí, mi sol naciente?

—Déjate de ballets y de metáforas si no quieres que ensayemos *El cascanueces*.

—Auch, ¡eso ni en broma!

Irina se frotó contra su erección para contrarrestar el efecto que sus palabras pudieran haber tenido sobre ella, pero seguía igual de firme. El único cambio era el brillo travieso que se había encendido en los ojos de su hombre.

«Mi marido.» Aún le costaba hacerse a la idea.

Mientras Alejandro le agarraba la cadera con una mano, con la otra le rozó la mejilla y el cuello. Se entretuvo unos instantes acariciándole el pecho y le trazó la curva de la cintura antes de detenerse en la otra cadera.

—¿Qué quieres, Irina? —le preguntó alzando ligeramente la pelvis en sutil invitación—. Te daré lo que me pidas. Si quieres el divorcio, aunque me rompa el alma te lo daré, pero espero que quieras otra cosa —le guiñó el ojo.

—Quiero tu camisa —respondió ella para atormentarlo un poco más.

—Es tuya. Al fin y al cabo, no iba a poder llevarla sin ponerme cachondo perdido. De hecho, ya no hay remedio. No podré volver a mirar las camisas de mi armario sin ponerme más tieso que el soldadito de plomo.

Irina gimió porque la tortura de estar refregando su sexo contra el de Alejandro la afectaba a ella tanto como a él, pero logró decir:

—Pues qué suerte compartir habitación contigo para no desperdiciar ni una sola de tus erecciones.

Alejandro no pudo más. La agarró por la espalda y se volvió con ella, apoyándola en la manta y cubriéndola con su cuerpo desnudo.

Le agarró la cara con las dos manos y la besó, fundiendo sus labios. Irina volvió a gemir y le buscó la cabeza, aferrándolo con fuerza por el pelo. Él aprovechó el gemido para adentrarse en su boca. No sabía qué tenía la boca de Irina, pero cuanto más la besaba, más sed le provocaba. Trató de saciarse bebiendo directamente de su lengua, pero lo único que logró fue encenderse y encenderla a ella aún más. La temperatura había aumentado bruscamente. Una llamarada lo recorrió de arriba abajo y a punto estuvo de ladear la cabeza para

comprobar que la paja no se había incendiado, pero para eso habría tenido que separarse de Irina y eso sí que no. Prefería arder con ella, como si fueran la bailarina y el soldadito de plomo.

«Creo que acabo de entender el final del cuento. Ese par se quedaron a solas e hicieron arder la habitación. Al parecer, la pierna del medio le funcionaba perfectamente al soldadito. ¡Bien por él!»

Fue Irina la que tiró de su pelo para romper el beso.

—Ale...jandro.

Él le apartó el pelo de la frente.

—Irina —susurró.

—Ya, por favor.

—Ya, ¿qué? —Ella gimió de frustración, separó los muslos y alzó las caderas en una invitación que no necesitaba traductor simultáneo—. ¿Quieres que te haga el amor, Irina?

Ella le hincó las uñas en las nalgas y él echó las caderas hacia delante y se clavó justamente donde Irina lo necesitaba.

Con una sonrisa de satisfacción, ella echó la cabeza hacia atrás y soltó el aire.

—¡Quiero que me folles, Alejandro! Dame todo lo que tienes. ¡No te guardes nada!

—Todo lo que tengo es tuyo, Irina. —Enardecido, salió de su interior el tiempo necesario para volver a clavarse en ella.

—¡Ah!

Entró una vez más y otra, pero no era suficiente. Necesitaba llegar más adentro, asegurarse de que no quedaba ningún rincón entre los dos donde pudiera esconderse la desconfianza.

Se apartó de ella, que protestó y trató de retenerlo agarrándolo por las caderas, pero Alejandro le apesó las muñecas y le abrió los brazos. Le separó los muslos y se colgó las piernas de su flexible Irina por encima de los hombros.

Ella ahogó una exclamación, pero enseguida se apuntó al cambio de planes, agarrándolo por la nuca y tirando de él.

Alejandro aguardó inmóvil un par de segundos que a ella se le hicieron eternos, pero necesitaba que Irina entendiera que no sólo le estaba entregando su

cuerpo: se estaba entregando por completo.

La penetró a un ritmo enloquecedoramente lento, milímetro a milímetro, y cuando ella entornó los ojos, se lo impidió.

—Mírame —susurró con autoridad—. No dejes de mirarme.

—Álex —suplicó ella con la voz entrecortada—, más rápido.

—¿Qué prisa tienes, Irina? Tenemos toda la vida por delante.

—Alejandro, deja de torturarme o el resto de tu vida va a ser muy corto.

—Uy —él siguió adentrándose en su cuerpo, lenta pero inexorablemente—, ¿quién es la neandertal ahora?

Al llegar a lo más hondo, dio un empujón extra, haciendo brotar un grito de la garganta seca de Irina.

—Sí, así. Más, ¡no pares ahora!

Alejandro estaba tan ansioso como ella. Deslizó los brazos bajo sus nalgas y se clavó en su interior una y otra vez, como si estuviera dando aldabonazos en sus entrañas, pidiéndole de todas las maneras posibles que lo aceptara en lo más hondo de su ser, en su vientre, en su sangre, en cada célula de su cuerpo.

Irina prefería montarse sobre él para alcanzar el orgasmo, pero notar la entrega de sus embestidas, oír sus jadeos en el oído y sentir cómo las gotas de sudor de los dos se unían formando un mismo río la puso al borde del abismo en pocos minutos.

—¡Aaah, Alejaaandroooo!

Con un grito desgarrado, él la acompañó en la caída.

Al otro lado de la puerta del granero, Olguina e Ichiro, que volvían de dar un paseo por el río —sí, ahora se le llama así—, se acercaron con curiosidad morbosa por si distinguían alguna de las palabras que acompañaban a los gritos entusiastas que salían del edificio.

—¡Gibraltaaaaar japonés!

Ichiro se aguantó la risa al reconocer la voz de Alejandro. Aunque no le hacía demasiada gracia que ese hombre tocara a su niñita, al menos mientras estaba entretenido con Irina, no se fijaba en su madre.

—¿Seguro que ese hombre es embajador? Parece torero.

Olguina alzó una ceja.

—¿Por qué?

—Siempre tiene público alrededor durante sus corridas.

Olguina le palmeó el pecho fingiendo escandalizarse.

—¡Ichiro!

—¡Kurileeeeees españolas! —replicó Irina con el mismo entusiasmo.

—¡Ah, no, hasta ahí podíamos llegar! —Olguina hizo ademán de entrar en el granero para reprender a su hija, pero Ichiro la empotró contra la pared de madera y la aplacó con sus besos—. ¿Ichiro?

—¿Humm?

—¿Crees que lo de la niña y el español tiene futuro?

Un nuevo grito de Irina rompió la paz de la mañana.

—Estoy convencido.

—Pues creo que debería hacer una llamada telefónica. No sé cómo fue a parar al despacho del ministro de Asuntos Exteriores una denuncia contra él. Voy a asegurarme de que desaparece. No queríamos que el embajador español...

—Nuestro yerno —la corrigió él.

Olguina gruñó, pero rectificó.

—No queríamos que nuestro yerno fuera a parar a la isla de Sajalín. Más que nada porque, conociendo a tu hija, Irina se instalaría con él y nos obligaría a pasar las Navidades con ellos allí. Y no veas lo desapacibles que son los inviernos en la isla.

Ichiro alzó una ceja. Su Olguina era una mujer de armas tomar, una auténtica osa polar cuando alguien se acercaba a su cría. Otro hombre se habría alejado de ella corriendo, pero Ichiro no tenía ninguna intención de salir huyendo. Olguina había aceptado al fin casarse con él cuando obtuviera el divorcio. Había tardado un cuarto de siglo, pero había logrado su objetivo. Si moría entre las garras de la osa rusa, moriría feliz.

La besó con pasión y se separó de ella señalando hacia la casa.

—Anda, coge el teléfono. Te llevo al pueblo para que puedas llamar con privacidad.

—No hace falta. Mi madre lo entenderá.

Con los ojos cerrados, Alejandro inspiró hondo y soltó el aire por la nariz mientras una sonrisa se apoderaba de su cara.

«Hogar. Huele a hogar.»

Estaba sentado en uno de los dos sofás que formaban una fila frente a la chimenea del salón de la dacha de Calina, con Irina sobre su regazo y la abuela a su lado. Ichiro y Olguina volvieron de la cocina, donde habían estado preparando un vino caliente con especias y, a juzgar por las risas que llegaban hasta el salón, aprovechando el rato de intimidad.

La abuela de Irina prefería sentarse en su cómoda butaca individual, donde tantas tardes de invierno había pasado leyendo o tejiendo, pero se había unido a la joven pareja en el sofá porque Irina quería que le enseñara a Alejandro el álbum de sus primeros meses de vida.

Mientras Calina señalaba las fotos y hacía comentarios que Irina se encargaba de traducir, Alejandro le acariciaba la espalda a su esposa, que reposaba sobre su pecho.

Dejó de acariciarla para sostener la copa de vino especiado que le ofrecía su suegra. Dio un trago y tuvo que contenerse para no gemir de felicidad. Sobre su regazo, Irina no se contuvo y su gemido provocó ondas sísmicas bajo sus pantalones de grado considerable.

Alejandro se cambió la copa de mano para poder seguir acariciando a Irina. Mientras la oía hablar en ruso con su abuela con la ilusión de una niña pequeña, se perdió en sus pensamientos.

Si le hubieran dicho meses atrás que pasaría la luna de miel en una casa de madera cerca de San Petersburgo, dando paseos a caballo junto al río en vez de en la palapa que había reservado en las islas Maldivas, no se lo habría creído. Y si hubieran añadido que sus compañeros de alojamiento serían un industrial japonés, una ex amante rusa y su madre, les habría recomendado una visita al psiquiatra de guardia más cercano.

Pero, por suerte, Olguina había hecho las paces con su hija y con Ichiro. La táctica del industrial de darle celos con Anna, la funcionaria ucraniana, había

funcionado a la perfección. Había sido una idea genial de Lupe y Akita, dos funcionarias a las que ya había recomendado para que ocuparan cargos de mucha más responsabilidad. Enamorada y liberada de la culpabilidad que arrastraba por haber dejado a Irina con su padre, Olguina no se parecía en nada a la dura y sofisticada mujer que lo había arrollado en la biblioteca de los Lampard como si fuera un tren transiberiano a punto de descarrilar.

Pero es que Ichiro tampoco se parecía al amable pero serio empresario que conoció en las fiestas de Tokio, un hombre que ocultaba muchos secretos, entre ellos, su amor por Olguina y la correspondencia que mantenía con Calina. Tras acoger a la pequeña Irina en su casa, Ichiro había contratado a un maestro de ruso que iba a su casa tres veces por semana. Padre e hija habían aprendido el idioma juntos, para que Irina no perdiera el legado de su madre, pero también para cumplir el acuerdo al que Ichiro había llegado con Calina: se cartearían regularmente. Ichiro le enviaría fotografías y la tendría al día de todos los avances de su nieta. A cambio, Calina lo mantendría informado sobre Olguina. Gracias a las cartas de Calina, Ichiro había sabido en todo momento en qué parte del mundo estaba la mujer que le había robado el corazón.

Alejandro dio otro trago al vino y sonrió.

Calina y su nieta eran la viva imagen de la felicidad; Olguina e Ichiro no lo eran menos. Y ¿lo mejor de todo? Que Alejandro no desentonaba en absoluto entre ellos. Esas personas hacían feliz a Irina y, ya sólo por eso, se habían convertido en su familia. Además, lo habían acogido con los brazos abiertos y, al hacerlo, se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos una familia.

Irina se volvió hacia él y lo besó en los labios.

Alejandro alzó una ceja.

—No sé qué te ha dicho tu abuela, pero creo que es una mujer muy sabia.

—Me ha dicho que aproveche la felicidad donde pueda encontrarla, que la vida cambia de un instante para otro.

Alejandro le dirigió una sonrisa a Calina y le devolvió el beso a Irina, un beso que sabía a vino dulce, a canela y a calor de hogar.

Sin despegar del todo los labios de su boca, la miró con los ojos brillantes y susurró:

—Cierto, pero lo que muchos no saben es que, a veces, cambia para mejor.

Epílogo

Londres, Reino Unido, un año más tarde

—¡Allí están! —exclamó Irina.

Alejandro miró hacia donde señalaba su esposa y sonrió ampliamente mientras saludaba a la pareja que los esperaba al pie de la columna del almirante Nelson, en Trafalgar Square.

Al llegar a su lado, el embajador se fundió en un abrazo con su colega y amiga Victoria, que cada día estaba más guapa.

—No sé qué te da el golfo de tu marido, pero estás radiante —le susurró al oído.

Ella le dio un beso cariñoso en la mejilla y se apartó sosteniéndolo por los hombros para verlo bien.

—Yo sí sé lo que te da Irina, y espero que te lo siga dando mucho tiempo. Estás impresionante, tito Álex. —Le guiñó el ojo con picardía—. Guapo como siempre, pero se te ve feliz como nunca.

Él le pellizcó la cintura con las dos manos para castigarla con cosquillas por recordarle otros tiempos, en esa misma ciudad, cuando su vida iba a la deriva, de cama en cama, de piano en piano.

—Lo estoy. —Se volvió hacia la causa de su felicidad, su sol naciente, su albaricoque de ojos color verde jade, que, tras conseguir la nacionalidad española por matrimonio, se había convertido en un gran fichaje de la diplomacia española. Sonrió al oírla hablar con Manu.

—¿Habéis cenado?

—Hemos picado algo al venir, *quilla-san*. Es que pasar por Piccadilly y no picar es un crimen, digo.

—¿Os alojáis en casa de Charles? —quiso saber Alejandro.

Manu fingió un estremecimiento.

—Quita, quita, De los Bosques, ni hablar; hemos venido de hotel. Ya que la suegra nos cuida a las fieras, hay que aprovechar el fin de semana. —Achuchó a Victoria, atrayéndola hacia sí y dándole un casto beso en la sien, mientras, fuera de la vista de sus amigos, le pellizcaba el trasero.

Ella le dirigió una mirada de advertencia y le devolvió el pellizco.

—No, hemos pasado un momento a saludar, pero no nos hemos quedado — aclaró Vicky—. Prefiero no compartir casa con Serena si puedo evitarlo. Cada vez que me acuerdo de la que lio en vuestra boda, me pongo mala.

Irina la tomó del brazo para tranquilizarla y echaron a andar hablando de sus cosas.

Manu y Alejandro las seguían de cerca.

—Yo preferiría no compartir planeta con mi cuñada, *pisha*, ¡qué mujer más lianta!

—¿Por dónde anda ahora Serena?

—Según su madre, ha *sentao* la cabeza y la ayuda con sus fiestas y sus actos benéficos, pero el mayordomo le ha *contao* a Vicky que está *obsesioná* con un futbolista iraní. Lo sigue a todos los partidos, y eso que está *casao*, ¡varias veces! Como se junten sus esposas y vengan a pedirle cuentas, se va a liar otra vez.

Alejandro soltó un silbido.

—Mira, mientras se entretiene con el futbolista nos deja a los demás tranquilos un rato.

Manu asintió con sentimiento.

Un par de metros por delante, Victoria e Irina intercambiaban confidencias. Al llegar a un escaparate se pararon a mirar y a comentar entre cuchicheos.

Manu y Alejandro se detuvieron, dejándoles intimidad.

—De los Bosques, ¿crees que estarán mirando lencería o juguetitos? Que esas dos embajadoras predicen la paz, pero por la noche quieren guerra, que lo sé yo.

Alejandro se acercó a ellas para comprobarlo, pero Victoria se volvió hacia él y le tapó los ojos. No quería que viera la ropita de bebé que había enamorado a Irina.

Siguieron andando en dirección al teatro donde iban a ver un musical.

—¿Crees que se ha dado cuenta? —susurró Irina al oído de Victoria.

—No, no creo. ¿Cuándo se lo vas a decir?

—Pronto, pero aún no.

—¿Estás vengándote porque no te contara lo de tu madre?

Irina hizo una mueca irónica.

—Un poco, pero no. ¿Quieres saber la verdad?

Irina y Victoria se habían hecho buenas amigas y hablaban de todo con total confianza.

—¡Ya tardas!

Irina bajó el tono de voz.

—Desde que estoy embarazada, estoy como una moto. Como diría Alejandro, estoy como una Kawasaki.

Victoria se echó a reír.

—Es normal, a mí también me pasaba.

—Tengo miedo de que, cuando se entere, me trate como si estuviera hecha de porcelana china.

Victoria asintió en silencio recordando los apuros de Manu durante sus dos embarazos.

—Es verdad que se ponen un poco tontos. Tienen miedo de hacerle daño al bebé y, si les dices que no van a llegar hasta ahí por mucho que lo intenten, se ofenden. —Sacudió la cabeza, aguantándose la risa—. De verdad, los hombres y sus egos.

—Pues este fin de semana lo pienso disfrutar. No sé qué tiene Londres, que me... motiva un montón.

—Por lo que me cuenta Alejandro, no tienes problemas de... motivación en ninguno de los cinco continentes. —Le guiñó el ojo.

Irina se volvió hacia los dos hombres y les dio un repaso de arriba abajo.

—¿Tú los has visto? —Al recordar que Victoria se había acostado con los dos, alzó la mano—. No respondas.

Dos metros más atrás, los dos hombres iban cosechando miradas de deseo a su paso.

—No sé qué están tramando ese par, pero seguro que nada bueno —comentó Alejandro.

Manu sacudió la cabeza y se mordió el labio.

—Malo, mi Vicky me pone muy malo —susurró.

—¿Qué vamos a ver, Alejandro? —le preguntó Victoria por encima del hombro.

—Sorpresa. No seas impaciente, ya estamos llegando.

A lado y lado, las luces de los teatros hacían brillar la ciudad. Los aromas de los restaurantes se mezclaban en el aire del atardecer. Victoria vio locales de comida española, italiana, marroquí, francesa, tailandesa, belga, indonesia, india, libanesa, argentina, china y de varios países africanos. Aunque había hecho realidad su sueño y había viajado por los cinco continentes, el mundo y su variedad cultural la seguían ilusionando.

Manu, en cambio, era feliz cada vez que cruzaba las marismas de Sancti Petri. Ni los rascacielos más altos, ni los palacios más lujosos..., para él el paraíso tenía nombre y ese nombre era Cádiz.

—¡Oh, mira! —señaló Irina—. ¡En el Colisseum dan *El Mikado*! ¿Podremos venir mañana?

—Ni hablar —respondió Alejandro con tanta brusquedad que los tres se volvieron a mirarlo extrañados—. ¡Porque vamos a verla hoy! —aclaró con una gran sonrisa.

Irina se le tiró al cuello.

—¡Qué ilusión, es mi obra favorita!

Mientras Alejandro le daba una vuelta en el aire, Manu se inclinó hacia Victoria y le susurró al oído:

—Vicky, ¿de qué va eso? ¿Mikado no son unas galletas que no hartan *na* por mucho que comas?

—Es una ópera cómica de Gilbert y Sullivan. Es muy famosa y muy divertida... si sabes inglés. —Lo miró haciendo una mueca.

—Ya, bueno... Tú, tranquila, Vicky. —Le acarició la cintura con sus manos grandes y fuertes, manos de carpintero, y el pulgar le rozó la sensible parte

inferior del pecho—. Si me aburro, ya buscaré la manera de entretenerme. —Le guiñó el ojo.

—¡Golfo! —le susurró ella al oído, mordiéndole la oreja antes de apartarse—. A ver si es verdad.

—¡Vamos! —Irina no podía ocultar su entusiasmo—. ¡El pueblo de Titipunos espera!

Subieron la escalera de madera del antiguo teatro y a Alejandro le faltaban ojos, oídos y nariz para asimilar tantos estímulos. Los crujidos de las tablas, que habían visto de todo durante los más de cien años de vida del teatro, los cortinajes de terciopelo, las lámparas..., todo era ostentoso, excesivo..., pero al mismo tiempo genuino. Era como entrar en un universo aparte..., y eso que todavía no se había alzado el telón.

Al llegar al segundo anfiteatro avanzaron por un pasillo y unos sonidos familiares les llamaron la atención. Tras una puerta cerrada alguien estaba aporreando un piano.

—Madrecita del Carmen, como toda la obra suene así, se nos van a caer las orejas al suelo... —comentó Manu.

Pero Alejandro e Irina sabían de primera mano que ese ruido era el piano quejándose porque una pareja fogosa lo estaba usando, y no precisamente para ensayar el primer acto. Se miraron y notaron que les aumentaba la temperatura.

Victoria siguió avanzando con Manu, dejando a la pareja a solas en el pasillo. Al pasar junto al embajador, le pellizó el culo. Él la miró por encima del hombro y le dirigió una sonrisa canalla, sabiendo que Victoria estaba recordando el episodio que había supuesto su despertar sexual.

Al volverse hacia Irina, vio que ella lo estaba mirando con deseo.

—¿Busco una sala de ensayo con piano, Irina?

Ella gimió, echando la cabeza hacia atrás, y Alejandro la besó en el cuello.

—Es que tengo muchas ganas de ver la obra. Es mi favorita, y verla en Londres era una de las ilusiones de mi vida.

Él se pegó a Irina, que llevaba el mismo vestido de lamé dorado que se había puesto en la fiesta para celebrar su compromiso.

—Ajá —le susurró él al oído mientras a su espalda alguien carraspeaba con

fuerza—. Ningún problema. —Le acarició el torso y, al pasar el pulgar sobre uno de los pezones, lo encontró duro como una piedra—. Vamos a ver la obra. — Avanzó una rodilla y, cuando alcanzó su objetivo entre los muslos de Irina, ella perdió la fuerza en las rodillas y gimió, cabalgándole la pierna.

Alejandro se adueñó de su boca, devorando su gemido. Abrió la puerta, se coló en el cuartito y empotró a Irina contra la pared.

Un grito sobresaltado les hizo notar que su entrada no había pasado desapercibida, pero ninguno de los dos rompió el beso, demasiado excitados para parar.

—*Let's go, darling* —dijo una voz femenina, seguida de una nueva protesta del piano.

«Eso, eso —se dijo Alejandro—. *Go*, largo de aquí. Es una emergencia.»

Cuando oyó que la puerta se abría y volvía a cerrarse, Alejandro tomó a Irina por la cintura y la levantó en brazos.

Tentado estuvo de llevarla al piano que acababa de quedar libre, pero estaba demasiado lejos. La empotró contra la puerta para asegurarse de que no entrara ninguna otra pareja ansiosa como ellos.

Desde que habían empezado su luna de miel en la dacha rusa, su vida sexual había sido abundante y variada, pero durante las últimas semanas parecían haber entrado en modo turbo. No podían parar.

Se desabrochó los pantalones sin dejar de besarla. Ella no le estaba dejando ni un pelo en su sitio. Le encantaba notar el tacto del pelo de Alejandro en las palmas de las manos, en las muñecas, en la sensible piel de los antebrazos. También entre los muslos, pero eso tendría que esperar porque Álex estaba igual de desesperado que ella y su erección estaba pidiendo entrada.

Se aferró con fuerza a sus hombros al notar que él la levantaba un poco y, echando las caderas hacia delante, le dio la bienvenida.

—¡Sí!

El timbre del teatro sonó dos veces, anunciando que faltaba poco para el inicio de la obra.

Pero Irina temblaba como una hoja. Su precioso cuerpo estaba extraordinariamente sensible. Alejandro pensó que era una suerte que Nanki-

Poo, el protagonista de la obra, no conociera a Irina, que era infinitamente más deliciosa y deseable que Yum-Yum. Alejandro había perdido la cabeza por ella sin necesidad de que ningún verdugo se la separara del cuerpo.

Notar cómo ella lo aferraba con su sexo sedoso y se estremecía sin haber hecho más que hincarse en su interior y permanecer muy quieto, clavado en lo más hondo, lo estaba llevando al límite.

—Irina, me vuelves loco —le susurró al oído—. Estás tan caliente, ardo por ti...

Ella gimió y notó los primeros temblores del orgasmo. El embarazo la tenía en un estado de excitación constante. Sólo necesitaba un beso, un roce de la mano de Alejandro, y ardía. Notar su erección, firme, caliente y palpitante, en su interior era más de lo que podía soportar.

—No... ¡no puedo máááás!

Él cubrió la boca de Irina con la suya y se tragó sus gritos mientras seguía clavándola a la pared, inmóvil, dejando que ella lo cabalgara a placer hasta que notó que sus temblores se calmaban. Sólo entonces sujetó con fuerza su peso muerto y se empaló en ella, una, dos, tres, cuatro veces, y la siguió en un orgasmo breve pero intenso que hizo que durante unos instantes se olvidara de dónde estaba.

Al volver, Irina le estaba besando la frente sudorosa. Se separó lo justo para mirarla a los ojos y ella le devolvió una mirada tan llena de amor que el pecho se le ensanchó.

—¿Quieres que volvamos al hotel?

Ella negó con la cabeza.

—¡Ni hablar! Bájame para que pueda limpiarme un poco y vamos corriendo. ¡La obra está a punto de empezar!

—¡A sus órdenes, señora embajadora!

Irina le dio un pañuelo de papel que sacó de su bolso y ambos se adecentaron lo justo antes de volver al pasillo. Un acomodador los ayudó a localizar sus asientos mientras sonaban los tres timbres de aviso y se apagaban las luces.

Alejandro se sentó junto a Victoria, con Irina a su otro lado.

—Ya te vale, embajador —le susurró Vicky mientras se alzaba el telón y

empezaba a sonar la música—. No puedes dejar ni un bombón sin probar en ninguna fiesta.

—Ya sabes, siempre dejando en alto el pabellón. —Le guiñó el ojo antes de volverse hacia Irina. Le buscó la mano y se la apretó.

—Gracias, Alejandro —le susurró ella—. Esta noche no la voy a olvidar nunca.

—No me des las gracias todavía. La noche es larga y la obra tiene entreacto. —Alzó las cejas un par de veces—. Podemos ir a explorar el teatro.

Irina respondió con una sonrisa que iluminó la sala, ya en penumbra. No sabía si en el entreacto volvería a disfrutar del cuerpo de su marido o de la compañía de sus amigos mientras compartían una copa de vino y algo de picar. No sabía si el bebé que esperaba sería niño o niña, ni si sería hijo único o el primero de una gran familia, pero sabía algo: que se alegraba de no haber hecho caso de los que le decían que nunca sería feliz junto a un hombre como Alejandro.

Tal vez el amor entre ellos acabara reducido a cenizas de tanto usarlo o tal vez se enfriara, pero, ¿por qué no?, también podía durar toda la vida. Irina cerró los ojos y se vio paseando de la mano de Alejandro por la isla de Sado, preocupándose juntos por los problemas de sus hijos y disfrutando de los besos pegajosos de sus nietos.

Recordó las palabras que le había repetido su abuela Calina durante su estancia en la dacha, después de su boda: «Nadie tiene la receta de la felicidad. Lo único seguro es que quien nunca se arriesga nunca la encuentra».

Irina le apretó los dedos y él le dio un beso en el dorso de sus manos unidas. Suspirando de satisfacción, se acomodaron en el asiento dispuestos a disfrutar de la obra y de la vida.

Biografía



Lara Smirnov es una autora empeñada en alegrarles el día a sus lectoras. Le gusta hacerlas viajar por escenarios exóticos, despertarles una sonrisa y provocarles un agradable calorcillo en el corazón o en otras partes del cuerpo. Si lo logra y las lectoras se lo cuentan por las redes sociales, la hacen muy feliz.

Además de *El Golfo de Cádiz y la Estrecha de Gibraltar* y *Quiero una boda a lo Mamma*

Mia, en el sello digital Zafiro ha publicado *Golfeando*, *Allegra ma non troppo*, *Las manos quietas, que van al pan* y *Si la vida te da limones, haz culebrones*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/LaraSmirnovAutora>

https://twitter.com/lara_smirnov

<https://www.instagram.com/larasmirov/>>.

Referencias a las canciones

Japón, Warner Music Spain, S. L., interpretada por No Me Pises Que Llevo Chanclas. (*N. de la e.*).

A Thousand Years, Atlantic Recording Corporation, interpretada por Christina Perri. (*N. de la e.*).

Demasiados bombones para el embajador
Lara Smirnov

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lara Smirnov, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20506-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

